





Volumen 2

YO SE LO DÍJE AL PRESIDENTE

Roberto López Moreno

Serie gráfica: *Las horas grises* de
Roberto García Ortega



Yo se lo dije al presidente

1ra. Edición, FCE, Col. Letras mexicanas, 1982.

6ta. Edición, Dogma Editorial, marzo 2025.

Archivo Narrativa Roberto López Moreno

Volumen 2

D.R.© 2025, Roberto López Moreno.

D.R.© 2025, Dogma Editorial

Barracuda #20, Del Mar,

13270, Tláhuac, Ciudad de México, México.

Serie gráfica: *Las horas grises* de Roberto García Ortega.

ISBN: 978-607-9064-79-2

Impreso y hecho en México.

Queda prohibida la reproducción parcial o total de este volumen, salvo para fines educativos, de otra manera será necesaria la autorización escrita del editor y/o autor de la obra. Las características de composición, diseño y formato son propiedad de la editorial.



Página *web*

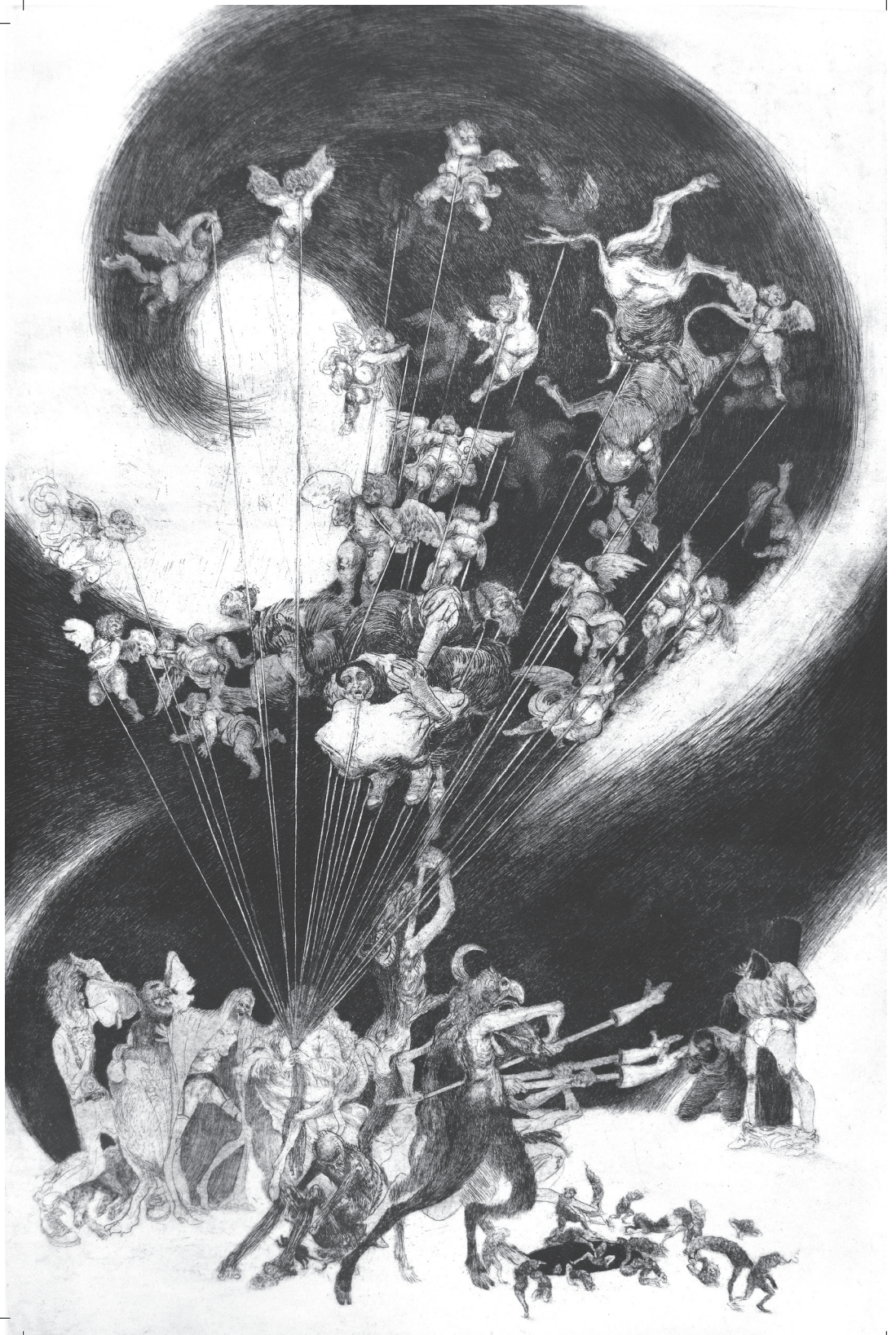
*Mirá vos compita, cuando escribás
no olvidés estas sombras...*

José Falconi Castellanos

(Durante una nochefuerte en el Cuadrante
de la Soledad).



A
JOSÉ REVUELTAS,
Maestro



LA VOZ ENEMIGA

“UN FANTASMA recorre las calles de la ciudad, el fantasma del smog. Para esa boca llena de tierra, para esa garganta reseca, para esos pulmones hinchados de humo, en esta botella está la solución. No desaproveche la oportunidad que dicen que la pintan calva, aquí está su tónico curalotodo a un precio módico, razonable, al alcance del bolsillo. Atrás de la raya jovenazo, atrasito de la raya que todos, absolutamente todos puedan presenciar el milagro de esta agüita milagrosa que todo lo cura, que todo lo puede en el cielo, en la tierra y en todo lugar. Atrasito de la raya por favor que pa’ todos va a haber, atrasito de esta rayita, que va alcanzar pa’ todos. Si sus males son de amor, también esta botellita se los curará, con una untadita que se dé en la azotea saldrá mejor peinado y sus penas se acabarán. Si sus sufrimientos son del hígado con una cucharadita de este elixir maravilloso se quitará de penas. Si amanece con dolores del cuerpo o con dolores del alma, llévese esta botellita ‘ora mismo, pues pa’ luego a lo mejor no se le vuelva a presentar una oportunidad tan a todo meter como ésta. Yo tuve una comadre que me decía: ‘compadrito, a mí se me hace que su famoso elíxir ese de la vida es puro cuento, yo ya no aguanto las borracheras de su compadre y me está llevando el carajo de pura muina’; ora miren a mi comadre toda fresca, rozagante, pidiendo vida; le dio el elíxir a mi compadre que en paz descansa, y ‘ora es otra, con una alegría que no le cabe en los oclayos. Atrás de la raya por favorcito que estamos trabajando pa’ usted, pa’ su felicidad, pa’ su comodidad, siempre y cuando usted decida invertir una modesta suma en beneficio de su tranquilidad futura. Si amanece usted con ganas de ser mejor, una cucharadita de esta botellita milagrosa, pero una nada más, porque si abusa de ella, entonces la

empresa no responde; todo funciona pero con medida. Atrasito de la raya por favor, que hay pa' todos".

—Ya sácame del cajón.

—Con esto sí que no hay pierde.

—Ya sácame del cajón.

—¡Cállese muñeco malvado!

—Sácame del cajón o les digo lo de la niña.

—A palabras necias oídos sordos. Aquí está la gran oportunidad que usted estaba esperando para que le salga esa hermosa cabellera que tanto ha soñado.

—Les está tomando el pelo.

—Acérquese joven, acérquese señorita, no se arrepentirá nunca de la inversión que va a hacer.

—Que me saques del cajón.

—¡Cállese canijo!

—¿No me vas a sacar?

10

—Una vez un anciano enfermo se llevó tres cajas repletas con estas botellitas milagrosas y al poco tiempo empezó a reverdecer, después le salían flores nuevas por las narices cada vez que estornudaba, es cierto que dejó de oír, es cierto, pero es que de las orejas le salían ramos de gladiolas, igualito que si fueran macetones.

—Eso no es cierto.

—Otra vez, una mujer que había perdido a su esposo cuando éste se suicidó junto con otros en la fábrica donde trabajaban, se llevó algunas de estas botellitas milagrosas y no volvió a necesitar más de su marido porque los hombres la empezaron a seguir como moscas en cada una de las esquinas en donde se paraba todas las noches.

—Eso tampoco es cierto.

—Que sí es cierto.

—Que no es cierto.

—¿No es cierto que aquella pobre mujer había perdido a su esposo?

—Sí, porque se lo mataron.
—¿No es cierto que se suicidó azotándose contra las puertas de la fábrica?
—No. Lo mató la policía.
—¿No es cierto que murió todo magullado?
—Sí, la noche aquella cuando quisieron hacer la huelga. La vez en que las sombras se pusieron rojas.
—Entonces, ¿no es cierto que se suicidaron?
—No, los agarraron a palos y a balazos.
—Que me saques del cajón te digo.
—Y otra vez...
—¿No me vas a sacar?
—Y otra vez unos estudiantes que eran perseguidos por la tirana se llevaron una docena de botellitas mágicas y empezaron a quemar camiones, con tanto que les alcanzó, que las hogueras duraron sesenta y ocho noches; durante el día se apagaban para que no las vieran los bomberos, pero en las noches, cuando los bomberos se iban a dormir, las hogueras se volvían a encender, así nomás, ellas solitas.
—Que me...
—Si usted cree que son jaladas, si usted es de aquellos incrédulos que dicen como dijo Santo Tomás, acérquese, no tenga miedo, acérquese, haga la prueba para bien de usted y de los suyos, porque cuando haya solucionado sus problemas y sus parientes lo vean contento, ellos también van a ser felices por el resto de sus días.
—Lo de los estudiantes no es cierto, ellos quemaban los camiones con botellas llenas de gasolina.
—Preferían no usar gasolina porque es más cara y ellos andan siempre con poco dinero, además, los resultados de la botella mágica han demostrado ser más efectivos.
—Sí, Chucha.
—Un fantasma recorre la ciudad, no se deje atrapar por el fantasma, combata el smog rociando todas las tardes las puertas y paredes de su casa con el agua de esta botellita

jodona; defiéndase de la tierra que viene del lago seco y que se mete en la garganta y en los ojos; y que hace llorar y hace toser; no desaproveche esta ganga que la suerte le está brindando, deje que sus hijos sigan jugando en los prados, en el kiosko de allá enfrente, en la fuente de acá al lado, usted ponga atención porque le conviene, porque con su felicidad va a hacer posible la felicidad de ellos; no cometa incredulidades de las que mañana se habrá de arrepentir.

—‘Ora viene lo del cartero.

—Efectivamente, aquel cartero que solamente repartía cartas de amor a los tortolitos empezó a sentirse cansado, pero con el elíxir maravilloso sus suelas rotas empezaron a rejuvenecer y entonces con nuevas energías empezó a repartir partos en todos aquellos buzones que ya tenía olvidados. Por cierto que terminaron por meterlo a la cárcel porque estaba contribuyendo en forma desmedida a la explosión demográfica, pero de eso ya no tuvo la culpa el elíxir mágico, sino la puritita incomprensión de las autoridades.

—Eso no es cierto.

—Usted morenita guapa, usted, si por las mañanas siente mareos, si le duele la cabeza y cree que no va a poder regresar por la noche al cabaret, quítese de penas, no piense más en el danzón, en la copa que se verá obligada a beber con el cliente, aquel rechonchito que le paga unas cuantas monedas por pieza bailada. Tómese un buen buche del tónico bendito y cierre sus ojitos, ciérrelos dulcemente y nomás de sopetón éntrele al descanso eterno, que bien se lo merece, después de tantas noches de fatiga pa’ mantener a un padrastrero borrachín.

—Sácame del cajón.

—¡Cállese muñeco malvado!

—Que me saques del cajón.

—Señoras y señores, por favor no hagan caso, es el muñeco que antes trabajaba conmigo, pero es un indisciplinado, por

eso lo tengo en ese cajón mugriento que es donde siempre debió haber estado.

—Diles la verdad.

—Esa es toda la verdad, usted es un muñeco impertinente que en mala hora compré en un mercado de cosas viejas, pa' mi desgracia, nomás pa' mi puritita desgracia.

—Diles la neta o se las digo yo.

—Ya no jorobe aborto del infierno, ¿qué no ve que estoy trabajando?

—Sólo quiero que me saques del cajón.

—No se va a poder porque ya lo conozco muy bien.

—¿Entonces, no me sacas?

—Usted es un muñeco muy hablador y se olvida que el ventrílocuo soy yo, y se quiere pasar de listo, y quiere hablar más de la cuenta sin que se le ordene, por eso no lo saco, por mandado... ¡y ya!

—El mandado eres tú porque me tienes en el cajón desde hace más de tres días.

—En donde merece estar.

—Y el hablador eres tú, y el mentiroso eres tú, y el que se quiere pasar de abusado eres tú, embobando a todo el güerío que te hace rueda.

—¡Cállese boca floja!

—¡Cállame si puedes!

—Muñeco malvado, monstruoso. ¡Feo como una mentada!
¡Monigote desgraciado!

—Nomás no te mandes tan duro, merolico.

—Acérquese señora, señorita, joven estudiante, usted el de lentes, el señor del periódico, les interesa, ésta es una oferta que les interesa a todos, pronto porque se va, no tarden más tiempo, no dejen escapar de las manos este boleto pa' la alegría.

—El que está sacando boleto eres tú, y no vas a estar muy alegre que digamos.

—Los médicos lo aconsejan, los sabios lo elogian, usted disfrútelo ya que se lo venimos a poner al alcance de su mano. Reconózcalo, usted es un ciudadano afortunado, porque pocas personas tienen la oportunidad que les venimos brindando con el tónico más asombroso que se ha fabricado en este siglo de grandes adelantos y descubrimientos.

—Sí, Chuchita.

—Sea usted un aprovechado más de este elixir como aquel viejo brujo que ya no aguantaba a Dios porque le llamaba la atención por los malos actos que cometía. Con una de estas botellas arregló sus problemas: se la dio a Dios y éste se la bebió enterita, después el brujo le pasó un espejo para que se viera en qué estado se encontraba y desde entonces se largó Dios de su presencia y no se volvió a meter más con él. Esta botellita mágica sirve para todo.

—Me vas a sacar o no.

—¡Cállese!

—Eres un poca mmm...

—Señoras y señores no se vayan, les pido una vez más disculpas por las groserías de este muñeco majadero.

—No te la jales. Ofrécelas, no las pidas.

—Este títere del demonio fue hecho en el meritito infierno; ahí lo hicieron, con un roble de desdicha y ‘ora se ha vuelto mi merita cruz como ya lo habrán notado.

—Mi cruz eres tú y yo no ando de chillón.

—¡Cállese muñeco satánico!

—Cállame si puedes.

—Lo que veo de todo esto es que usted es un mal agradecido.

—¿Yo un mal agradecido?

—Sí, porque conmigo siempre tuvo buen trato, no podrá decir que yo le hice algún mal.

—Entonces ¿por qué no me sacas del cajón?

—Porque debe reconocer que llegó el momento en el que se pasó de tueste, que se le ha venido pasando la mano con el

público que merece las mejores atenciones y conmigo, conmigo que siempre estuve al tanto de que no tuviera frío en el fondo de ese cajón que retaqué con los algodones que tiran las muchachas en el basurero, pa' que tuviera tibieza, pa' que estuviera rodeado de lo que había sido vida, pa' que no se sintiera tan solo, pa' que sintiera las palpitaciones de la sangre sobre una cama blanda, en el fondo del cajón; pero escrito está, que los buenos actos jamás serán reconocidos en este mundo de tristezas.

—'Ora no te hagas la víctima.

—¡Cuándo le negué algo!

—Entonces sácame del cajón.

—Never, de limón la never, nunca le negué nada, lo anduve trayendo por todos lados, con miramientos, trabajando juntos, como Dios manda.

—¿Trabajando juntos? Explotándome más bien, que eso es todo lo que has hecho, explotarme, obligándome con tu barriga a decir chistes malos, horrorosos, mientras tú te pasabas engañando a la gente que yo te juntaba con mi cara de bobo nomás pa' que le quitaras la centaviza, nomás pa' que los despelucaras en plena vía pública.

—Sí, eso, lo de siempre, cría cuervos para que te picoteen los oclayos, y yo a lo único que le di vida fue a un muñeco infernal que no sabe de agradecimientos.

—No seas gandalla, qué quieres que te agradezca: ¿el que me tengas aquí zambullido en este cajón apestoso a humedad?

—Si está en ese cajón es por culpa suya, y nada más que suya.

—No seas hablador.

—Yo no soy hablador, lo único que le digo es la puritita neta y usted lo sabe muy bien.

—'Ora resulta que no eres más que una blanca palomita, ¿verdad Chucha?

—Yo no soy ninguna blanca palomita, lo único que estoy diciendo es que usted es un mal agradecido, que maldita la

hora en que me enrolé con yú, pa' que trabajáramos juntos, que el poco afecto que llegué a sentir por usted cuando todo era otra cosa y que los dos estábamos un poquito más limpios...

—Tú nunca has sido limpio en nada, y si quieres, te lo demuestro 'orita mismo pa' que no andes de 'ojaldrá.

—Usted no me demuestra nada que estoy trabajando.

—Pa' que veas que nomás eres puro hablador.

—Habladora su abuela.

—Ah verdad... ah verdad...

—Verdad de Diosito lindo que da rete harta tristeza tener que pasar estos ratos amargos, tener que soportar a alguien como usted, que nunca ha sabido lo que es la lealtad, que no ha sabido reconocer todo lo que me debe y sólo se le va en amenazas, como si yo hubiera sido el peor enemigo que ha tenido en la laif, como si yo me mereciera todo eso, o tal vez sí, por tarugo, nomás por tarugo.

—Si supieras lo que te mereces de a devis.

—¡Muñeco cabrón!

— 'Orale, nomás sin insultar.

—Señoras y señores, con este elixir mágico se quitaran de todo pendiente y de las cargas más pesadas que pudieran tener en la vida, palabra de Diosito lindo.

—Sácame del cajón.

—Que no lo saco.

—¿Quieres que les diga lo de la niña?

—¡Váyase al carajo!

—¿Entonces, quieres que les diga lo de la niña?

—Ya le dije que se vaya al carajo.

—Cómo me voy a ir al carajo si estoy aquí encerrado.

—Pues entonces tizne a su...

—A'i tienen que ésta era una niña muy bonita...

—Lo voy a sacar por esta vez, pero se va a portar decentemente con ¡el público que nos favorece esta vez con su presencia!

—Oye que día tan bonito.
—Atrás de la raya por favorcito, atrasito de la raya.
—Y yo metido en el fondo de ese cajón húmedo, oliendo apesturas de cuero mojado, mientras tú respirabas este día tan bonito.
—El tónico que todo lo cura señoras y señores.
—Y te lo tuve que pedir tantas veces.
—Atrasito de la raya.
—Y no me hubieras sacado si no te hubiera amenazado con la historia de la niña.
—El mejor método para curar todas sus dolencias, las del cuerpo y las del alma.
—Ahogándome a'i adentro mientras el señor se bebía para él solito todo este sol que se columpia entre los árboles.
—No se vaya señorita, no se vaya, le estoy proporcionando la mejor forma pa' que ése San Antonio que tiene de cabeza atrás de la puerta de su ropero vuelva otra vez a ver las cosas al derecho.
—Y el señor que anda diciendo que es a toda reata, que nomás se anda parando el cuello con que es rete bueno, gozando de este aire y de este sol, a lo egoísta, a lo judío, a lo nomás para él.
—'Ora o nunca gentil público.
—Mejor nunca, yo sé lo que les digo.
—Por fin, se va a callar o no.
—Eres un víl egoísta, un rufián.
—Ya me tiene harto, muñeco infeliz.
—Acuérdate de lo de la niña.
—Al diablo usted y la mentada niña.
—¿Ah, sí?
—¡Sí! ¡Váyanse al diablo los dos!
—Pues a'i tienen que ésta era un niña...
—Y no mueva esas cejas así, muñeco endiablado, no las mueva así, porque voy a terminar rajándole la carota de madera.
—Así me enseñaste a moverlas, ¿no te acuerdas?

—Pero no está diciendo ninguna gracia pa' que las menee 'orita, títere güey.

—¿Otra vez con los insultos y las maledicencias?

—¡No me venga con cuentos!

—Si el único cuento es el de la niña.

—¡Yo no tuve ninguna culpa con lo de la niña y usted bien que lo sabe!

—¿Ninguna?

—Ninguna, y usted bien que lo sabe, pero se aprovecha de cualquier cosa para estar fregando, por eso jue que decidí de una vez por todas que se quedara en el fondo de ese cajón forrado de cuero para que a'i se tragara usted solito todas sus malas intenciones, y los rencores que me guarda por los beneficios que le he hecho.

—Mis intenciones no eran más que las tuyas, ¿no tú fuiste el que me prestó siempre la voz, el que me la sigue prestando? ¿No fuiste tú el que con sus dedos canijos me enseñó a mover las cejas así, como 'ora no te gusta que las mueva? ¿No fuiste tú el que me enseñó a mover la boca diciendo chistes malos nomás pa' quitarle la fierriza a toda esta gente?

—Ya cállese, por favor.

—'Ora sí, ya cállese.

—Sí, sí, ya cállese.

—'Ora te aguantas, así como me he aguantado tantos días en el fondo del cajón.

—¡Por favor!

—¿No andas diciendo que eres muy güeno? ¿Qué el único malo es este muñeco de madera al que tú mismo le has dado vida?

—Ya, chántela, muñeco malvado, ya chántela.

—'Ora de chillón, nomás eso era lo que te faltaba.

—Atrás... atrasito de la pinche raya... por favorcito...

—Aquella noche que le desprendiste el corazón a este pobre muñeco bobo no llorabas, ¿verdad?

—No... no lloraba...

—No, claro que no, en lugar de esas lágrimas era lumbre la que te salía de los ojos, ¿verdad?, eras tú el que venía del fondo del infierno, ¿verdad?, entonces sí, ¿verdad?, entonces el aborto de Satanás eras tú, ¿verdad?

—Sí, sí yo era ése, yo era todo lo que usted quiera, pero por favor ya, lárguese de una vez pa'l carajo y a'i que muera todo de una buena vez, yo ya no lo necesito pa' nada.

—Te equivocas merolico, tú y yo nos seguiremos necesitando todavía, para irnos pa'l infierno juntos, ayudándonos.

—¡Cálleseeeee!

—¿Por qué lo hiciste?, ¿por qué me arrojaste contra el piso con tanta furia aquella noche?

—Por sus ojos, por su malditos ojos que lo habían visto todo y que me miraban llenos de burla bajo sus cejas inmóviles.

—¿Y yo tuve la culpa de que esa noche no me hubieras guardado en el cajón, como de costumbre?

—Por eso, por eso decidí meterlo en el cajón de una buena vez y dejarlo a'i pa' siempre.

—Pero ya era muy tarde merolico; ya me habías azotado contra el piso, ya me habías desprendido el corazón y los pulmones.

—Lo que no quería era volver a ver nunca más esos ojos burlescos con los que me miró esa noche, esos ojos oscuros, profundos, sin vida, sin embargo, sí, tan llenos de vida de vida, maligna, inundados de frío y de lumbre al mismo tiempo.

—Ya después de desprenderme lo de adentro así, despiadadamente, me metiste al cajón, merolico, y quisiste que me quedara a'i pa' siempre, o por lo menos hasta que te murieras, ¿verdad merolico?, pero tú no te ibas a morir nunca, ibas a seguir viviendo de tus embustes en los parques y en las plazas públicas, siempre que hubiera gente que se dejara enredar por el palabrerío.

- Yo solamente quería olvidar esos ojos suyos.
- ¿Y por qué, merolico, por qué querías olvidar mis ojos?
- Ya cálese, por favor.
- ¿Tuve alguna culpa de que esa vez no me guardaras en el cajón como siempre lo hacías?
- No.
- ¿Tuve alguna culpa?
- ¡Ya le dije que no!
- ¿Tuve alguna culpa de que hubiera visto lo que vi esa noche?
- ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!
- Yo sé lo difícil que era que nos acomodáramos los tres en aquel cuartito de azotea de vecindad de las calles de Allende, que hasta todas las noches teníamos que dormir uno sobre del otro, aunque el más fregado era yo, porque era el que siempre se quedaba hasta abajo, adentro del cajón forrado de piel apestosa. Lo sé bien, pero al fin de cuentas yo también compartía la miseria con ustedes, y entonces creo que también merecía los mismos derechos.
- Pero si usted no era más que un simple muñeco de madera.
- Sí, pero que les ayudaba a tragar todos los días.
- ¡Pero nomás un muñeco de madera!
- Y esa noche, ¿qué pasó contigo esa noche?
- No siga, se lo suplico...
- ¡Habla!, dime qué pasó contigo esa noche.
- No sé, no sé.
- Yo sí sé, ¿eh?, tan lo sé que me costó el corazón y los pulmones, y andar ahogándome día tras día, bocabajo, en ese inmundo cajón.
- Había bebido el tónico...
- ¿Por qué?
- Porque el tónico alivia todo... pero esa vez comprobé que para lo único que no servía era para curar la pobreza y la desesperanza.
- ¿Luego?

—¿Luego...?

—Sí, luego...

—Bebí demasiado, cuando llegué al cuartucho no me podía sostener, todo me daba vuelta...

—¿Luego?

—¡Ya basta! ¡Por favor!

—¿Luego?

—No supe lo que hacía... no... no me acuerdo... cuando fui entrando en razón empecé a sentir los arañazos que me había dejado la escuincla en las entrepiernas, entonces fue cuando alcé la vista y vi que me había olvidado de meterlo a usted en el cajón, fue cuando vi sus pinches ojos debajo de sus cejas inmóviles; y... y me entró de sopetón toda la rabia del mundo.

—¿Y por qué nomás te desquitaste conmigo?

—Porque cuando hice aquella cosa con la escuincla yo no sabía nada, todo me daba vuelta, así que el único que lo sabía todo era usted.

—¿Qué era lo que yo sabía?

—En ese momento usted era el único que sabía que aquella escuincla aplastada, machucada, descuacharrangada, babeada... aquella escuincla pisoteada por mí, era...

—¿Quién era, Merolico?

—Era... era mi propia hija...

“Por favor, señoras, señoritas, no se vayan, ésta es su única oportunidad. Usted joven, el del suéter gris... quédese un momento más... oiga... se trata de una verdadera oferta.”

“Por su madre, pinche vieja, por su madre, no me deje hablando solo... Oigan punta de cabrones, no desaprovechen la oportunidad que dicen que la pintan calva... aquí está su tónico curalotodo a un precio módico, razonable, al alcance de su bolsillo... Atrás de la raya jovenazo... atrasito de la raya y verá qué bien nos entendemos, atrasito de la raya pa' que todos... absolutamente todos... puedan presenciar el milagro de esta agüita milagrosa

que todo lo cura... que todo lo puede en el cielo... en la tierra y en todo lugar... Atrasito de la raya por favor... que va a alcanzar pa' todos, que pa' todos va a haber...”





UNA NOCHE CON MARÍA CRUZ

EN OTRA vida he de haber sido pez —pensó— o lagarta, o rana o alguna culebrita de agua; eso es, una oscura culebrita de agua resbalando por la orillita de cualquier río, de algún charco formado por los aguaceros interminables “de allá en casa”, de esos grandes aguaceros que nomás zumban durante días y noches y dejan verdaderas lagunas en las calles o entre los yerbajes del monte. ¿Será que habré sido agua —se interrogó—, simplemente agua?

María Cruz se sintió plenamente identificada con aquel líquido frío que le bajaba por la cara junto a un desparramamiento de cabellos lacios que se le untaban a la frente y las mejillas. El pavimento era un juego de espejos que subían o bajaban intermitentes por el puente de Nonoalco. Pensó en retirarse del lugar, pero también, consideró que a esa hora y con tal aguacero era casi imposible encontrar un auto de alquiler. “Y si lo encontrara —consideró— luego qué; en qué la giraría el resto de la noche”. También pensó en el voladito que tenía el edificio de la esquina de enfrente, pero esa esquina era intocable, y la otra, y la otra, y la que seguía sobre la avenida Insurgentes.

A lo lejos distinguió una sombra que caminaba en dirección de ella. —Soy una sombra, sólo y nada más que una sombra humedecida por el diluvio universal, por siglos y siglos de agua que se me unta a los senos, a la espalda, a los pantalones retacados de nalga; siglos de agua que por la fuerza reclaman un lugar dentro de mis zapatos hechos témpanos clavados a esta pinche esquina que naufraga entre los minutos y los relámpagos—. La sombra siguió de frente, rápida, sin voltear a la esquina en donde los zapatos de María Cruz permanecían clavados en medio del naufragio. Y los coches... y el asfalto como un juego de espejos que suben y bajan

por el puente de Nonoalco.

—¿Va a salir también hoy Mariquita?

—Sí doña Chona, ¿por qué?

—Es que el cielo está medio cerradón, Mariquita, no vaya a ser la de malas que le caiga agua y se nos resfríe.

—En mi otra vida fui pescado, doña Chona, por eso ni se preocupe.

—O culebrita de agua, Mariquita, más bien una culebrita de agua.

Vieja jija —pensó—, le han de pagar pa' que se viva metiendo en las vidas que no le importan, además de la jodedera que se trae todos los días con los guáteres, con los lavaderos, con los tendaderos. Vieja desgraciada, portera de mierda.

“Santa Bárbara doncella, líbranos de un rayo o de una centella.” Los relámpagos electrizaban la piel de María Cruz, María niña, mientras su abuela le enseñaba ese versito que después la acompañaría, a través de los años, durante las noches de tormenta: “Santa Bárbara doncella, líbranos de un rayo o de una centella.” Y el agua descolgándose del cielo para caer con furia sobre las matas de plátano y cacao y correr por las calles desiertas para buscar los declives que terminaban en el río y seguir más y más hasta encontrarse con el mar. ¿De dónde viene tanta agua?, preguntó una ocasión y la abuela le respondió: “del cielo, son las lágrimas de Dios.” Su padre no compartía las ideas de la abuela y le explicó a María Cruz en repetidas ocasiones que el agua venía del mar, que en el mar empezaba por hacerse vapor y luego nube; el agua antes de ser agua había sido nube; todas las cosas habían sido algo antes de ser lo que son. “¿Y yo qué fui antes de ser yo?” “Fuiste pez, unos hombres te trajeron del mar, y como eras un pescado muy bonito en la casa tu mamá te dio alimento y cariño y te fuiste haciendo una niña linda”. Después un supo que su madre nunca le había dado alimento ni cariño, porque ese alimento y ese cariño eran para un señor con el cual se fue finalmente y que había llegado de México a vender quién sabe qué maquinarias.

—“Santa Bárbara doncella, libranos de un rayo o de una centella”.

—¡Putita desgraciada, qué dijiste, a éstas me las jodo, pero no chiquita ya estamos grandecitas pa’ que nos vean la cara; te nos largas de aquí, pero ya!

—¿?

—Pa’ conchudita la cabrona; si quieres esquina trabájatela, comodina.

—No entiendo.

—Pues vas a entender, o tú decides si quieres tu calentadita, pa’ como está la nohecita ésta no te caería tan mal.

—Yo sólo quiero taparme el agua y ya.

—No te hagas la atarantada, si ya te vicenteamos que andas de ruletas en la esquina de enfrente.

—Vine por el voladito de este edificio, enfrente no hay dónde taparse.

—Veniste a ver si te echabas tu voladote, pero aquí están tus tarugas, que te van a dar tu chance.

27

—¿?

—Mira babosita, más vale que te vayas largando a la chingada, esta esquina es de nosotras por antigüedad, y además pagamos el “seguro” pa’ que nos dejen trabajar este laredo, así que a enchinchar a otra parte.

—Yo no sé qué es eso del seguro y está lloviendo...

—Ah, conque perrosita, ¿no?

—Yo...

—Cuando te caigas con tu lana pa’ los judas o pa’ los guindillas vas a saber lo que es el seguro o el derecho o como le quieras decir, últimadamente, pero por hoy te pintas y pa’ pronto.

—La calle es pa’ todos, ¿no?

—Ya me estás cayendo en la punta de la panocha.

—La calle es pa’ todos...

—Esta cabrona no entiende por las buenas...

—¿?

—Conque no entiendes por las buenas, ¿eh?

Y luego la mentada doña Chona:

—¡Ave María Purísima!, pero cómo te pusieron criatura, se topa uno con tanta gente mala... esto ya no es vida ... ya no es vida... ya no...

“Después supe lo que era cumplir con el seguro, y lo que eran los judas y lo que eran los guindillas, y la forma de ‘cumplir’ con ellos aunque a una le nacieran ampollas de tanto estar caminando y caminando sobre el mismo lugar, pa’ dejar la mita de las ganancias en los bolsillos de los hombres ésos que bajan de los coches negros con las manos abiertas, ansiosas de dinero y con las caras cónicas, hinchadas por la sangre que nos chupan todas las noches. Padrotes; peores que padrotes de uña afilada y pistola al cinto, que viven de la ronda nocturna —te vas cayendo o te cargamos a bartolas, tú dices—, rufianes de dos en dos con placas brillosas que guardan en sus carteras gordas de tanta explotadera— cómo de que no has hecho nada todavía, no te hagas—, calamidad que hay que soportar de a diario pa’ poder gozar de la esquina que ellos mismos nos asignan, aunque a veces sea mala esquina —es cierto que aquí hay poca luz, pero eso te favorece, no te hagas la sufridita— y oír sus gritos, y sentir la saliva fría que quema, que arde sobre el pellejo de los cachetes, pintarrajeados pa’ que no se noten las quemaduras —ya las de l’otra calle se pusieron con su cuerno y tú te estás haciendo la boba— y sentir unas grandes ganas de llorar, de ponerse a chillar de rabia y de impotencia, de ponerse a gritar con toda la voz que pueda salir por la boca; ¡Padrotes, bola de padrotes! y sentir que las venas se hinchan como si fueran a reventar de un momento a otro —y ‘ora ni te pongas a hacer pucheritos porque no te va a valer, pirujita— y sentir que las fuerzas se van, se van, y se doblan las piernas, las palabras —habla cabrona, te vas a caer con la fierrada o te jalamos diuna vez pa’ la de cuadritos— y después viajar en una camioneta azul, brincona, con los asientos duros, como de palo, sin poder ver más que los focos de calles, que pasan por los ojos como

un desfile disparejo, y dar vueltas y más vueltas por un millón de calles con más y más focos pálidos que se carcajean de puritita tristeza y detenerse de pronto después de haber transcurrido un millón de minutos para empezar a vivir muchos millones de días de encierro, en la Vaquita, de humedad, de soledad, de alientos alcohólicos, inmisericordiosos, y después usted, doña Chona —pero muchacha del alma, pues dónde te has metido, criaturita— y querer morirse de vergüenza por no tener nada que decir y después querer morirse de odio, mi querida doña Chona, de odio”.

La respiración de María Cruz se fue haciendo cada vez más agitada, la sábana que la cubría formaba pequeñas y grandes olas blancas que se enredaban a su cuerpo de pez, sin sosiego, con una movilidad milenaria y en la orilla del mar un pescador de ojos libidinosos, de sonrisa parda, rociada de ron que inundaba con su pestilencia el cuarto reducido del hotelucho de mala muerte. María recordaba con asco y coraje la cara llena de malicia del encargado del hotel que veinte, cincuenta, cien escalones abajo se había quedado acariciando sus pensamientos sucios, llenos de lodo y de raíces.

29

El pescador ebrio estaba ahí desabrochándose la hebilla del pantalón con dedos torpes y apresurados. Vio desde una vitrina de agua cómo caía el pantalón sobre la arena, cómo se le arrugaban las piernas de trapo y se desplomaban en forma ridícula, sin alma, provocando un ruido metálico al chocar la hebilla sobre el mosaico indiferente. El hombre que estaba en medio del cuarto quedó parado sobre dos alambres endebles, peludos, que parecían a punto de doblarse bajo el peso de un abdomen voluminoso, aprisionado por el elástico de un calzoncillo que se le descolgaba despreocupado hasta la mitad de los muslos.

Qué estará haciendo precisamente en estos momentos —se masturbó el hombre que esperaba quinientos escalones abajo, con la mirada libidinosa y un libro grueso en las manos para apuntar los nombres de la fila interminable de clientes que le alimentaban el morbo en cada cena.

María Cruz sudaba entre las olas blancas, probablemente

tenía fiebre —creyó—, le ardían las orejas, las mejillas, las manos, como aquella vez en que hizo su radiante debut en un cabaretucho de quinta categoría en las calles de Allende, en donde bebió y bebió en compañía de burócratas liberados que bailaban danzón con zapatillas de cristal y boxeadores retirados que les debían las botellas de uisqui malo “que se inflamaban”, a sus ex manayers y a cierta divinidad invocada durante los 365 días del año.

En aquella ocasión María Cruz penetró suavemente en un ancho mundo de círculos concéntricos que alcanzaban las diferentes tonalidades de un arcoíris que cambiaba de color, perfectamente sincronizado con los timbalazos que se escapan del monótono disco en donde la orquesta crecía estridente cada cinco minutos. Esa noche María Cruz comprobó en definitiva que no había nacido para el alcohol, y que ese mundo encerrado entre cuatro paredes con dibujos de mujeres risueñas, a medio vestir, no era su mundo, y fue entonces cuando decidió ganar la calle para transitar su gonorrea espiritual en cada poste vestido de hombre nocturno. Entonces María se echó su nombre y su cansancio a la espalda a esperar entre las sombras quién le arrojara la primera piedra. Le dio por caminar por las calles más oscuras masticando un raro sabor de miedo y aventura, escondida tras sombras confidentes pero sorprendida a veces por el brillo que en la oscuridad emiten los ojos de los perros callejeros. Después se enteró de que las suelas de los zapatos se gastan, se vuelven hoyos que muerden el pavimento helado y que hay un señor Leví que cada mes exige un puñado de billetes por dejarla dormir durante el día en un cuartucho pestilente dividido apenas por un cancel de cartón para poder cobrar una semejante mensualidad a una mujer con dos hijos y un esposo filarmónico que para tocar por las noches en la Plaza Garibaldi necesita ensayar de 12 a seis de la tarde con una trompeta que nunca tiene sueño.

María, madre del infierno, tuvo que buscar esquinas más iluminadas y de mayor tráfico masculino —¿quinientos pesos nada más?, pos ésta, ni que lo tuviera de oro— y así María Cruz se fue haciendo conocedora plena de todos los hoteles del rumbo, y de los

sujetos que al frente del negocio miran a los clientes con ojos penetrantes y unas caras de burla, como la de doña Chona cuando se pone a aullar en las noches de luna llena.

El hombre ya no estaba a la mitad del cuarto, ahora se encontraba a la orilla del mar, dispuesto a confundir su baba de borracho enredándola entre las olas blancas, en donde los peces esperan con morbosa estupefacción el manotazo violento del pescador. El pantalón, sin forma, había quedado naufragando sobre el piso de mosaicos verdes.

La primera vez que María cobró por acostarse con alguien se sintió la mujer más feliz del mundo, sintió el amargo gusto de salir a gritar por las calles para que todos los supieran en su pueblo, vociferar de puerta en puerta “ya soy puta”, “ya soy puta”, pero sólo la contuvo el temor a la excomunión.

En la gran ciudad la cosa había cambiado diametralmente, las horas grises y frías de la capital la habían golpeado sin ningún miramiento. El acostarse con uno y con otro y con otro, el tener que enfrentarse con mil rostros diferentes para acabar siempre en lo mismo, le habían proporcionado una monotonía que la tenía apri-
31

sonada, sobresaturada, sin poder escapar al desvelo diario y a los zopilotes nocturnos que siempre andan de dos en dos y que guardan sus placas brillosas en las carteras gordas de pura explotadera. El hombre, totalmente desnudo hizo a un lado las sábanas y se acostó junto a María, el alcohol ingerido durante toda la noche le rezumaba por los tejidos para empapar el sobrecama con ron barato. María volvió a pensar vagamente con el hombre de la mirada libidinosa que se masturbaba mentalmente mil escalones abajo. El hombre le hizo una caricia tímida y enseguida juntó su cuerpo al de ella. María sintió una picazón a lo largo de toda su piel cuando el hombre le restregó sus vellosidades sudadas en los senos y en el vientre. Ella experimentó un profundo asco.

Siempre sintió el mismo asco y el mismo gusto por su asco, desde niña, cuando jugaba con las culebritas de agua y se las introducía en el sexo para sentir cómo le resolvían el estómago con la

viscosidad de sus pequeñas escamas. Siempre que vio a su padre fornicar al lado de su cama con las diferentes mujeres con las que se acostaba cada noche, y cuando oía que las mujeres gemían y se retorcían al lado de ella, cuando oía el rechinar de la cama de al lado, pensaba en las culebritas de agua en los estómagos de aquellas mujeres que no dormían nunca para no dejar de sentir la viscosidad de las pequeñas escamas adentro de sus vientres.

El hombre le trató de dar un beso en la boca y ella lo rechazó con repulsión. El hombre la jaló con furia y le aplicó los dientes en el cuello. María sintió cómo él se le iba encaramando, cómo le iba depositando encima todo su peso de ron. El hombre de mirada libidinosa que se encontraba mil quinientos escalones abajo estaría en esos momentos muriéndose de risa. El hombre que estaba encima de ella perdió momentáneamente el equilibrio y cayó a su lado, pero se incorporó pesadamente y volvió a ascender sobre el cuerpo de ella, le abrió las piernas brutalmente —“Santa Bárbara doncella, libranos de un rayo” —, en el momento en que un relámpago penetraba con furia la oscuridad de la calle. “¡Muchacha de mis pecados!, habrase visto qué manera de dormir, son las cinco de la tarde, mi alma y tú echadota. Te tuve que despertar porque me tenías con pendiente, ¿no le habrá pasado algo a esta chamaca del demonio?” Doña Chona jaló la sábana. María Cruz aún adormilada volteó a verla con desprecio.

—El cielo está medio cerradón, Mariquita, no vaya a ser la de malas que le caiga agua y se nos resfríe —le había dicho doña Chona cuando salió del cuchitril y ahora estaba aquí en esta esquina sin protección para atajarse el agua, con los pies clavados a la acera, con la vista puesta en el asfalto convertido en un juego de espejos que suben y bajan por el puente de Nonoalco. Se acordó que en su otra vida había sido pez o culebrita de agua y gritó para sus adentros ¡Quiero ser pez! ¡Ya no quiero ser puta! ¡Quiero ser una rana o lagarta o pez! Deseó con toda su fuerza cambiar de forma, pensó: “Si se pudiera cambiar el cuerpo en lo que se deseara, volverse poste, agua, sí, agua, como el agua que me baja por las

nalgas, como el agua ésta que me está llegando hasta los huesos, libre, clara, resbalarse por los cuerpos, por las paredes, jugar con el pelo de los que no usan sombreros impermeables y sonar sobre el pavimento con una canción liviana, chas, chas, chas, dejarse caer desde las ramas en un juego de vida, interminable, ser siglos de agua, agua sin fin, agua que limpia, que lava, que baje por la cara junto a un desparramamiento de cabellos lacios que se untan a la frente y a las mejillas, ser agua niña, agua joven, agua madre. ¡Quiero ser agua! No pensó, gritó a la mitad de una noche en la que sólo se oía el paso de los coches y la precipitación de la lluvia. ¡Quiero ser agua! ¡Quiero ser agua! ¡Quiero...!

Los ojos de María Cruz se fueron haciendo líquidos, le empezaron a naufragar en la cara; las manos colgadas a los lados, húmedas, inanimadas, se le alargaron hasta el suelo.

Un relámpago deslumbró amenazante por el lado opuesto del puente de Nonoalco, en la esquina de Amado Nervo con Insurgentes el pavimento estaba anegado, una corriente de agua se deslizaba por la orilla de la acera y se perdía rápida en los albañales. La lluvia empezaba a menguar.



TOMASA VILLA

SÍ SEÑOR, yo soy esa mera, yo soy Tomasa Villa pa' servirle como dicen los catrines; en realidad no tengo mucho que contar, qué se puede decir cuando ya todo mundo sabe de qué se trata el asunto, cuando ya se han hecho preguntas hasta el cansancio y cuando ya se han contestado todas esas preguntas al derecho y al revés, porque esos que preguntan y preguntan lo saben hacer al derecho y al revés, verdad de Diosito lindo, entonces las palabras se desaguan como desde un tinaco hasta que el tinaco se queda bien seco y ya no hay nada más que dar aunque se quiera; ya todo está dicho y apuntado y comentado y dicho y dicho y dicho que hasta la saliva se me secó ya de tanto tragar aire cada que abro la jetota pa' volver a repetir la misma historia que ya todos ustedes se han de saber de puritita memoria.

35

Qué quiere que le cuente de nuevo, ¿lo del chavo?, bueno, pues a'i tiene que era un chavo bien agarrado de la panza de su madre; pa' que vea que no le miento no era chavo, así se dice cuando se habla de esas cosas y cuando no se sabe todavía qué va a ser lo que se anda cargando en la barriga, pero la verdad de las cosas es que era una chavita, pateadora, chupadora y yo creo que hasta gruñía allá adentro; eso me han dicho las de doble filete, que hay veces que gruñen los condenados chavos en las meras entrañas y que muchos de eso cuando nacen y crecen, siguen llorando de por vida o hacen versos, como esos señores raros a los que les dicen poetas por mal nombre y que se dedican a embarrar al mundo con sus lagrimotas de tinta.

Dígamelos usted, si es que me lo puede decir, cómo se le hace cuando anda una cargando algo que no se desea y el maldito cuerpo, esta mugrienta cáscara de que se está hecha se empecina en

guardar el bultito e irlo alimentando y calentando en donde quiera que una va, como una canija maldición que no se acaba, que sigue creciendo y botando adentro cada día que pasa. Dígamelo usted, si es que me lo puede decir, qué es lo se hace cuando eso pasa, porque yo, de plano, no hallé otra solución. Me jalaba los pelos todas las noches, hasta que me quedé así como me ve, apedreada por todo el escuinclerío ¡La calva! ¡La calva! ¡La calva panzona! y yo me seguía jalando los pelos sin encontrarle la entendedera al asunto, con las venas hinchadas y la barriga brinque y brinque ¡Esa calva está pastel!, y la barriga me seguía brincando ¡Bien pastel! y la barriga brincando.

36

Yo no sé si usted sepa lo que es salir a medianoche a buscar algún basurero en donde tirarse pa' abrir las patas y botar toda la rabia que se anda cargando en el vientre, claro, disculpe, seguro que usted no sabe de esas cosas, perdone pues, pero si viera lo recanijo que es eso, buscar un lugar solitario dónde tumbarse boca arriba, llena de dolores que revientan el cuero, mirando las estrellas y nomás de mirarlas sentir que lo que tiene una adentro es una quemazón de estrellas que quieren salir al mismo tiempo todas porque adentro se están ahogando; si pudiera usted saber esa desesperación, la puritita verdad que se le enchararía el pellejo como a esa pobre calva de la Tomasa Villa.

No es que no tenga una los calzones bien puestos, pero a veces nos los llegan a quitar a la meritita juerza, aunque el corazón se quiera salir por la boca de la pura muina y tape el aire pa' que ni siquiera se pueda respirar, y luego las manos calludas, temblorosas se meten por debajo de la falda hasta que agarran el elástico y lo rompen de un puro jalón y una se siente como si estuviera bien encuerada en el mero centro del zócalo o caminando con las vergüenzas de jueva a las dos de la tarde por las calles de Allende. Eso sí que está bien feo y como se lo advertí, no es que una no tenga los calzones bien puestos, pero es que a veces sí que nos los llegan a tumbar pa' puritita maldición y ni nadie que meta un dedo aunque se la esté llevando a una el carajo, palabra que eso sí que se siente rete gacho.

No sé si usted haya tenido siempre padre y madre, ojalá que sí, ojalá que nunca haya tenido usted que soportar las canijadas de algún padrastro como le dicen a esos cuates de cara dura que se la pasan jalando las patillas de los chavitos; pero si usted tuvo padrastro entonces sí que ha de saber lo que es eso. ¿Verdad que no se lo deseamos a nadie? Dicen que hay hombres buenos y justos en esas ondas, pero usted sabe que una habla de cómo le va en la pachanga, porque es de lo único que se conoce y de lo que se puede hablar, lo demás serán inventos. ¿Usted ha oído hablar de aquella que tenía marido pero que lo cambió por un zopilote que le hizo un muchacho muy sufrido? ¿Verdad que puros cuentos?

Pero la mera neta es ésta. El muy mula a'i estaba siempre, sentadote, no me acuerdo que haya hecho alguna cosa alguna vez, sólo lo recuerdo echado, con su carota de gruñón, con sus ojos raros siempre que me miraba, chúpele y chúpele a la mezcaleada, como si se fueran a acabar las botellas de mezcal que se fabrican en la pelotota. A veces se ponía a matar moscas con una liga. Acercaba con cuidado los dedos a la cobija deshilachada, los juntaba cerca del animalito y luego jalaba la otra punta de la liga blanda, donde ya había manchitas de sangre, jalaba a todo lo que diera la liga y ¡zaz! Quedaba la mosca destripada sobre la colcha. No lo recuerdo haciendo otra cosa que no fuera matar moscas con su liga manchada o inflamarle y inflamarle a la botelliza de mezcal hasta que se inflaba colorado, y escupía bolitas de estopa por todos lados con la lengua hecha una bola de trapo.

‘Ora verá; fue en una de esas cuando se me echó encima, con todo su peso abotagado, ahogándose en pestilencia, con todo su asqueroso, su inmundo cuerpo inflado; me restregaba su baba en los cachetes, no me dejó aliento ni pa'l grito; fue una noche de septiembre, si bien que me acuerdo. ¿Usted lica lo que es sentir esas manos calludas nomás de abrir botellas y porquesque antes le había hecho a la carpintería; sus mugrosas manos calludas metiéndose debajo de la falda hasta que agarran el elástico y lo rompen de un puro jalón? Y revolcarse desesperada en el camastro con el

panzón encima que le jala a una de las greñas pa' dejarla como gallina pelada y por fin sentirlo adentro, caliente, rompiendo todo lo que se le rompe a una por adentro hasta que empiezan a llorar las piernas con una sangre tibia que se desparrama por todo el tapanco.

Esa noche de por sí estaba yo bien asustada y si me quedé con él en el tapanco, jue por el meritito miedo que sentía de salir a la calle con aquel cotorreo que se traía la gente por todos lados. ¿Usted ha sentido miedo alguna vez? ¿Verdad que es de la fregada? Pues no me va usted a creer, pero como que ya presentía algo que me hacía temblar esa noche. Era miedo, un recanijo miedo que me entraba por todas las partes del cuerpo y me lo sacudía, nunca me sentí tan sola como esa vez, pero ya luego me iba a seguir sintiendo sola en muchas ocasiones. Si por eso jue que me quedé en el tapanco, pa' no tener que salir a la calle donde los rumores corrían como ratas asustadas que salen de las coladeras pa' meterse en las puertas oscuras.

38

La gente se traía la escandalera de la loca, en todas las esquinas no se hablaba de otra cosa; que por qué no la recogía el gobierno, que si los policías estaban comiendo moscas, de ésas que se escapan de los ligazos, que si ya se había echado a una chivita a puros tijeretazos, que si todas las noches se aparecía detrás de los puestos de tacos, que si esto, que si lo otro, que si lo de acá, que si lo de más allá, y a mí que se me paraban las greñas de punta nomás de oír tantas cosas. Ya algunas noches la había soñado con los oclayos saltones, con sus ropas desgarradas y sus alaridos endiablados detrás de mí, empuñando las tijeras que traía en la mano derecha, según los que la habían visto.

A mi madre le decían la calva, y el último recuerdo que tengo de ella es el de su azotea bien pelada, con mordiscos por todos lados, como si le hubieran arrancado los pelos a puras dentelladas, como si se hubiera acostado una noche entre perros hambrientos y se hubiera levantado al otro día trasquilada hasta el cuerpo y con una panza más grande que un circo. Que estaba embarazada decían algunos, otros decían que estaba pastel y yo me imaginaba que esos mordiscos y esa panza eran culpa de los malditos perros

y que por eso los andaba buscando por las calles, para clavarlos en las puntas de las tijeras. Ese es el último recuerdo que de ella guardo porque después se puede decir que todo lo borró el miedo, después fue nomás el miedo el que me sacudía, las paredes del tapanco estaban cubiertas con miedo, en el aire se respiraba puro miedo, todo, todo estaba manoseado por el miedo.

La gente no hablaba de otra cosa que de la loca, era un cotorreo canijo el que se traía; todos estaban que ya les andaba nomás de miedo porque decían que salía aullando por las calles cuando menos se lo esperaban los cristianos y luego luego empezaba la corredera pa' todos lados. De plano que se los traía de la chamarra, nomás empezaban a hablar de la loca y todas las viejas se santiguaban mientras los escuincles se quedaban viendo pa' arriba con la boca abierta y el susto bailoteándoles en los oclayos. Los hombres nomás se reían, pero tempranito jalaban pa' las vecindades a menos que anduvieran borrachos y en bola, y entonces se ponían a cantar en la calle "la llorona" o gritaban groserías de la loca.

Pero me ando saliendo del huacal, ya lo sé; lo que usted quiere que le diga es la cosa de la chava y se lo voy a cotorrear una vez más pa' que esté contento. Pos a'i estaba nomás en la barriga, crece que te crece, chupe que te chupe esta pobre sangre de Tomasa Villa y ya no hallaba yo cómo botarla; en las noches me despertaba vomitando y sentía que todo el tapanco daba vueltas y como si se me fuera a caer encima de un momento a otro, y me daba rete harta rabia y nomás de acordarme de la chava a'i adentro, comiéndome lo poco que se logra una meter de los desperdicios de los puestos de tacos, me volvían las ganas de vomitar hasta que nomás me quedaba echando espuma de no tener ya nada que echar pa'juera. Habían veces que me retumbaba todo el cuerpo, y las palpitaciones, palabra de Diosito lindo que usted no sabe lo que es eso, que le ande palpitando por dentro una cosa que usted no quiere tener, me cae que también usted se hubiera puesto a jalarse los pelos hasta quedarse como pollo a medio desplumar.

Esa noche la neta que ya no aguanté más y jue cuando me jui

en silencio a buscar en dónde botaba todo ese revolvedero de tripas; me jui jalando pa'l basurero donde luego encontraron el charco de sangre; me jui sin que nadie me viera, pa' tirarme en cualquier campito y abrir las patas y jalarme aquello con todas mis juerzas, aunque me dolieran hasta las estrellas que nomás miraban allá arriba todo lo que estaba pasando. Me metí los dedos, como quien se agarra del elástico pa' romperlo de un jalón y alcancé a la chava que ya estaba en una ahogazón de agua viscosa, entonces cerré los ojos pa' ver nomás las estrellas que están adentro, en el merito coco, y empecé a arrancar, a arrancar en medio de todo aquel charquero que me dolía hasta la última gota, hasta la última boqueada que se da antes del desmayo.

40

Él me agarró con juerza, me abrió las piernas como si me las quisiera desprender y todo el tapanco se cimbró cuando se metió en mi carne y empezó a darle, a darle con furia, como si estuviera en la desesperación de la muerte. Yo no sentía ya el cuerpo al que le estaban haciendo una chava untada de alcohol, yo no sentía ya ni la azotea desgñada, ni los manojos de pelos esparcidos abajo del camastro apestoso. Cuando terminó me levanté empapada de asco y me jui a la calle donde la gente seguía con su miedo y su cotorreo.

Todos decían que la loca era altamente peligrosa, que la debían amarrar de los pies y manos, que se la debía llevar la policía de una vez por todas, que cualquier día iba a aparecer muerta de las atragantadas que se daba con los desperdicios de los basureros, que ella misma se iba a enterrar las tijerotas en la barriga cuando menos lo pensarán. Y la loca iba y venía en la boca de todos, andaba en las calles desgarrada de las ropas, en las bolsas gordas de los pepenadores, en la panza de la calva, que ya estaba pastel.

Anduve de puerta en puerta, como usted ya sabe, pero todas las puertas se me cerraban en las meritas narices, entonces tocaba enloquecida, con las manos hasta que me sangraban, luego tocaba con las tijeras duro y duro pero las puertas se aboyaban y nadie me abría, todos estaban enfermos de miedo, todos estaban ahogados de susto, entonces no me quedaba más que seguir

acompañada de aquel frío que me jalaba de las orejas y las narices. Usted no sabe lo que es eso, caminar sola por las calles, a media noche, cerca a veces de los borrachos que pasan cantando “la llorona” y gritando groserías; usted qué va a saber lo que es eso, si nomás se lo cuento pa’ que vea lo que se sufre a media calle sin que nadie se atreva a asomarse pa’ aventarle a una aunque sea un hueso en la jeta.

¿Ora quiere saber por qué tanta angustia? Por nomás póngase a pensar un ratito qué haría usted si después de ir a rajarse el lomo para conseguir la papa se encuentra con el tapanco lleno de sangre; póngase a pensar, si tiene hijas, póngase a pensar en su hija gritando entre los basureros, asustando a toda la gente con las tijeras en la mano, apareciendo detrás de los puestos de tacos, todadesgarrada de la ropa, dando chicos alaridos y la escuinclería detrás tirándole piedras. ¡La calva! ¡La calva está pastel! Nomás piense tantito en esto que le digo y va a sentir lo que es bueno.

Por todo esto que le cuento jue que agarré pa’l basurero y busqué un clarito dónde aventarme panza pa’arriba, donde nadie me viera más que las puritas estrellas, pero éstas están muy alto, donde ha de hacer más frío que el que se carga una entre los huesos, y ya a’i botada con todo lo que es una, empecé la arrancadera sobre la basura, que nomás de acordarme, como que se me sacude toda la carne. Había que arrancarla a la chava, pero la canija se agarraba adentro con todas las uñas, si es que ya tenía.

Eso es todo lo que tengo que decir, como si no se los hubiera dicho ya tantas veces; de ella sólo sé que se llamaba Tomasa Villa y de mí que nací en medio de un basurero y crecí con las hermanas ratas y los hermanos murciélagos. De ella sólo conservo el último recuerdo, cuando salió esa noche de septiembre quesque a conseguir la papa, y me dejó sola en el tapanco; recuerdo su última cara, con la mitad de la azotea sin pelos quesque sífilis, desde que la violó un viejo borracho de ésos de cara dura que jalan las patillas de los chavos; recuerdo su cabeza sin pelos y la panzota que andaba cargando cuando se jue. Yo nomás me río de acordarme.

Hay le deajo mi cotorreo otra vez, a ver qué hace con él y las tijeras éstas que sirven pa' cortarles el cordoncito ése que les sale del ombligo, que les sale del centro de los cuerpecitos a los chavos, cuando nacen.



¡Abran los ojos!
\$35.00
PIEZA



YO SE LO DIJE AL PRESIDENTE

YO SE LO DIJE al Presidente; bien que se lo advertí, que no porque nos viera tan jodidos abusara de nosotros, que de plano iba a haber una vez en que ya no íbamos a aguantar las cruzadotas que se ponía, que ya de plano no íbamos a aguantar que se mandara más con nosotros con el pretexto de sus voladeras todas las noches, que todo tenía un límite, que ya nos estábamos cansando y que cualquier día le íbamos a dar una desconocida pa' quitarle todas sus gandallerías, y el canijo nomás se reía y ni me pelaba, ha de haber creído que yo nomás me lo estaba cotorreando, que nomás me lo estaba cuenteando, y yo a duro y duro con la misma tonadita, ya chántala Presidente, ya calma tu patinoe, porque cuando menos te lo esperes te va a salir el tiro por la culería. ¿No crees que ya se te está pasando la vaisota? Y el mismo cuento noche tras noche, y vuelta la mula al trigoa y las cosas de siempre, igualitas que siempre, que ya nos tenía rete hartos y nada que quería oír lo que le advertíamos, y por los cartones llenos de agujeros nomás salía la humareda verde, como si fuera chimenea y estuvieran quemando ramitas de pirul. Canijo presidente, si nomás me acuerdo todo lo que se lo advertí, y de buena gana, porque en un principio hasta lo queríamos, con el cuento ése de que hablaba rete bonito nos tenía a todos bien enbobados que ni sentimos cuando realmente empezó a ser una carga pa' nosotros, cuando empezó de plano nomás a jode que jode. Ah, pero cuando nos lo cachamos ya bien cachadito, que se lo vamos alvirtiendo, vas mal Presidente, más vale que te enrolles en otro patín porque por aquí vas a acabar chueco. Y ni maíz paloma, terco y terco en las mismas, sin querer entender lo que le decíamos; si viera usted qué desesperación se siente cuando está uno dice y dice las cosas y nada, como si nomás le estuviera uno

hablando a una piedra. Pero eso sí, ahora no podría decir que no se lo advertí, y eso está bueno.

Cómo estaría la cosa que el Chebrolito mejor se fue de la casa; decía que en todos los cartones y las vigas ya nomás olía a humito verde y que cuando le pegaba el aigre de la calle veía perros que volaban y lagartijas color de rosa. Precisamente las primeras broncas empezaron con el Chebrolito. “Si yo tuviera patas ya no estaría aquí, estaría metiendo goles allá enfrentito, en el estadio más grande del mundo”, le decía al Presidente llorando de la muina y se largaba pa’ la calle sobre su par de tablitas destartaladas, con un rechinar de ruedas, porque últimamente ya ni les ponía aceite, pues toda la centaviza la manejaba el presidente pa’ pagarle al del terreno, quesque era un líder muy cabrón que encabezaba a los que recogen basura aquí al lado. Y realmente el que se fregaba más que nosotros era el mero Chebrolito, sacando lana con el cuerpo encaramado sobre el carrito, estirando las manos curtidas de tanto restregarlas sobre el pavimento cuadas y cuadas, que ya hasta se sabía de memoria toditita la calle de Allende, y luego llegaba el Presidente y nos quitaba todo, porque si no nos corrían del terreno, y yo pienso que en algo tenía razón, pues él siempre fue más entendido para eso de las cuentas y además le habíamos dejado en las manos esa responsabilidad y ni modo; luego salieron los del terreno de enfrente conque ya no nos querían comprar el excremento al mismo precio que antes, y todo eso lo resentía el presidente y yo creo que eso lo ayudó en mucho pa’ que empezara con lo de la cruzadera porque que yo recuerde, antes no le entraba tan duro como en la últimas fechas. Y el Chebrolito que se ponía a chillar de pura muina fue el primero que empezó a advertírselo y a joderlo pa’ que no viera que nos íbamos a dejar tan fácilmente. Pero también habría que decir que el mentado Chebrolito no era tan parejo, porque luego se supo que más de la mitad de lo que sacaba de andar de pedinche lo dejaba a guardar ni más ni menos que con los del terreno de enfrente, sí, éstos, los que ya no nos querían comprar el excremento al mismo precio.

La noche en que llegó el Presidente a la casa habíamos coincidido todos en dormir con la mano izquierda sobre el corazón; así fue como nos encontró el Presidente cuando lo venían persiguiendo unos guaruras; así fue como se quedó a vivir entre nosotros. Yo me había levantado con dificultad, todo se encontraba como entre brumas, todo era blando, como no son las cosas por aquí, hasta la joroba de la escuincla era blanda, blanda, como esos algodones con aguas grises que sacan de los hospitales y que vienen a tirar por estos llanos de casas temblorinas. Y entre tanta niebla y tanta blandura empecé a licar atodísimas lo que era eso que le llaman quesque soledad. Y bien que sabía que a'i 'taban el Chebrolito, y la escuincla con los tabiques amasados en el pecho y que a'i taba yo mismo, con mis resoplidos que nomás temblaban los cartones del techo como si en cualquier chico rato fueran a volar dejándonos a todos al descubierto. Y sí, a'i 'taba yo de a soledad, sin más, yo sólo frente a ese cielo negro, y entonces el frío aquí, dentro de la carne, y el empezar a adivinar que ese frío no se lo quitarían a uno ni todas las cobijas del mundo juntas, porque ese frío es a lo que le llaman las gentes quesque soledad.

47

En ésas estaba cuando empecé a oír unos gritos que venían del otro lado del lodazal y unos pasos que chapoteaban sobre la tierra mojada y de pronto, cuando estaba ya en el mero centro de los escalofríos, aparecieron entre las cobijas de la noche dos ojos desesperados, que no sé ni cómo me miraban, si con angustia, si con rabia. Sólo sabía que a'i, fuera de la casa estaba la noche, grande, fría y curva como siempre, y clavados a ella dos ojos envueltos en humo verde que se paseaban encabronadamente sobre todos mis pelos erizados. Así fue como a la mitad de la pesadilla llegó a vivir el presidente con nosotros, se desprendió del sueño y luego nos contó que lo venían persiguiendo, porque los guaruras que estaban pagados por los del terreno de enfrente, no lo querían, y sólo trataban de buscarle problemas. Nosotros como sabemos lo que es la chota lo dejamos que se quedara acá con los cuates.

Desde el primer día que el Presidente estuvo en la casa, las cosas empezaron a no ser como siempre, el muy canijo traía otras ideas rete raras, que quién sabe de dónde las sacaba. Desde el primer cuete que nos pusimos, nos salió con el cuento de que él no le entraba al tequila, que eso era pa'bestias pero bien que le entró, nomás que cada que podía nos restregaba que a él le cuadraban otras cosas, que en sus buenos tiempos se ponía burro nomás con Presidente, y de a'i se le quedó el apodito; que el presidente pa' allá y que el Presidente pa' acá, pero nunca le vimos entrarle a otra cosa que no fuera de nuestra botellita de tequila.

Después los demás le siguieron diciendo el Presidente, aunque los del otro laredo nomás le decían el presi y luego completaban que lo habían conocido cuando era presi... diario. El Chebrolito fue el que se lo tomó muy en serio eso de presidiario y entonces le desembuchó de cuando él también estuvo en el bote nada más porque lo agarraron de pedinche en la vía pública... y reata... vas pa' dentro con todo y carrito y ruedas rechinosas; que ya en chirona le decían el desmadrado en lugar de desalmado, porque algún maloso nomás pa' burlarse de sus impedimentos, hacía la broma de que al Chebrolito le habían dado tanque por haber matado a su madre a patadas.

El presidente nomás se reía de todas estas cosas y poco a poco se fue metiendo entre nosotros, se fue quedando entre nosotros y fue modificando nuestro modo de ser, sin que nosotros mismos nos diéramos cuenta. Él jue el que propuso que en lugar de que yo y el Chebrolito nos quedáramos a dormir en las afueras y la escuincla adentro de la casa, los cuatro contándose él, durmiéramos debajo de los cartones pa' que así, de a devis, el frío nos hiciera los purititos mandados; y el presi bien que sabía lo que decía. También fue de él la idea de que el excremento ya no se lo vendiéramos al mismo precio a los del otro terreno. Porque decía, la vida estaba cada vez más cara y que había que nivelar nuestra balanza de quién sabe qué.

Ya teníamos algún tiempo de estar viviendo entre los cartones debido a que nos habían dado trámite en la vecindad aquella

de las calles de Allende y todo porque la escuincla empezó con el gusto aquél de comer tierra; le metía el colmillo a las esquinas de las paredes y empezaba a darle todo el día y buena parte de la noche y aunque por más que le dijera que eso estaba mal hecho, ella no entendía, decía que le gustaba mucho el aromita que se desprendía de los tabiques, el olor de la tierrita humedecida con su propia saliva y era entonces una desesperación que le entraba por mordisquear los muros. Así fue, meramente que así fue como se le empezaron a hacer a la escuincla los tabicotes esos que carga dentro del pecho; los tabiques y ladrillos que empezaban a perder su forma con los mordiscos aquellos, se iban moldeando poco a poco en el pecho de la escuincla que hasta había momentos en que nomás se iba pa' delante y ¡pácatelas! Acababa dándose chicos azotones contra el piso y ahí se quedaba, entre los escándalos de los gatos y la música del rocanrol que salía de las viviendas cercanas.

A veces, la escuincla le entraba a la tierra de las macetas y entonces era un tenerse que pelear con todas las viejas gritonas de la vecindad que no podían comprender nada, menos que sus botes mugrosos, oxidados, retacados de plantas agusanadas que se cuelgan medias muertas de las paredes descarapeladas, sirvieran para que la escuincla les sacara toda la tierra con las uñas y con los dientes.

Pero lo grueso era lo de las paredes, porque aunque los viejitos dialtiro, aseguraran que desde cuando traicionaron a un señor que era quesque presidente y se produjo en la ciudad un bombardeo que duró diez días con sus diez noches, todas las paredes esas habían quedado falseadas, las viejas alegadoras decían que la culpa era de la escuincla, que ya había llegado para entonces a mordisquear los cimientos de las viviendas y éstas se empezaban a caer a pedazos mientras a ella le crecía el pecho.

El Chebrolito fue el que se encargó de hacerla mujer, no le importó que por delante se le hubieran amacizado los ladrillos a la escuincla, claro que no se podía poner tan exigente cuando a él ya le faltaban las patrullas y ya desde entonces caminaba sobre ese

carrito de tablas carcomidas y ruedas rechinosas. Fue en la época en que empezó a arreciar la plaga de los niños. De todas las viviendas salía un titipuchal de chamacos diariamente. Si en una casa habían diez escuincles, al otro día ya eran veinte, y pa' l otro día cuarenta y pa' l otro ochenta y así iba creciendo la plaga hasta que las madres encontraron un remedio que les fue dando muy buen resultado, y se trataba de poner a los escuincles a media calle con una pelota, así los coches que pasaban destripaban a un buen número de chamacos y todavía los que manejaban eran obligados por las autoridades a darles dinero a las madres para que se taparan con la billetiza los agujeros por donde les salían unos largos y feos lamentos que decían que eran de dolor.

50

El Chebrolito se mantenía con lo que le daban por sus servicios de mensajero; él era el que salía corriendo a cien por hora sobre su carrito rechinador para avisarles a las madres que fueran, que ya les habían destripado otro chamaco y para que éstas pusieran su demanda en la delegación. Como no tenía patas y andaba sobre ruedas, pues él era el más señalado pa' cubrir ese trabajito. Y yo me ponía a pensar qué sería del Chebrolito si en vez de resbalarse sobre las rueditas molonas hubiera tenido sus patrullas completitas; pero no, cuando las tuvo, le rugían a león, era un olor penetrante el que se le desprendía, tan fuerte el canijo olor, que desde varias cuadras que fueran, la gente ya sabía por dónde venía el Chebrolito, que antes no le decían así, y fue ese olor el que de tan fuerte, provocó que una de las pandillas del barrio le cortaran las patotas, y según los enterados, las fueron a tirar lejos, retelejos, allá, por donde dicen que comienza el mar.

Ese Chebrolito fue el que hizo mujer a la escuincla. Pero la escuincla ya no tenía remedio con eso de la comedera de tierra, y en lugar de que le fuera creciendo el vientre por otras razones, lo que le crecía era el pecho, en donde hacía mucho se le venían acomodando lentamente tabique sobre tabique.

Las viejas gruñonas se quejaban cada vez más altaneras de los mordiscos con los que amanecían las paredes. Decían que si las

cosas seguían así iba a llegar el momento en el que las casas se empezaran a caer y que no les importaba no seguir utilizando los servicios del Chebrolito pues con el problema de viviendas en el barrio, preferían que nos largáramos los tres, a que los techos se les cayeran encima. Pero la cosa se puso gacha de a devis el día de la balacera, cuando los soldados mataron a un madral de estudiantes que andaban de revoltosos quemando camiones y gritando feo del gobierno. Esa vez con el puro ruido de las botas de todos los generales se vino abajo la lámina que estaba en la entrada del excusado y la pared de atrás. Toda esa noche fue de sirenas y sirenas de las ambulancias que iban cargadas de heridos pa' los rumbos del canal del desagüe, y de tantas sirenas que ni nos dejaron dormir, al otro día amanecieron todas las paredes cuarteadas.

La escuincla, el Chebrolito y yo, tuvimos que cargar con todas nuestras chivas, que la mera neta eran sólo unos cuantos trapos mugrientos y nos fuimos con la música a otra parte. Cuando llegamos acá, al llano, la escuincla y yo traíamos los pies llenos de sangre, según me dijeron ella y el Chebrolito; pa' mí que habíamos atravesado por un gran lodazal. Como yo andaba de incrédulo, el Chebrolito me dio a oler sus manos y yo creo que sí olían a sangre, lo cierto es que desde entonces le empezaron a salir enormes callos con los que después se ayudaba a impulsar más fuerte el carrito sin que le dolieran las baisas. Así fue como venimos a parar por acá, al mero corazón del descampado.

Acá en el baldío fue el encuentro con el Presidente, y todo por esa noche de sueños pesados, cuando me levanté y lo oí chapotear en el lodazal mientras el Chebrolito y la escuincla seguían durmiendo con la mano izquierda sobre el corazón. Bien jetones estaban cuando llegó el presidente. Primero lo vieron con cierto recelo, pero luego fueron jalando poco a poco con él, pues desde que llegó a la casa empezó a hacer algunos cambios chidos. Por él se modificó el precio del excremento que les vendíamos a los del otro lado, pero hubo cosas mejores...

Seguido se nos metía por los hoyos de los cartones la pestilencia cuando los de la chota iban a tirar al baldío a algún pobre desgraciado con el que se les había pasado la mano. En un principio nomás nos tapábamos las narizotas y nos esperábamos las semanas enteras hasta que se iban los malos olores colgados de los hocicos de los perros. Pero con el Presidente la cosa fue distinta, él nos enseñó a saber esperar a que se secaran las carnes y las pudriciones, hasta que quedaba el pellejo de los jodidos, nomás como hojita seca, con boquetitos por donde se metían las hormigas para mordisquear los huesos amarillentos. Si bastante me acuerdo cómo el presidente nos enseñó a pelar a los occisos para hacer los estropajos que la escuincla vendía en el mercado. El propio Presidente se encargaba de quitar la tierra a los huesos, con los que después hacía pequeñas marimbitas que iba a vender a las vecindades en donde había más escuincles. Palabra de honor que ésa sí que fue una de las mejores épocas que pasamos por aquí, pues los fierros estaban por todos lados y hasta estábamos empezando a sentir el recanijo miedo de que nos fuéramos a hacer ricos en un chico descuido, y entonces sí, qué carajos íbamos a hacer. Pero no, las cosas no duran pa' toda la vida y casi sin sentirlo el presidente se nos fue volviendo una carguita de a devis, tanto así que al correlón del Chebrolito mejor le dio por pintarse y votar todo de un jalón, hasta a la escuincla, que sea como sea le había tomado algo de voluntad.

El Presidente empezó a dejar que todas las pulgas se cargaran sobre nosotros, todo nos lo dejó de un mero sopetón y él nomás a trague y trague de la botelliza que según él no le gustaba, porque estaba acostumbrado a inflar puro fino, pero bien que pegaba el hocicote, y luego la tronadera por todos lados, hasta que le empezaba a salir humo verde por las orejas, según la lengua del Chebrolito. Y yo con las cabronas sombras por todos lados que tenía que estar dependiendo de lo que me dijeran los demás; de otra manera le hubiera puesto remedio a la cosa desde mucho antes, tal vez desde que el presidente salió con el patín de que nos durmiéramos todos adentro de la casa pa' que el frío nos hiciera los mandados.

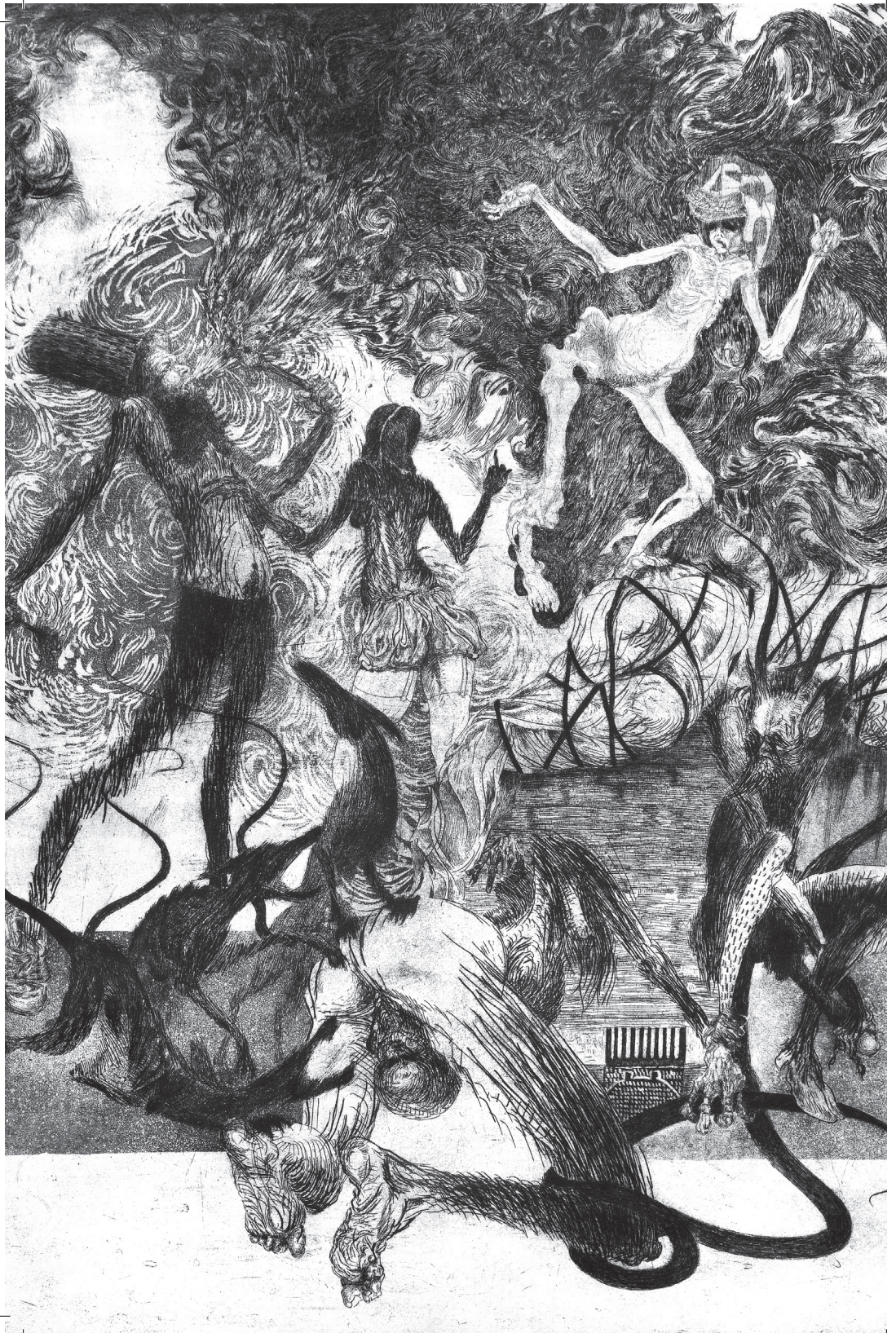
Cuando yo sentí el mero peso de la cuestión se lo empecé a alvertir al Presidente que nosotros no éramos sus tarugos, que la cosa no estaba siendo derecha y que de nosotros no se iba a burlar el muy canijo, pero él nomás se reía y se echaba sus buchotes de tequila y yo nomás con la muina repapalotéandome en las verijas.

‘Ora que en honor a la verdad, cuando llegó a los límites de todo no sólo él tuvo la culpa; si la escuincla hubiera sido más mujercita no se hubiera dejado que le apachurraran los tabiques en esa forma, pero eso ya ni pa’ qué pensarlo, las cosa son como son y ni modo, qué se le va a hacer cuando ya ni llorar es bueno.

Pero eso sí, el Presidente no diría nunca que no se lo estuve alvirtiendo desde mucho tiempo. Vas chueco Presidente, vas bien chueco y ya nos estamos cansando de que de plano nos agarres de tus güeyes, ya estuvo suave, todas las cosas tienen su límite, Presidente.

Se lo canté hasta el cansancio al recanijo, pero se ha de haber pensado: “este puto ciego nomás se anda de hablador”, y ni en cuenta tomó todo lo que yo le anduve alvirtiendo pa’ que ya no se mandara tanto con nosotros, que se regresara al merito infierno de donde había salido.

Está bien que el Chevrolito, que era el que había hecho mujer a la escuincla no hubiera sido hombre pa’ protestar cuando se supo todo lo más grueso. Está bien, por despatarrado que estaba. Está bien que haya preferido mejor largarse a la fregada empujando su carrito de ruedas rechinosas. Pero a ver si un padre cualquiera, por ciego que esté puede aguantar que se monten a su hija en sus meras narices, y a la mala. Por eso, cuando el Presidente vio que se le había llegado l’ora, empezó a gritarme encanijadamente como pa’ que despertara de la maldita pesadilla por la que él había llegado; a gritos me quiso sacudir el desgraciado las cortinas del sueño, pero ya estaba escrito que por mi parte, este viejo ceguetas, yo merengues, ya no iba a despertar ni pa’ nunca.



TRAGAFUEGO

CON LA mano derecha se agarra la varilla por el centro; hay que tener suficiente habilidad para lanzarla por el aire, hacerla dar muchas vueltas con las dos estopas amarradas en los extremos ardiendo, y volverla a agarrar justo en el centro antes de meter la bola de lumbre en la boca, luego la otra bola y que la noche vuelva a quedar oscura para volver a empezar. Se les pone petróleo a las estopas y se les vuelve a encender. Miren todos, aquí está el mero jodón, el que apaga las estopas con la boca, el come fuego, el escupe lumbre, el tragahumo, el mero trinchón, el cachetes quemados, el pobre pendejo que se para aquí todas las noches a comer lumbre, mírenlo señoras y señores, aquí está de nuevo el gran chinguetas, el que apaga la lumbre con el hocico, el mero mero, el quemavezgüey, el dejatupesochingatumadre. Se toma la varilla por el centro, se encienden las dos bolas de lumbre y se avientan para arriba, a que se queme la noche de una vez por todas, a que se queme el aire frío; pero no se quema nada, ni los cachetes, éstos se quemaban al principio nada más, muy al principio, ahora ni eso se quema, y después de varias vueltas por el aire se vuelve a cachar la varilla por el centro y se mete una bola en la boca y después de que se apagó la mitad de la noche se mete la otra bola pa' que se apague la noche entera y el putete que pasa por la banqueta no pueda ver en dónde poner la centaviza y no ponga nada. Entonces se vuelve a agarrar la varilla por el centro, se le pone lumbre a una de las estopas, después a la otra para que vuelva a comer lumbre el gran jodón, colchón de pulgas, hijo de toda su pinche tristeza. A veces se hace con dos varillas; una en cada mano, cada una con sus estopas ardiendo; viejo oficio el de quemar estas mugres pa' apagarlas con la boca sin que eso le llame la atención a nadie; a quién le puede llamar la atención que este pobre güey se meta una estopa con lumbre en la

boca, pero aquí está el gran tiznado el negro de humo haciendo su acto mortal valemadre a los cuatro vientos, sin nadie que se pare a verlo manotear o escupir lumbre. Se toma una varilla en cada mano, se avienta una de ellas y después se avienta la otra pa' que la primera no caiga al suelo; se vuelven a aventar en la misma forma y después, fíjense bien, ahí viene lo bueno, se mete una de las estopas a la boca y ¡zaz! se acabó la mitad de todo, luego se mete la otra y ¡zaz! se acabó todo; y se vuelve a agarrar una varilla en cada mano para ponerle lumbre a las estopas y aventarlas como dos solecitos en la noche que van a valer madre cuando se unten por la trompa. El trabajito no es tan sencillo porque como a la hora de andar con la gracia empieza a doler el pescuezo nomás de estar con las jetas pa' arriba, también el tasajo que se alarga entre el pescuezo y el hombro arde, duele el recabrón tan delicado, y entonces no más por joderlo, se vuelven a embadurnar las estopas con un petróleo que huele como siempre, a amigo, huele a amigo de tanto oler a lo mismo. Se toman las varillas con una mano, se les acerca la lumbre y ya encendidas se vuelven a repartir en cada jan para aventarlas otra vez al aire, que hagan rayitas de luz en el aire, que den varias vueltas en el aire pa' cacharlas y apagarlas con el hocico. Se agarran las dos varillas y se agitan pa' que se aluce un poco la esquina; esta maldita esquina por donde se resbala el viento frío que sopla contra la lumbre como si la quisiera apagar; esta maldita esquina que a la fuerza ha de estar todas las noches, ahí, en ese lugar, esperando la hora en que llegue el pobre güey tragalumbre para hacer su acto. El comelumbre se para en la esquina de siempre y empieza con sus varillas después de mentarle la madre a este airecito jodón que bien que ha de estar fregando todas las noches con su frío que pasa por los hilachos, por los pellejos y luego se mete a los huesos pa' mordisquearlos con sus dientes helados, mientras, el granpendejo se da su toquesito de lumbre nomás pa' que vean lo chinguetas que es, porque de lo de la centaviza, nones limones, nadie le dijo al cabrón ése que se quemara el hocico en plena vía pública. Se ponen los dos pies firmes sobre el piso, bien firmes, si no se quiere que un

golpe de aire aviente el cuerpo hambreado y ardoroso sobre el filo de navaja yilé que tiene la esquina y se acabe de rebanar lo poco que le queda de los pulmones. Se levanta la trompa bien abierta y se retaca de lumbre. Se pone el sombrero en el suelo y ni una mula moneda, y la esquina ahí, terca, parada en ese lugar desde quién sabe cuánto tiempo, con su cal pellizcada por el aire, con su filo maldito de navaja yilé. Las esquinas no se quejan, no les duele ni el tiempo, tampoco los comelumbre se quejan, qué chingaos, son duras las esquinas, duras como el silencio, duras como el no hablar con nadie, duras ... señoras y señores aquí está su comemierda, en el merito filo de la esquina. Se paladea, se medio mastica el saborcito ese del petróleo para no sentirse solo, porque en la calle pasan muchos enchamarrados, ensacados, algunos pasan pitando, como que se les hace tarde para algo, bien tapados con trapos lujosos, bien tapados con sonrisas, otros se tapan con caras serias, de preocupación, pero pasan y pasan los entacuchados y los desentacuchados y aunque pasen y pasen todos los pasadores del mundo, en la esquina llena de frío siempre se está solo, con el puro masticar el saborcito del petróleo. Entonces ya no se está tan solo, porque ahí está el tufillo del petróleo, por adentro, por atrás de la boca y la nariz y entonces se siente que se vive como todos, como los enchamarrados que pasan, como el petróleo, como las bolas de fuego que van a parar en la boca abierta. La única fregadera de esto es cuando no se amarran bien las estopas y se llega a soltar algún hilajo encendido que pasa ardiendo por el cachete, cerca de la oreja o cerca del ojo o cerca de la mera chingada. Nunca falta un hilajo que se suelte. Aquí está su mero mero tragafuego, el que tiene tiznada hasta el agua de los ojos, como esas aguas negras que se sumen en los caños. Se enciende una punta de la varilla, después la otra y 'ora sí, a ver quién traga lumbre como este trinchón, que me echen los bomberos pa' que sepan lo que es bueno. Y el pinche sombrero vacío, bien vacío, nadie se para, nadie voltea, nadie mira el acto mortal, nadie se echa ni un pedo en esta esquina, menos en el sombrero de su tragalumbre favorito, el quemalanoche, el que no puede quemar todo el piojero que se carga

y que le carcome hasta en la conciencia. Se agarran las dos varillas, se meten en la bolsa negreada, se camina con la rapidez que permiten las canijas chanclas sin agujetas. Porque su gran tragalumbre, señoras y señores, vive en el jol del hotel Buenavista. Se empieza a caminar despacio, hermano, despacio, o se te zafan las chanclas como a la Cenicienta tragalumbre que por poquito llega a su jom hasta sin calzones. Se debe llegar al hotel Buenavista porque si no capaz que la carne se vuelve paleta; sí, cómo no Chucha, paleta de petróleo; se debe llegar al hotel para que el encargado pueda decir burlesco, qué pasó ése mi tragalumbre ya creía que las chinchitas se iban a quedar sin cenar, mi cuáis. Y luego hay que acostarse en este suelo duro pero con techo porque el encargado es jodón pero regalador, y mago el recabrón, y mago, porque eso de las chinchitas no son cuentos, bien efectivas que las hace, y a'i 'ta el trinchetas tragafuego poniendo el pellejo, y a'i 'tan las mulas chinchas empedándose a pique y pique, chupe y chupe petróleo, bueno, petróleo y un poquito de tequisquiapan, pos ni modos que no, no más eso faltaba, no hacerle ni al tequis pa' de plano haber nacido con mala estrella, como dice la canción. Pero a veces se chingan las remulas chinchas, las cojo a pura tosida y tosida hasta que se las carga el carajo. Se puede toser toda la noche, hasta que se tose ronco y se siente como que se va a quebrar el pecho y van a salir por las rajaduras las flemas negras, empetroladas, se tose grueso de tanto toser y se escupe por todos lados pa' que se ahoguen los animalitos, pa' que se vayan las chinchas; hasta que se van, pero no se van, a'i se quedan fregando hasta que amanece y entonces sí se largan retecontentas porque el gran comehumo, comelumbre, comemierda a'i se estuvo nomás haciéndose güey a puro tose y tose nomás, mientras ellas se empedaban con su sangre negra. Se coge la estopa, se le rocía petróleo, se le acerca un cerillo, la estopa se enciende y se pega a aquel colchón viejo, pa' que se quemé todito, quesque porque así se queman todos los microbios que dejó el viejo antes de que se muriera de puro tosiento. ¿Pos qué no ve que cuando nacen los niños no deben respirar esos malos humores que dejan los que

se van? Entonces se piensa que no se está pa' quemar colchones des-tartalados, así como andan los taimos en la actualidad. Pero se piensa en el viejo tose y tose en medio de su sangre viscosa y se piensa en el chilpayatito que todavía no ha aprendido a toser y entonces la mano tiembla... pero el colchón se quema y la Petra contenta de que se queme todo porque los hijos que ya tenía cuando se empezó a acostar con el tragalumbre nunca padecieron de toses con sangre. Canija Petra, pos ojalá que sus otros nuevos hijos que ha seguido teniendo con el ordeñador del rancho donde dicen que vive ahora, no tosan nunca. Luego la Petra se pone los calzones, esos hilachos mugrientos así se llaman y mientras prende la estufa de petróleo se pone a cantar el himno mientras el futuro comelumbre se sigue agarrando los güevos a'i acostado. Luego la Petra apaga la estufa de petróleo que duró prendida año y medio y se larga con sus chivas y sus hijos, los de antes y los nuevos, con el ordeñador que le cayó como zopilote y como zopilote se la picoteó por todos lados. Entonces se agarra el petróleo que sobró de la estufa y se empiezan a empapar las estopas. Se busca un par de buenas varillas en cualquier basurero y entonces sí, señoras y señores, miren el acto mortal del gran pendejo, pero pongan la centaviza no la chiflen, que este tragalumbre también usa sombrero, jodido pero con sombrero. A veces se atraganta en el pescuezo un pedazo de tortilla, algún pan duro como la cara de los dioses en las iglesias, pero en ocasiones se pasa el día trague y trague coca cola, negra como el petróleo, pero dulce como una mentada de madre bien dicha. Se ponen las manos sobre el estómago cuando arde y arde nomás de lo puro vacío que anda, pero luego viene el buche de coca cola y la feis hasta como que se alegra un poco. La coca es lo más a todo dar que hay, hasta cuando nacen los chilpayatitos pos nomás a eso es a lo que le entran hasta que se empiezan a poner panzoncitos de tanto chupa que te chupa, a lo macho que esa coca es como una bendición negra. Después se agarra la varilla por en medio, se deja que las estopas se carguen bien de lumbre. La varilla da varias vueltas en el aire y las estopas se hacen como rayitas chisporroteantes

de luz rasgando la oscuridad pa' después irse a apagar pendejamente en la boca de su tragalumbre favorito, el todaslaspuede, el mero mero. Cuando la noche anda mala en eso de la moni es cosa de esperar a que empiecen a salir los del cine, los de la lotería, los de los cabarés, entonces es el momento de lucirse, de demostrar que se es un fregón en la esquina, o en la de enfrente, o en la de más allá o en donde quiera que se para el que se muerde las pelotas ardiendo, pero ni piense que se compone mucho el asunto de la moni. Se nace porque no hay otra, se tiene que nacer, y luego, y luego en cuanto tantito se crece, a encontrarse con una que otra carterita descuidada, a ganar los centavos pues, con el sudor de los dedos, de las patas y hasta del corazón, porque a veces, como que se quiere parar junto con el aliento cuando los dedos se empiezan a mover medio cegatones en la bolsa de algún saco y luego se llega al pesebre pa' que el viejo cochino se lo lleve todo a la calle y regrese en la noche oliendo a tequisquiapan, gargajeándose por todos lados. Hay que salir a la calle y ni modo mano, a chingar que vienen chingando, pos si ya se nació pa' tamal del cielo caen solitas las hojotas. Después a'i 'ta la esquina y aquí su comelumbre, el que agarra la varilla por en medio y la avienta pa' arriba pa' después cachar las estopas con la boca, no hay lumbre que dure cien años ni comefuego al que no se la pelen, ni comefuego que no tosa grueso por las noches, ni comefuego que no cargue pulgas, ni comefuego que no viva en el jol del hotel Buenavista; ni comefuego que no tizne lo que toca; ni comefuego que no tizne a su madre; ni comefuego que no agarre la varilla por en medio, la balancee lentamente y luego la tire pa' arriba, y la cache con la otra mano, y estire el pescuezo, y abra la trompa y se trague una bola, y se trague las bolas. A veces los zapatos no quieren entrar porque las patas amanecen hinchadas, pero ni modo que no entren, a güevo entran porque si no viene el encargado a correrlo a uno que porque ya amaneció y el tragahumo, el que se come la lumbre a puños, da mal aspecto a'i echadote con su montón de harapos deshaciéndose, con su altero de trapos y cartones más grandes que los volcanes de enfrente. Y

luego hay que salir a la calle a caminar nomás a lo tarugo, sin un lugar a dónde ir, porque no hay un lugar a dónde ir, hasta que llega la noche, cuando ya se está enfermo de calle y hay que jalar derecho pa'la esquina del jodón, pa' la mula esquina con filo de yilé que no se mella nunca, donde está el que come lumbre mientras a él se lo come el piojero que le anda por la cabeza. Entonces se agarra una varilla en cada mano, se tantea la lanzada y después se avienta una y antes de que caiga al suelo se avienta la otra pa' acabar cachándolas en el aire y luego meterlas en el hocico chimuelo y tragarse de un bocado los dos solecitos de miércoles. Se vuelven aprender las dos estopas y las varillas se mueven como maraquitas de luz pa' volverlas a aventar al aire y pescarlas antes de que caigan a la banqueta y se ensucie la lumbre que nos vamos a tragar. Se mete la mano en el sombrero y sólo se cuentan diez y ocho mugrosos pesos por toda la noche, en moneditas de veinte y cincuenta centavos, apenas para una de tequisquiapan, pa' que no se diga que el jodón tragahumo no se sabe dar también buena vida, como los catrines ésos que salen de los cabarés. Se empuña la botella con una mano y con la otra se da vuelta a la tapa, y luego luego sale el olorcito que no es de petróleo; se toma una trago, y otro, y otro, y otro, hasta que todo se afloja y el aire se tapa en el pescuezo. Entonces se siente clarito cómo va bajando la bola de lumbre por dentro del pecho, y luego la otra, y luego todas las bolas de lumbre de todas partes. La quemazón llega hasta el ombligo y ahí caracolea enloquecida y entonces ya no se puede respirar; no se puede ni se quiere respirar más, porque la pinche quemazón se va metiendo por los brazos, por las costillas, se sube otra vez por el pescuezo, por la nuca, hasta que llega a la mera azotea, a los ojos que arden como si las varillas se estuvieran clavando encabronadamente entre las pestañas y las cejas; y se empiezan a prender los pelos de la cabeza, y los hilachos mugrientos, y la llamas siguen y siguen hasta que se prende todo el cuerpo. Después se empieza a quemar la calle y sin necesidad de abrir los ojos se sabe que todas las casas están contagiadas de tos y de lumbre, y da gusto que a todo se lo empiece a cargar la tiznada.

A lo lejos se oye la sirena de los bomberos, pa' qué fregados si ya toda la manzana está llena de lumbre, y las manzanas cercanas. Es como si se quemaran las casas junto con los señores; los tendedores junto con los buenos y los malos recuerdos. Lumbre. Lumbre. Lumbre. Lumbre. Luego se sabe que toda esta ciudad está envuelta en llamas, y todo lo que está más allá de esta ciudad, que a todo se lo cargó ya la tiznada, que la lumbre sube y sube hasta llegar al cielo, y que se empieza a quemar el cielo... a quemar todo el cielo... a quemar... hasta que todo termina en unas pinches estopitas que dan vueltas allá arriba...





LA CREACIÓN

LA COSA es encontrarla en cualquier basurero —pensó—, remover todo el tiradero apestoso y en cualquier momento aparece, por ahí, desvencijada, la cosa es poner todas las ganas pa' encontrarla y se encuentra. Andar por toda esta tirazón es como andar en todo un mundo de olores, de colores, de tiliches; en medio de sorpresas cada vez que se remueve la basura con la punta del pie y se camina sobre varios vidrios rotos, fierros oxidados, trapos sucios, caca de gente, de perros —pensó—. Si no es en éste será en el otro o en el de allá o en el de más allá —pensó—, en el momento en que menos me lo espere aparecerá, con su cara triste por el abandono; pero con una arregladita quedará lista.

Puede aparecer —pensó—, debajo de algún bote aplastado, de algún algodón con sangre, de algunos zapatos sin suelas, la cosa es seguirle buscando sin dejar piedra por mover o charco sin hurgar, entre los pedazos de yeso o debajo de algunas varillas abandonadas.

Se levantó de la piedra en la que estaba sentado y dio un paso con dificultad, luego el otro, con el tambache arrastrando después juntó las dos manos en torno al cuello del costal y con ágil movimiento, curvándose, lo echó a su espalda para proseguir con su actitud cansada, como si le doliera la minúscula parte del cuerpo con sólo adelantar el pie.

La tarde estaba aún clara pero sintió la necesidad de llegar a la vecindad de las calles de Allende, abajo de la escalera por donde se subía al segundo piso, en donde depositaba todos los días el enorme costal; sintió la necesidad de llegar ahí y después de cumplir con su mecánica cotidiana regresar a los basureros para hurgar minuciosamente.

Sabía que su búsqueda no sería en vano, que con base en mover y remover con la punta del pie, horas enteras si era necesario, iba a lograr por fin su objetivo.

Llegó hasta la sombra de la escalera; afuera los automóviles producían un ruido ensordecedor, pues las calles de Allende se encontraban sobresaturadas de vehículos a todas horas. En el lugar indicado dejó caer su carga, a un lado donde se tendía por costumbre para pasar la noche sobre unos costales grasientos, asistido por algunos deteriorados gatos de la vecindad que se acercaban a su cuerpo en busca de su tibieza maloliente. Se agarró la cintura con las manos, alzó la cabeza y quedó por algunos segundos mirando fijamente hacia las nubes. Movi6 la cabeza rotándola sobre los hombros y emprendió el regreso lentamente. El sol empezaba a declinar.

66 Cruzó el port6n seguido por alg6n gato desbalagado. Se lanzó pasivamente sobre aquella pesada corriente de ruidos, que parecía espeso río formado por las estridencias de claxon, frenos, murmullos, amenazas relampagueantes. Después de una caminata difícil llegó al primer tiradero de basura. Empezaba a oscurecer. Pensó que si se daba prisa podía tener éxito esa misma tarde, pues las sorpresas que dan los basureros están a la orden del día, nunca se sabe lo que se puede encontrar a los primeros pasos.

Si no es en éste es en el otro o en el allá o en el de más allá, en el momento en el que menos lo espere aparecerá —pensó—, pero el asunto consiste en no desesperarse, hay que darle tiempo al tiempo porque más vale paso que dure y no que madure y a fin de cuentas nada se gana con desbocarse, puede ser más útil remover con calma los desperdicios, así, como si se estuviera acariciando la tierra con los zapatos mordisqueados.

Después de todo, la empresa no tenía mayor problema y eso de estar reborujando en un basurero no es para inquietar a nadie; los basureros son como una casa, tienen su calor, su sabor, su gracia; los basureros son como la gente, tienen sus brazos también, jalan del saco, pero no con grosería, jalan nada más y uno se

siente a gusto, como protegido por esos brazos tibios, que son como vapores gruesos que se enredan en los pies y en las manos y en la cara y se enredan y se enredan y es cuando se empieza a sentir el gusto de quedarse ahí nadando entre todo el tiradero — pensó—.

En cualquier momento va a aparecer —pensó—, abajo de cualquier hilacherío removido; quizá la encuentre en el lodo de algún charco podrido, pero no importa, todas las cosas se arreglan con buen trato, y si la encuentro seguro que no se va a quejar de que no le dé buen trato; la cosa es que aparezca en cualquier momento con su carita risueña, porque su carita debe ser risueña, como viendo pa'l sol; o a lo mejor al revés, porque bien puede ser que esté algo triste por el abandono.

Aún se aferraba el sol por el poniente, a través de un cielo ahumado, denso; abajo el ruido era ensordecedor. A esa hora, y a ninguna hora, los coches no dejaban de transitar con sus estridencias, con sus desperdicios sonoros que se van acumulando en las orejas, que son como illenables basureros de sonidos donde se amontonan todos los ruidos de la ciudad, hasta que se termina por no percibirlos.

Avanzó un pie y con la punta ladeó un bote oxidado que tenía en su interior varios kilos de basura descompuesta, húmeda, pesada; en ese instante un minúsculo universo tomó vida ante sus ojos, cientos, miles tal vez, de pequeños organismos empapados, viscosos, se empezaron a mover sorprendidos por el golpe que ladeó el bote, probablemente se habían estado moviendo desde siempre, en el viejo vientre de lámina, en el interior oscuro invadido por el tufo irrespirable, por la pudrición de la que habían nacido. Una nube de mosquitos también se hizo visible disputándose inquietantemente el hervidero descompuesto por donde aparecían y desaparecían unos gusanillos pardos, ondulantes, sin el menor caso a un regimiento de insectos que en actitud policiaca transitaba sobre aquella podredumbre. La esencia de la descomposición le acarició la nariz cuando se agachó pesadamente y hundió los dedos auscultantes para remover

aquel orden latente, aquella humedad de movimientos minúsculos que golpeaban contra sus yemas buscadoras. Hundió el antebrazo, llegó hasta el fondo y se irguió con su misma lentitud y un gesto de desconsuelo.

Sabía que si no era en ése, iba a ser en el otro o en el de allá o en el de más allá, pero que los basureros siempre recompensan cuando se busca con cuidado lo que se necesita. Los basureros siempre dan si se les remueve con dedicación. Los basureros son un mundo, y en los mundos siempre hay de todo. Los basureros tienen alma y las almas siempre dan, bueno o malo.

Con un ojo se ve la mitad de las cosas, con los dos ojos se ven las cosas completas —pensó—, pero en los tiraderos de basura seguramente que se vive con muchos ojos, porque es mucho lo que se ve, porque es mucho lo que se sabe, nomás de andar aquí y allá, por todo el cagadero, nomás de andar entre el desperdicio de la gente.

68

Pensó en que en el mundo es mucho lo que se ve, lo que se huele, lo que se levanta. Ahí tenía que encontrarla y entonces iba a estar seguro de que los tiraderos son obra de Dios. Pensó en ella y recordó la remota noche en la que encontró aquella cosa pequeñita, tersa, disputada por los hocicos de los perros sarnosos. Gruñían los malditos perros alrededor del minúsculo envoltorio, se tiraban dentelladas rabiosas como si en ello les fuera la vida. La lucha desesperada le despertó tal curiosidad que se aproximó al lugar cautelosamente, entonces los perros, igualito que si fueran gente se le abalanzaron, saltaban al aire negro queriéndole desgarrar la cara, lo cercaron, le clavaron los colmillos avorazados en las pantorrillas, en los muslos, se retorcían en el aire y le aventaban tarascadas al cuello, a los brazos. Trató de proveerse de piedras y los perros furiosos chocaban contra su espalda, entonces entre las sombras palpó un objeto duro, un garrote con el que empezó a hacer hoyos en el aire, con la misma furia con la que los perros se prendían de su carne ensangrentada, adolorida. La lucha tal vez duró media hora o un siglo hasta que los canes se fueron retirando

poco a poco, pero todavía permanecieron por largo rato ladrando a distancia. Fue cuando él se acercó al envoltorio y adivinó aquel cuerpecillo despedazado en sus escasos centímetros de carne recién nacida, recién botada a la luz, a la noche, al aire incómodo de aquel basurero.

Por todo eso es que digo que aquí se ven muchas cosas, se saben muchas cosas —pensó—, porque aquí se tienen muchos ojos, o aunque se tuvieran nomás los dos ojos, aunque se tuviera nomás un ojo, aunque no se tuvieran ojos. Si la encuentro, ¿cómo será?, ¿tendrá los dos ojos?, ¿tendrá nomás un ojo? A lo mejor tiene el pelo güero como esas mujeres que hablan en otros idiomas, o a lo mejor es negro como algunos de esos gatos que bajan por la escalera de la vecindad. Dio un paso y se encontró con un reguero de ceniza y varias colillas de cigarro, se agachó quedamente, como si todo le doliera, levantó una colilla, la menos consumida y se la colocó en la boca, sólo se la colocó pues no tenía con qué encenderla, se la puso entre los labios con el único fin de percibir el olor para él agradable del tabaco apagado, de papel consumido; recordó las veces en que se reunía con los agremiados, porque los pepenadores también tienen sindicato y el manejador de todo eso ya no anda con tiliches que se caen a pedazos para no soportar tanta mugre; ése llega en coche a todas partes, en coche brillante y largo, como si nada. Recordó cuando se ponía a chupar con los del sindicato, pero ésa era de otra chupadera, de es humito suave y aromado al que no se le da el golpe, sino que se traga como un hilito delgado que luego se va haciendo bolas, por adentro de la cabeza y entonces se empieza a ver al que maneja el sindicato, al del coche largo y brillante, lleno de brillantes en las manos, y en los ojos y en los dientes cuando se ríe, y entonces aparece ella, atrás de algún colchón desvencijado, como premio a la búsqueda. Se fastidió de la colilla y la arrojó al suelo para continuar escudriñando. La colilla quedó extraviada en medio de una gran diversidad de cuerpos diminutos esparcidos libremente sobre la desigualdad del terreno.

Empezaba a oscurecer y trató de darse prisa, algo dentro de él, muy dentro, le decía que ese mismo día iba a ser, que esa misma noche, que no iba a tener que aguardar un día más, algo interno lo sostenía con la idea de seguir removiendo, como si un dictado lejano le hiciera mover los pies sobre toda la tirazón y remover con las manos el vasto basurero y sus tufos. En la calle los coches pitaban como enloquecidos, como si tuvieran ansia de que no los pescara la noche entre los necios anzuelos de los semáforos.

Empujó con fuerza un montículo de tabiques quebrados y sintió que le dolían las coyunturas de los dedos pero no cesó en su tarea, la mano humedecida en los desperdicios que había removido anteriormente se restregó con los tabiques para secarse con ellos; una araña, quizá no era una araña, una sombra de la tarde se escurrió entre los desechos de materiales, entre los tabiques y la mezcla seca, movió las manos con mayor rapidez hasta que hubo deshecho el montículo, se dio cuenta de que ahí no sería y prosiguió sus pasos con el cuerpo encorvado, peinando centímetro por centímetro aquel terreno poblado de sorpresas.

70

La ilusión de encontrarla en cualquier instante le evitaba caer en el aburrimiento, además, ésta era su profesión, era su actividad diaria, no hacía en realidad más que ocupar unos minutos extras, permanecer un rato más entre aquel tiradero que en momentos se constituía en parte misma de su piel, de sus tejidos cochambrosos, el tiradero, el eterno tiradero era su ropa, su comida, su gusto, el tiradero era él, como un microbio metido en un pulmón, como un gusano entre la comida descompuesta, como un mal olor paseándose en los desperdicios de los cuerpos. Para él unos minutos más en aquel mundo no significaba otra cosa que alargar la posibilidad de encontrarla ese mismo día tras un golpe explorador de la punta del pie.

Se dirigió hacia unos periódicos untados con excremento y apartó las pequeñas olas de papel con minuciosidad pero tampoco ahí la encontró. Siguió buscando, buscando pacientemente. El sol ya no se veía en el cielo, sólo una oscura mancha roja se tendía desde el poniente, extinguiéndose con lentitud, los ruidos de los

coches seguían ensordecedores, insistentes en su estruendo agresor. Volvió a rotar la cabeza entre sus hombros y se encorvó sobre sus pasos nuevamente para reiniciar la exploración.

Recordó que no había buscado entre la tierra; muchas cosas se pierden debajo, entre la tierra, va pasando el tiempo y los objetos quedan soterrados para que nadie más los vea ni se acuerde de ellos; se esconden de la vista de la gente, se tapan con tierra para no oír la escandalera que hacen los coches en la calle, para que no las humedezca el agua humana, para matar el recuerdo que aún pudiera existir dentro de todo aquel olvido. Con pura tierra. Bajo tierra.

Tomó aliento y empezó a rascar con los dedos adoloridos las pequeñas lomas de tierra endurecida. Aquellos dedos como alambres retorcidos se empezaron a mover con dificultad, después con mayor soltura, con una agilidad ansiosa. Escarbó angustiadamente hasta que sintió ardor en las yemas; acercó las manos a sus ojos y vio en la penumbra sus dedos ensangrentados; una fuerza poderosa lo llevó a insistir más sobre la tierra ya floja; prosiguió en su labor solitaria, empapando los terrones con su sangre hasta que sintió chocar con algo. Se imaginó la forma de un pequeño brazo, continuó, empezó a rescatar aquel objeto, sintió el otro brazo, después el cuerpecito entero, arrancado, parido de aquella breve boca terrenal. ¡Por fin! ¡Allí estaba!, sucia de hormigas y lodo oscuro.

Lo sabía, lo sabía que tenía que ser hoy, que hoy mismo la iba a encontrar —pensó—, aunque me tuviera que amanecer buscando entre el tilichero; algo, no sé qué, me decía que iba a ser hoy, hoy, hoy, y aquí está, la encontré.

Eso de los basureros es un mundo maravilloso —pensó—, aquí hay de todo, aquí de todo se puede encontrar, nomás con buscarle un poquito y se encuentra lo que sea, lo que se necesita y si no, que lo diga el que maneja el sindicato, que a nomas de andar búsquele y búsquele se encontró el coche largo y brillante en el que ahora anda, que lo diga él si no, que lo digan las botellas con su chirris de jugo de tomate o los botes con su chirris de jugo de cebada,

porque aquí hasta para alimentar la bolsa alcanza.

Hay que darle su arregladita —pensó—, su manita de gato pa' que no esté tan así, como la parió la tierra; con una buena pasadita estará lista y no habrá en todo el rumbo una muñeca tan linda, de eso hay que tener la seguridad, porque así será. ¿Qué nombre le quedará mejor? Sostuvo aquella muñeca por largo rato entre sus dedos hinchados y sangrantes, la acercó a su cara para contemplarla de cerca. La noche se había adueñado del lugar. La estridencia de la calle insistía. La muñeca carecía de cabellera, la cabeza lisa mostraba una abolladura en la frente. Tampoco tenía ojos, las cuencas vacías eran como dos boquitas hambrientas devorando en su oscuridad la curiosidad de él. Sonreía desde el misterio de sus ojos vacíos. Sus ropajes eran girones podridos, descoloridos, que se deshacían entre los dedos. Le faltaba una pierna, en su lugar sólo colgaba una liga sucia.

72

Rotó la cabeza entre los hombros. Miró a su derredor y midió la posibilidad de utilizar algunos materiales del mismo tiradero para poner presentable el objeto que mantenía entre sus manos. Una alineadita —pensó— y con eso estará lista. La cosa es encontrar lo necesario para cubrir los hoyos y la cabeza despelada, la piernita también, buscarle un corazón adecuado, porque estas muñecas se parecen mucho a las niñas pero son frías, muy frías, detrás de la sonrisa de la cara sólo hay frío y silencio; ésta tiene que ser diferente, totalmente diferente a las demás, para eso hay muchas cosas de qué echar mano en el tiradero, buscar lo apropiado para el trabajito y ya está. Ésta tiene que ser una muñeca diferente, más bien una niña que ría y que lllore de verdad, que sienta frío, y calor, y alegría, y que cuando crezca me acompañe de vez en cuando a remover el tiradero, y cambiemos las piedras de su lugar, los botes vacíos, las botellas rotas, los trapos mojados, las máquinas de escribir que ya no sirven, como aquella que sólo tenía tres letras: R, L, M, porque las demás teclas se la habían comido los perros hambrientos, y que no quisieron recibir ni lo compradores de viejo.

Dejó el cuerpecito a un lado y aguzó la vista. Se sentó a esperar pacientemente. La noche parecía un enorme hocico negro.

En la calle no terminaba el escándalo. Entre las piedras del fondo oyó un ruido, el rumor miedoso de algo que se asoma por un lado y se esconde por otro sigilosamente, algo con vida que se oculta entre los huecos de tabiques y sacos vacíos de cal y de cemento. Pensó que probablemente era lo que estaba esperando. Se acercó paulatino y nuevos ruidos brotaron en la soledad de aquella penumbra. De pronto vio la sombra redonda, y otra más allá, ambas como del tamaño de un conejo, otro ruido y nada, habían desaparecido con un golpear de patitas ágiles. Puso todos los sentidos alerta, en ese momento era un montón de carne hipersensible, despojado de la piel callosa, de las capas de grasa y tierra que a diario lo cubrían. Ahora estaba en carne viva, ahí, esperando que surgiera otra sombra huidiza para lanzarse sobre de ella sin darle tiempo a nada. Nuevas pisadas diminutas sonaron a sus espaldas. Volteó violento y esta vez alcanzó a ver con mayor claridad el cuerpo regordete, peludo, que se perdía de un solo salto entre la basura apiñada.

Los ruidos de la calle ya no se escuchaban, pero indudablemente que estaban ahí, con su algarabía de costumbre. Se agachó al ras del suelo, clavó la vista en un bote de comida descompuesta y de pronto... ahí estaba, asomando por entre los desperdicios la carita indagadora, asustadiza; contuvo la respiración y se lanzó como un relámpago contra aquella sombra movable, desconcertada, sin acierto para ocultarse entre la inmundicia, supo que ya la tenía entre su fuerza adolorida, lo supo y apretó sin miramientos; un chillido espeluznante que se metía por las orejas y se filtraba hasta los huesos y los sacudía allá adentro se tendió sobre la superficie del terreno.

Pensó en la muñeca, en la niña, en su hija, y apretó con más brío, sus dedos llenos de sangre le buscaron el cuello y se hundieron en él; la rata abrió el hocico estrecho, con desesperación, chillaba con una ira aguda y escalofriante, de los feroces colmillos imposibilitados por la mano sabia escurría una baba de muerte y todo el cuerpo en tensión era una esponja de pelos erizados; los ojillos enrojecidos de su propia rabia parecían salirse de su lugar; los ojillos... precisamente los ojillos.

Minutos después, cuando había concluido la feroz lucha, buscó un alambre y lo introdujo en uno de los párpados de la rata muerta, un chisguete de sangre aún tibia saltó sobre él para confundirse con su propia sangre; hizo la misma operación con el otro párpado, cuidadosamente. Cuando tuvo los dos pequeños ojos en la palma de la mano respiró con satisfacción. Puso las dos canicas enrojecidas en un pedazo de papel y arrojó el cuerpo tieso sobre otro cuerpo sin vida, el de un can de vientre hinchado envuelto en una pestilencia que ascendía a confundirse con el ruidero de la calle y el zumbadero de moscas nocturnas. Lentamente fue despojando al perro de su vestimenta desvitalizada y percutida, transitada por incontables insectos. Cortó hasta donde creyó necesario para formar una peluca, con un fleco que cubriera la frente lastimada, después tomó la cola del can muerto y cortó una parte del aquel pedazo tieso. Juntó todo en el mismo papel, pero aún faltaba lo más importante, el corazón, el bombeo que parte del pecho de todo el que vive y siente, ese pedazo de carne que se infla y se desinfla para que los seres puedan tener calor y sentir el frío y después lloren o ríen, según el lado del que les caiga el volado.

74

Caminó a tientas por aquella oscuridad explorando, investigando cualquier movimiento que se manifestaba a sus pies.

En la calle los coches avanzaban en medio de un ruidero interminable. Empezó por colocar minuciosamente la pelambre descolorida pegándola al cráneo con un lodo verdoso que se le untaba en las manos; un mechón de pelo caía en forma grotesca para taparle la abolladura de la frente; el tramo de cola fue amarrado a la liga sucia y recubierto con unos pedazos de algodón plagado de purulencias. Desenvolvió el papel y tomó con delicadeza los dos ojillos, fijos, espeluznantes, rojos como los había inyectado la rabia. En forma meticulosa los fue introduciendo en las cuencas vacías, los fue colocando en aquella cara de plástico que empezó a lucir dos puntos rojos como la fiebre. El trabajo estaba casi completo, pero faltaba lo más delicado: el corazón. El enorme sapo fue colocado a través de una abertura en el pecho y todo quedó listo.

Un poco de color en las mejillas fue logrado al frotarse sus propios dedos lacerados; y el plástico de aquella cara se llenó de vida. Con las dos manos levantó aquel cuerpo a la altura de su cara. La muñeca estaba nuevamente completa. En el rostro le brillaban dos escalofriantes puntos rojos, de la pelambre se le desprendía el intenso olor a perro podrido, pero reía, reía con las mejillas sonrosadas, con sus piernas y brazos completos. Acercó su oído al pecho duro y oyó que latía, entonces empezó a sentir que aquel cuerpo palpitaba tibio, entre sus manos; los pequeños ojos inyectados giraban enloquecidos dentro de las órbitas; los miembros empezaron a perder su rigidez, un calor humano se empezó a desprender de aquel mínimo cuerpo que se estremecía. Sus ojos quedaron inmóviles frente a aquellos ojillos rojos, hipnotizadores y sintió unos intensos deseos de abrazar, de apretarse con un furor amoroso, al pequeño bulto que se empezó a mover cerca de su pecho, con la sangre agolpada debajo de aquella piel niña que esa noche acababa de nacer. Aquella escalofriante belleza no sería de nadie más, sería de él, de él únicamente, porque entre él y la tierra la habían nacido esa noche.

75

Se apretó tiernamente a aquella tibieza palpitante y se acurrucó humildemente a esperar que amaneciera.



EL KID

A Jacobo Morett

EL GOLPAZO entró entre madre y ceja, ardoroso, estremecedor, como un mundo entero que choca brutal contra la cara y hace que todo pierda su equilibrio, que todo cambie de sitio, los silbidos, los aullidos y los gritos reseco de los segundos que repiten “la izquierda”, “la izquierda”, “la izquierda”. Y yo digo la izquierda pendejo, la izquierda, pero la izquierda sigue pegada a las costillas sin ganas de obedecer, paralizada, acuartelada la muy jija. Después vino el segundo puñetazo, con la misma saña, con las mismas ganas de que a todo se lo cargue el diablo y que el mundo se quede de una vez por todas con las patas pa’ arriba. Hay un momento en que el dolor no se siente en el lugar en el que fue descargado el golpe, sino que se empieza a sentir en los huesos de los brazos y las piernas; en la cabeza. Se mete buscando el cerebro. Duele en el cerebro. Se campaneaa en el cerebro y todo se empieza a aguar; las piernas se desguanguilan y lo único que se espera en esas condiciones es el “chingadazo” en medio de la gritería. Este jijo ya me coló otro. El impacto se estrelló en el cráneo del Kid de donde se desprendió una salpicadera de gotas diminutas que fueron a parar entre el sillerío del ring sai. “Ya cáigase, negro, ya cáigase”. Y los segundos: “la izquierda Kid”, “la izquierda”, “la izquierda”. Yab de izquierda, cruzado de derecha, el Kid se tambalea, se mueve sobre la punta de sus pies, el retador lo persigue sobre el cuadrilátero; ¡qué gran pelea señores! ¿Estrenaremos campeón esta noche? El retador insiste con el yab, acorralla al Kid en una esquina neutral, el Kid a punto de caer abraza al retador, se pega a él como una estampilla, ¡qué dramatismo señores, la arena es un manicomio, un manicomio! Me caigo, me caigo, se acabó esto, me caigo; no me debo de caer, el Kid no se cae nunca, nunca, desgraciados... nunca...

se trata de evitar ese momento de la carne derrumbada sobre la lona, entre las cuerdas, esa especie de muerte impúdica, de cuerpo vencido, entregado frente a cientos y miles de ojos morbosos, testigos del derrumbe; esa visión de cuerpo desnudo en su derrota, dado, en el centro del cuadrilátero ante el estruendo del público.

Este hijo de perra le está pegando al Kid. Al Kid no lo tumba nadie, mulas, el Kid va a seguir siendo su padre, cabrones, sigan gritando, sigan aullando. “Ya cáigase negro.” Pero van a seguir teniendo Kid pa’ rato les cuadre o no, el Kid no se cae pura corneta. El Kid sigue prendido en forma desesperada al cuerpo de su adversario, ¡qué pelea señores! El Kid hizo un último esfuerzo; sacudió con furia la cabeza y paulatinamente volvió a sentirse dueño de sus piernas, de sus movimientos, un golpe más del retador le hizo recorrer la vista sobre los anuncios de la arena, no leyó el manchón rojo pero se imaginó: “Tome Coca-Cola.” Retrocedió y esperó la embestida del retador en la esquina en donde sus segundos insistían “la izquierda”, “la izquierda”. Cuando el griterío se hizo menos intenso él se encontraba reposando sobre su banquillo, los “segundos” le jalaban el resorte del calzoncillo y le pasaban una esponja mojada por la nuca, alcanzó a divisar en la primera fila la cara sonriente del prestidigitador de Iturbide, famoso hombre rico que tenía fama de convertir en oro todo lo que tocaba; a su lado estaba el representante personal del frigorífico de la nación y una hilera atrás, la reina del cine nacional con su amante en turno; arriba, los del griterío que aturde. Al sonar la campana él se persignó con el guante húmedo. La campana ha puesto a los dos contrincantes en el centro del ring, el retador yabea varias veces sobre la cara del Kid, éste se mueve sobre un costado buscando un ángulo para conectar al retador que sigue incontenible, esto se vuelve a poner bueno señores, el Kid hace gala de cabeceo. El Kid sintió el yabeo incesante sobre su cara, trató de asegurar sus golpes, pero todos dieron en el aire; frente a él, con su cara larga, pálida, con los ojos oblicuos, inexpresivos, con su cuerpo largo también, el retador se le desvanecía con un vaivén continuo. Los pies del retador no tocan la lona.

Si por lo menos pusiera el maricón los pies en el piso. El Kid se dio cuenta de que estaba frente a un fantasma; los pies del retador eran aéreos; a veces el cuerpo entero se desvanecía en el aire cargado, lleno de silbidos y de olores penetrantes. “Ya cáigase negro”, “ya cáigase.” Maldito maricón, parece bailarina barata. El Kid está nuevamente acosado en una esquina neutral, un óper del retador, otro óper, otro más, el Kid se enconcha, qué expectación, qué va a pasar señores, qué va a pasar esta noche. El retador tomaba las formas del humo y se confundía con el humo de la atmósfera para después volver sobre el cuadrilátero y yabear sobre la cara enrojecida del Kid. Hijo de tantas, perro. “La izquierda”, “la izquierda.” “Ya mávalo blanco”. Ya se abrió el cabrón. El Kid dejó ir todo su cuerpo tras el golpe de derecha pero de pronto sintió sus puños aprisionados por una masa pegadiza; los guantes se le untaron de cicle, fue cuando se percató de que el cuerpo de su contrario era de cicle; se estiraba, se untaba, le maniataba, le entorpecía los movimientos de manos y pies. “Ya cáigase negro.” Quiso deshacerse de las ligas pegajosas pero le fue imposible, estaba bien sujetoo a ellas. El Kid no ha podido descifrar a lo largo de la noche el difícil trabuco que tiene enfrente, el retador lo acosa constantemente, lo cerca, ésta es la locura señores. Si siquiera pusiera los pies en el piso. El Kid se hundía cada vez más en aquel enemigo elástico, el olor a chicle revuelto con sudor de su contrincante le asfixiaba, botó el protector, nuevamente fue víctima de la desesperación al sentir el cuerpo adhesivo del retador. Ha de pensar el mierda “a éste ya lo tengo”, pero al Kid se la persinan, nomás que logre despegar los guantes de sus sobacos. El kid hace esfuerzos desesperados por desembarazarse del retador sin conseguirlo, ¿tendremos nuevo campeón hoy? Si pudiera despegar los guantes. El retador sujetaba al Kid a la mitad del cuadrilátero, desde ahí alargaba el cuerpo hasta la esquina en donde sus segundos le asesoraban los movimientos. En ningún momento pudo el Kid evitar que el cuerpo amarillo de su contrincante se alargara hasta su esquina para después regresar a envolverlo con su insistencia pegajosa, desesperante. “Ya cáigase negro” el prestidigitador de Iturbide

está feliz; el representante personal del frigorífico de la nación también; el amante en turno de la reina del cine nacional enciende a ésta un puro, en las galerías el griterío es ensordecedor. El Kid sabe que si en estos momentos se persignara quedaría totalmente inmovilizado, enredado entre los brazos de goma del retador quien a cada minuto se ondula y se adhiere más al cuerpo del Kid. Ése sería el fin. “La izquierda Kid,” “qué pasó con esa izquierda.” La izquierda bien gracias, no chinguen, si ustedes se la estuvieran partiendo aquí arriba... ya los quisiera ver partiéndosela aquí arriba y yo con la concha de mis madres gritándoles “la izquierda”, “la izquierda” ...El Kid reacciona violento, a la altura de la ceja izquierda se le aprecia un hilito de sangre, sí, es sangre, ¡el Kid está cortado señoras y señores! ¡El Kid está cortado de la ceja izquierda! Éste ya me dio en la madre, pero el Kid no se lo chingan así nomás por nomás. Furioso cambio de golpes en el centro del encordado cuando suena la campana, ¡qué pelea! Durante el minuto de descanso fue cuando empezó el histerismo entre las mujeres que se encontraban en el rin sai. El olor a sangre que se desprendía de la ceja rota del Kid despertó el olfato de varias decenas de ratas, enormes ratas que salieron amenazantes de las bocas oscuras de los albañiles de la arena, corrieron por los pasadizos que llevan al ring, babeantes, sus cuerpos emanaban pestilencias de cañerías; alguna mujeres se desmañaron; la reina del cine nacional fumaba su enorme puro divertida ante el suceso. Las ratas poseían un tamaño descomunal, varias de ellas tenían dimensiones de cuerpos humanos, con chillidos espeluznantes trataban de ascender por la esquina del Kid. La campana ha vuelto a poner a los dos peleadores en el centro del cuadrilátero, el retador finta, el Kid salta hacia atrás. El cuerpo chicoloso del retador volvió a envolver al Kid. Este buey ya me tomó la medida. “Ese negro no se cae.” “Ya cáigase negro.” Y este dolor en la garganta... que no me joda... que no me joda... El Kid tragó saliva. Si se me empiezan a salir las de San Pedro aquí mero se acabó de joder la cosa... “Ya cáigase negro.” Los ojos del Kid están vidriosos, sus piernas no responden y nuevamente ha empezado a manar el

hilillo de sangre sobre su mejilla, qué va a pasar esta noche señores. Si sonara la campana, pero esas malditas ratas... Qué raund, señores, qué raund acabamos de presenciar. El Kid se vio otra vez asediado por las ratas que le escurrían sobre el cuerpo su baba, tibia, contaminada, tratando de alcanzar la herida que tenía sobre el ojo izquierdo; los “segundos” lamían con sus esponjas los vellos negros empapados por el líquido rojo que brotaba de la ceja abierta. Las ratas. El Kid se las trataba de sacudir desesperado. La campana vuelve a llamar a combate, ¿será este raund el definitivo?, dentro de unos momentos lo sabremos, y recuerde; yilé.

Las viscosidades que las ratas golosas habían depositado en la herida del Kid se le fueron introduciendo por debajo de la piel. El Kid empezó a sentir que le ardía hasta el último tejido de la cara; el ardor le fue bajando por el cuello, los bíceps, el estómago, las piernas; se dejó apoderar por una furia incontrolable, el retador había puesto por fin los pies sobre la lona, bailoteaba desesperado frente al Kid pero no podía eludir los golpes de éste, empezaba a perder su elasticidad. La reacción del Kid ha puesto de pie a sus partidarios, el retador se bambolea sobre sus piernas de chicle, ¡qué reacción amigos míos!, ¡qué reacción! “Ya cáigase blanco.” Las ratas —pensó el Kid—, y un estremecimiento le recorrió por todo el cuerpo magullado; en un clinch provocado por el retador, el Kid vio cómo la esquina de éste también estaba invadida por los viscosos animales que los miraban amenazantes con sumidos ojos ultrafebriles. La campana ha dado fin a otro raund de locura, ésta es una pelea, como la vez no la veamos en muchos años. En una esquina del ring las ratas se pelean entre sí por lamer la sangre que no le dejaba de manar al Kid y que le había enceguedido el ojo exageradamente hinchado. El retador en el centro del ring no vio al Kid con desprecio, ni con enojo, su mirada seguía siendo como al principio, inexpresiva, perdida en un abismo indescifrable. Sonó la campana. Vamos a ver qué sucede señores. El Kid amarillo la derecha y la dejó caer plana sobre la cara del retador, la mirada de éste no cambió, cierto, había en ella algo de tristeza lejana, silenciosa;

su nariz, pegada como un parche acolchonado sobre su cara larga recibía estoica el cuero pesado que le arrojaba el Kid. Choque brutal del cuero muerto estrellándose, restregándose contra el cuero vivo caliente hinchado de sangre, amotinada en reclamo violáceo. La tortilla se voltea señores, qué gran noche. La reina del cine nacional se había comido el puro debido a la emoción, tenía los labios manchados con ceniza. Por qué no te caes de una vez blanco, por qué no te lleva de una vez la chingada y me dejas de ver con esa mirada de perro hambriento. El Kid lloraba por dentro, enfurecido; golpeaba con rabia. Cáete de una vez por todas blanco, cáete desgraciado; por qué no te caes maldito. Qué pelea, qué pelea, el Kid ataca los bajos, yabez a la mandíbula, otra vez los bajos, otra vez la mandíbula, el retador retrocede. Cáete maldito. “Ya cáigase blanco.” En las esquinas de los peleadores las enormes ratas chillaban enloquecidas. El uno dos, el uno dos repetido con saña por el Kid, esto es el boxeo amigos, siempre hay que estar a la espera de lo inesperado. El prestidigitador de Iturbide se levantó de su asiento para doblar la apuesta, las ratas habían invadido ya los pasillos. Por qué me tiene que mirar con esos ojos de muertodehambre; por qué no se cae y se queda ahí botado pa’ siempre, pa’ que no le vuelvan a romper la madre como se la estoy rompiendo. La mirada vidriosa del retador anuncia el próximo fin de esta pelea, esto se acaba. “Ya cáigase blanco.” Sí, ya cáete desgraciado, ya cáete porque te voy a seguir rompiendo la jeta como mereces, como no mereces, como merecemos que nos la rompan por haber nacido en medio de este colchón impregnado de brea, rodeado de cuerdas duras, por haber crecido aquí, con el hocico al aire pa’ que te lo deshagan de un manotazo. ¡Qué pelea señores! ¡Qué pelea! Esto es el boxeo, lo indescriptible, la emoción en su punto máximo, y recuerde: yilé yilé yilé yilé yilé yilé yilé yilé yilé. El retador había puesto por fin los pies sobre la lona; su cara inexpresiva seguía ahí sobre sus hombros, sin un cambio, solamente esa tristeza pálida, desnutrida, que se fijaba en los ojos del Kid. “Ya cáigase blanco.” Sí, ya cáete blanco, ya cáete de una vez y no me sigas viendo con esos ojos de pocacosa, de pobrediable.

Ya cáete porque no te quiero seguir dando en la madre, desgraciado, porque yo sé, yo sé que en tu casa te están esperando; que hay una vieja muertadehambre, muertademiedo, muertadellanto, a quien desde muy chico aprendiste a decirle mamá, que está oyendo por radio o está viendo por televisión cómo te estoy partiendo el alma. ¿Por qué no te caes blanco desgraciado? El Kid golpea con furia la mandíbula del retador que retrocede y se enconcha en su propia esquina en donde los “segundos” le dan instrucciones para librarse del castigo, esto, amigos televidentes, amigos radioescuchas, esto es una pelea de box, lo demás son puros cuentos. Las ratas, en las dos esquinas y ese maldito que no quiere que esto se acabe de una vez por todas. El Kid sentía un leve ardor en la ceja inoculada, en ocasiones sentía el griterío, la arena toda encima de él y era cuando las piernas se le debilitan y sus acciones se volvían lentas, pero el recuerdo de las ratas que le esperaban en la esquina después de cada raund volvía a revitalizar su fuerza, su elasticidad. Qué reacción del Kid, señores, qué manera de volver a ponerse en plan de lo que es, en el plan del campeón, del que nos ha regalado grandes noches de emociones. El Kid aquí está otra vez señoras y señores, con una nueva demostración de pundonor y profesionalismo, como nos tiene acostumbrados. Ya cáigase maldito, o qué, ¿quiere que lo saquen de aquí en una vil camilla?, ¿que lo dejen inservible durante quince días o más, tirado en una cama apestosa mientras su madre le llena de curitas la cara frente a un espejo quebrado? Una izquierda, otra izquierda, otra más, el retador está viendo que sus ilusiones de esta noche se fugan, se vuelven humo, como este humo que invade el ambiente, pero el retador es todo un hombre, también tiene lo suyo y sacando fuerzas de flaquezas manda varios puñetazos a la cara del Kid, puñetazos que son pura dinamita. ¡Qué pelea! El Kid amartilla la derecha y busca el lugar preciso en donde debe estrellarla, en un punto de aquella cara triste del retador; sabe que aún en los momentos más difíciles el público demuestra su poca fidelidad y cambia de favorito fácilmente; ahora es el dueño del momento y mientras no caiga en la lona, y mientras

no le cuenten los diez segundos reglamentarios; y mientras no deje de ser campeón, sus puños, su coraje, su elasticidad seguirán representando el orgullo braveno de todo un barrio en donde los hombres, desde mucho antes de serlo, se abren la cara a puñetazos, y más tarde forjan la escasa musculatura descargando camiones que transportan frutas y legumbres o cargando cajas repletas de alimentos en los pasillos de mercados populosos; atrás de cada puñetazo va el obrero encarcelado por huelguista; el mariguano que soñaba con un campeonato mundial de boxeo, pero que ya ni con la yerba alcanza la capacidad del sueño; don Juanito, el eterno organizador de equipos de fútbol y de uniones de colonos con peticiones para mejoras que nunca se han llevado a cabo, por lo que desde hace mucho tiempo decidió colocarse las peticiones insatisfechas en plena cabellera, como medida de protesta (don Juanito dicen que encaneció prematuramente); atrás de cada puñetazo del Kid va el raterillo que arranca el bolso a una mujer en la calle oscura del barrio, con todo su miedo y su rencor social por delante; el señor de edad, padre de hijas muy jóvenes, don Manuelito que en toda su vida no pudo salir del barrio, que luchó hasta que le empezaron a doler los riñones y ahora se angustia por el futuro de sus hijas en un medio que él considera que no les corresponde pero al que ellas han adaptado sus movimientos adolescentes; la prostituta. La reina del cine nacional se comió el segundo puro y su amante en turno le encendió el tercero. ¡Qué pelea! Un golpe del retador volvió a sacudir la cabeza del Kid, y como una cinta elástica que se rompe de una de sus puntas para enrollarse en la otra, pasó por su mente, con una velocidad vertiginosa, un borroso juego de imágenes; el momento en el que decidió subirse a un ring y ganarse los frijoles con el sudor de su cuerpo y la sangre y el miedo del contrario. Primero la izquierda, luego la derecha, luego la izquierda, luego la derecha, siempre sobre la punta de los pies; es indispensable un buen juego de piernas; esto es muy duro muchacho, estás en muy buena edad, pero es necesario adquirir una verdadera disciplina, sólo así llega; eso se llama óper; una

verdadera disciplina muchacho, si no quieres acabar medio loco, como otros muchos que le entraron a este negocio y en lugar de darle al gimnasio le dieron a la cantina o a la yerba y acabaron en las nubes, sin un quinto, dando lástima en las esquinas; eso es una yab, ese otro, con el brazo un poco más curvo se llama gancho. El campeón retrocede, finta a su contrario pero no suelta el golpe, el contrario se lanza sobre su presa, el campeón se tambalea y parece que de un momento a otro va a caer en la lona, sus ojos vidriosos, sus piernas de trapo, hacen pensar en un pronto desenlace, señoras y señores, ésta es una gran noche, y el radio a todo volumen y la familia entera alrededor de aquel pequeño aparato escandaloso, cruzando los dedos para que el campeón no vaya a dar a la lona y no se vuelva a levantar nunca más de ahí, y en la mente las palabras de esparring que en la tarde había sentenciado: esto es muy duro muchacho, estás en muy buena edad pero necesitas adquirir una verdadera disciplina, sólo así se llega, aunque a veces también es cuestión de suerte, aunque a veces... pues, pues no se llega... y como hay que comer, te quedas de por vida prestando el cuerpo para que los futuros campeones lo aporren porque ya lo sabes, para llegar se necesita estar entrenado y entonces requieres de un esparring, como todos los futuros campeones, para que sepas asegurar tus golpes, para que a la hora buena ya hayas aprendido a dar en el blanco... O en el negro, según el que te toque en el baile, ¿sabes qué?, los negros son muy débiles abajo, a los negros los doblas tirándoles duro sobre los abdominales, a los cuantos raunds, si los sabes dar, los traes por la calle de la amargura, echándole el bofe, pero no vayas a creer que es tan fácil, porque los muy mañosos es en donde más se cuidan. Finta con la derecha y la izquierda el retador; la izquierda que lo ha hecho grande entre los grandes se estrella en pleno plexus del campeón. Y el radio que salta de gusto, y la tele que revienta y los dedos cruzados que se aprietan con mayor fuerza. Y los hermanos mayores: “ya no tome apá, si no ya no va a oír el final de la pelea”, y la voz ronca: “cállense escuincles cabrones” y la izquierda con furia desde el fondo oscuro del cuarto

sobre la cara de uno de los chamacos. El campeón cabecea, señoras y señores, el golpe del retador ha hecho aparentes estragos en su humanidad pero no aseguren nada, del Kid siempre se puede esperar lo inesperable, por algo es el campeón todavía, y hay un viejo dicho aquí en el mundillo de las orejas de coliflor, que dice que al campeón hasta que pierda, y el Kid, señoras y señores, este Kid siempre de tanta casta, aún sigue siendo el campeón, y recuerde, desde sus hogares, salud con su cerveza favorita. La cervecita, recuérdalo bien muchacho, mucho cuidado con la cervecita, porque había muchos cuadritos de tu barrio que de verdad tenían madera, pero se jodieron con la cervecita, y ya te lo he repetido que en este negocio, la disciplina o el manicomio, tú dices, piénsalo bien, y si de verdad estás decidido, mañana mismo te presento con el mánayer para que empieces a soltar los músculos. Derecha arriba, izquierda abajo, otra derecha arriba, otra más, abajo, un suing del retador. “Ya cáigase blanco.” Era la primera edad, cuando la vida misma del hombre, más bien, del que va para eso, empieza apenas a ser aporreado sobre de un ring sin cuerdas, por el óper del aire fétido que se desprende del canal de desagüe y se pasea por las calles del brazo de ese polvillo feroz que lastima los ojos y se hace, desde ese entonces, un mazacote de lodo en la garganta; es cuando los más débiles empiezan a toser, hasta arrojar toda la sangre que calentita esperaba en las bolsas de los pulmones, para hacer más lodo afuera, donde chapotean los pies enseñados a caminar únicamente en círculos, lenta, lentamente, hasta que el hoyo de las suelas empieza a ser cubierto por la fatiga y se van apagando los pasos suavemente. Es cuando los más fuertes sobreviven y llenan con sus gritos de mediodía sudado los pasillos de los mercados, en donde descargan las cajas llenas con frutas y verduras... ¡a’i va el golpe! El retador vuelve a retroceder, ¡qué gran pelea! ¡Qué casta la de estos peleadores! Esta noche es noche buena, noche de buen boxeo. Y recuérdalo muchacho, lo principal en el negocio éste es la disciplina, el gimnasio. Y luego, desde muy chavo se empieza con el pinche cigarrito, y los pulmones se llenan de humo, y se

aprende a escupir por un colmillo, porque este barrio es de malditos y hay que escupir por los colmillos pa' que desde un principio lo aprendan a respetar a uno, así decía el viejo cuando ya tenía media botella de chinguere adentro. En las paredes descarapeladas, antes de ser rematadas por las esquinas grises, tercas, medias cansadas y aburridas de estar ahí quién sabe desde cuándo, los amplios pliegos de papeles de colores donde se anunciaba: "esta noche seis peleas seis" y los hombres en calzoncillos, uno frente al otro en cada orilla del peligro, con las manos enguantadas, y la chiquillería: a'í está el gato (el pandillero del barrio), (el héroe del barrio), (el que les rompe el hocico a los del barrio de enfrente), hoy va a pelear el gato, y el retrato del gato en la pared, y abajo del retrato se deletrea con dificultad: Félix "Kid" Ibarra, y los más grandes que se reúnen en las esquinas por las tardecitas; hoy sí le van a dar en la madre al pinche gato; le van a soltar a un chavo bien curtido que ya peleó en el torneo de los guantes de oro." Y al otro día el danzón en la vecindad de al lado y el gato bailando con la chava más a todo dar del rumbo, con la jetota parchada y sobre la nuca un montón de cascos de cerveza. "Ese pinche gato ya se amacizó a la licuadora", "y qué, esa pinche vieja ya ni es quintolín." La reina del cine nacional se sienta emocionada sobre el puro encendido; arriba los gritos y silbidos son ensordecedores: "Ese réfere güey está vendido." "Ya cáigase blanco." Qué gala de cabeceo señores. La primera vez que se entra a una arena es como entrar en el vientre oscuro de un mundo sordo, la única iluminación está en el centro, arriba, y cae pesada sobre los músculos húmedos de dos fieras que se encuentran y desbaratan sin fiereza, mecánicamente, cuidando el estilo, preservando un deslizarse estético que se rompe violentamente, en forma ridícula, cuando el golpe ya bien asentado de uno de ellos despatarra grotescamente al adversario que busca cómo prenderse del aire viciado para no caer bajo la humillación del grito certero: "maleta, costal de papas, que nos devuelvan las entradas", sólo hasta ese momento es cuando la cara estática toma nuevas formas; las de la desesperación y el dolor, un dolor salpicado con sudor y sangre lenta, una sangre

estrellada a puñetazos. Qué garra de peleadores, señores, qué garra. Y todo se mira con ojos desmesuradamente abiertos, con unos ojos admirados que están inventando el mundo, un nuevo mundo de grito grueso y silbido chillón que se mete por las orejas, bullicioso y festivo, aturdidor. “Ya cáigase blanco.” Un mundo nuevo, de pálida como mapas del miedo sobre un calzoncillo blanco, remendado a la altura de las nalgas. Un mundo nuevo de caras de piedra triste, remendado a la altura de las cejas. Se entra a la arena; dos hombres midiéndose frente a frente, y cientos, cientos de hombres rugiendo alrededor, con una verdadera furia, con un auténtico desfogue girando en cada grito, en cada imprecación, en cada mala palabra a un aire cargado de humos, sudores y expectativa. Es el nuevo mundo inventado por los ojos inquisidores que todo lo absorben con fruición, el guante de color mamey que se restrega sobre la mejilla irritada de su boxeador, para volverse a colocar en la posición con la que conforma lo que le llama “la guardia.” Los zapatos de largas agujetas que son amarradas a la mitad de la tibia pisando apenas sobre un colchón que al principio da, por efectos de la luz, la impresión de una intensa blancura, y que posteriormente al término de la función, empieza a detallar sus manchas como de grasa, brea, dicen de ellas los entendidos. Y el forcejeo allí arriba, con las cabelleras erizadas, salpicando agua y sudor sobre los espectadores que ocupan las primeras filas, el amarrar con el cuerpo húmedo los brazos del contrario para evitar los mayores movimientos y ganar unos cuantos segundos para poderse reponer de los golpes recibidos que estuvieron a punto de causar una catástrofe. Clinch, los dos peleadores se han hecho un nudo en el centro del cuadrilátero, pero el réferi se aproxima a separarlos, mientras, usted, cómodamente, desde el mullido sillón de su sala repita con nosotros: salud. Y el chamaco presencia por fin su pequeñez orgánica, ante aquel mundo que se debate entre ruidos y olores, lo que tantas veces inventó en el vértice temprano de su imaginación y que de pronto se le materializa con toda veracidad escandalosa y procaz, que él no alcanza a advertir plenamente, que no alcanza a digerir adecuadamente, ahora que está convertido en el centro mismo de un

mundo convulso, agitado, un mundo real, superior a las veredas inasibles de su fantasía de barrio, de sus imagerías infantiles, cuando veía la figura del gato plasmada en aquellos carteles de la colonia; “seis peleas seis.” Las ratas, las ratas que no se desprenden de la esquina y ese maldito blanco que no se quiere caer. “Ya cáigase blanco.” El campeón inicia otra de sus embestidas, qué juego de cintura, qué juego de piernas, el retador retrocede y se enconcha en una esquina neutral, voltea con desesperación hacia su esquina pero los puños del Kid le hacen que vuelva a esconder el rostro entre sus guantes; hace intentos por neutralizar la andanada de golpes que le envía el campeón; el Kid está incontenible señoras y señores, le está dando vuelta a la tortilla. Ya cáete maldito, nadie me ha aguantado todo esto, por qué tú sí, ya cáete si no quieres que te siga desmadrando. El retador recibió un puñetazo en plena cara y todo se le convirtió en un apretujamiento borroso de sombras delirantes, sus piernas perdieron fortaleza, se le flexionaron repentinamente pero pronto volvieron a su trabazón de músculos preservándolo de una caída estrepitosa. Otra serie de golpes le sacudió la cabeza abandonada, como una bandera de pelos expuesta a los caprichos ondulantes del aire, cabeza de hombre, cabeza de algo, tremolada sobre los hombros mojados, cabeza entregada, y arriba los reflectores que se convierten en puntillos luminosos girando en una danza frenética, transformándose en unas simples rayas brillantes, como velos que se rasgan en la oscuridad del techo, la danza del fin, la danza del descabezamiento cruel, bárbaro, sin miramientos, descabezamiento de contrarios; frío y ardoroso, contundente, definitivo; golpe seco, de músculo adiestrado para golpear seco. Un cruzado de derecha y parece que ahora sí esto se acaba señoras y señores, ¡que paren le pelea!, ¡que paren la pelea!, ¡que la paren!, ¡que paren esta pelea!, ¡esto ya es una carnicería!, pero la campana, amigos, la campana salvadora, cuando ya parecía que todo estaba decidido, la campana ha puesto fin a este raund dramático, el retador se dirige grogui a su esquina ayudado por sus “segundos”, y no se olvide que para buenas rasuradas, al ras de la

piel, su hoja favorita, la que nunca le falla, la que le hará triunfar en sociedad, yilé, use yolé. Todo arde por debajo de la piel, es como una llamita subcutánea que se regocija entre las raíces de las cejas y se va desparramando, tenue, por debajo de las demás regiones de la cara, que por fuera luce encendidos colores tomatados, hinchazones violentas y manchones de sangre que son rápidamente atacados con una esponja empapada. El médico de la arena ha subido a la esquina del retador y en estos momentos está examinando la herida de este contrincante tan bravo, tan pundonoroso que esta noche nos ha brindado con su vergüenza profesional, intensas emociones; el médico examina con toda tranquilidad y el público espera ansioso su decisión; en el ánimo de todos campean estas interrogantes: ¿aquí habrá terminado todo? ¿El Kid seguirá siendo el campeón por muchas noches más? ¿Será suspendida esta pelea rompiendo de tajo las ilusiones de un joven valeroso? ¿Qué pasará señores?, ¿cuál será el veredicto del galeno? ¡Pero ya está señoras y señores! ¡El médico determina que la pelea puede continuar! Suena nuevamente la campana y los dos rivales se dirigen al centro del encordado. El prestidigitador de Iturbide, firma un nuevo cheque que en esos momentos empieza a adquirir el color del oro. Gancho de izquierda del campeón, otro gancho más y la tensión empieza a subir nuevamente entre el “respetable”, el retador empieza a bailar sobre sus piernas tratando de ponerse fuera del alcance de los bombazos que le lanza el Kid; existe una gran seguridad, una gran precisión en los envíos del monarca quien está haciendo una brillante defensa de su título; la arena se convierte nuevamente en un auténtico manicomio; varios pasos laterales y el retador vuelve a salirse, por piernas, del área en donde los puños del Kid se han convertido en una verdadera amenaza; el retador da la impresión de estar sentado sobre un barril de pólvora que en cualquier momento puede hacer explosión definitiva; los boxeadores se hacen un nudo en el centro del ring y el réferi se aproxima a separarlos; en las graderías del público aúlla. Ahora se trenzan en un furioso cambio de golpes, tal parece que los contendientes se dijeran algo al oído entre golpe y golpe. Ya cáete desgraciado, o qué, ¿quieres que te deje inservible para toda la vida?

“Ya cáigase blanco.” Maldito muertodehambre, ¿por qué no te caes y me dejas de ver con esos ojos de perro triste? ¿Por qué no te lleva el carajo de una vez por todas? ¿Qué no ves que de lo contrario te voy a seguir rompiendo la madre? ¿Qué quieres que te deje todo desfigurado y que cuando llegues a tu casa ni tu propia mamacita te reconozca?, sí, la pobre vieja que no quiso poner el radio para no saber cómo le voltean la jeta al revés a su hijo, al que parió a la mitad de sus días amargos; el que le proporcionó su único alimento de alegría dentro de aquellas largas mañanas de ayuno; el que ya cansado de las borracheras asquerosas del viejo se largó una buena vez de su casa y fue a caer derecho al gimnasio en donde probablemente, alguien a quien le decían el gato y que era el chinguetas del barrio sudó la camiseta que ahora te van a enjaretar a ti, con su sudor espeso, de cerveza y ron, para que empieces a hacer sombra después de que te adviertan: “esto es muy duro muchacho, estás en muy buena edad, pero es necesario adquirir una verdadera disciplina, sólo así se llega, eso se llama óper; una verdadera disciplina muchacho, si no quieres acabar medio loco, como otros muchos que le entraron a este negocio y en lugar de darle al gimnasio le dieron a la cantina o a la yerba y acabaron en las nubes, sin un quinto, dando lástimas en las esquinas, eso es un yab, ese otro, con el brazo un poco más curvo se llama gancho; mucha disciplina, muchacho, mucha disciplina si a lo macho tienes deseos de llegar”. Observas a otros jóvenes de tu edad pero que tienen más tiempo que tú, te admiras de su agilidad, de los movimientos estéticos con que se desempeñan y por el momento te parece casi imposible que llegues a dominar y hacer tuyos, como si fueran tu propia piel, esos movimientos felinos con que lograron quebrar la cintura, saltar la cuerda, moverse ante el espejo, agacharse para que no los derribe el costal, golpear la pera que gira enloquecida bajo el tablero circular a la que está sujeta; todo huele a concentración de sudores, todo salta velozmente sobre un piso regado con los escupitajos arrojados por los futuros campeones. Uno dos, uno dos, el retador retrocede, amigos televidentes. Y frente al televisor, el doctor Adán Anaya, el

inspector Mario Calderón, el arquitecto Pérez, el mecánico García. Uno dos, uno dos, así tienes que empezar, soltando los músculos, agarrando estilo, agarrando forma, poco a poco, no te desesperes. ¡Tiempo! Ahora la cuerda. Y empiezas a pensar con intensidad en el momento de regreso a tu casa, cuando ya seas un hombre famoso, respetado por la gente de tu barrio que va a ver en ti a otro héroe, como aquel “gato” que paraba en seco a los pandilleros de la colonia de enfrente y no dejaba que aguaran las fiestas de los sábados. Cuando empiecen a decirte buenos días, buenas tardes, buenas noches señor Kid, y le digas a tu madre que ahora sí no tiene por qué seguir soportando las borracheras y los malos tratos del viejo, que al fin y al cabo ni siquiera es el verdadero padre de la chaviza. Y la cuerda que alcanza una velocidad tal que ni siquiera se alcanza a ver, sólo se oye su chicoteo rápido sobre la duela, tras, tras, tras, tras, tras, tras, mientras el cuerpo del adiestrado salta graciosamente como el cuerpo de un muñeco de alambre, y en torno, con diferentes empeños para ejercitar los músculos, todos bajo la mirada atenta del entrenador que corrige la mínima equivocación, la mínima alteración del ritmo, preparando la carne para tumbar la carne. Y en el ring en donde hace guantes el boxeador estrella de la próxima pelea, aporreando el cuerpo lastimado de su esparring, periodistas, fotógrafos y curiosos en general devorando ávidamente las fintas, los cabeceos, los desplazamientos que se plantean sobre el colchón enlodado. Los dos sujetos están coronados con un dispositivo de cuero rojo con partes que cubren los pómulos y bajan por ambos lados de la cara; “colócate bien las orejas”, y otro aditamento en la boca que le llaman protector y que en ocasiones de mucha fatiga lo escupen, ensalivado, para poder respirar con mayor facilidad. Ahora el peleador en preparación para su próximo combate se encuentra ahí, en el centro del ring, sujeto al cronómetro, ante la mirada de los periodistas, como alguien a quien se sorprende en mangas de camisa, colocándose los pantalones para salir a la calle. Entonces la percepción de los sentidos se encuentra de golpe y porrazo con las gesticulaciones del hombre forrado con hule espuma que allá arriba bufa, salpica a sus espectadores, se

desenvuelve sudoroso en medio de un vértice de onomatopeyas, el hombre tratando de destruir la organización biológica que tiene enfrente, para lo que pone en juego las aristas filosas de la astucia, la energía muscular que se desprende desde la raíz del puñetazo cortando el aire en busca de su blanco movable, hasta el impacto que se produce entre el cuero seco y la piel humana, levantisca, enrojable. Después de un cambio de golpes que como resultado deja al cuerpo del esparring prendido estrafalariamente de las cuerdas, la voz del entrenador grita “tiempo”, y es cuando los fotógrafos de prensa, fría, mecánicamente, solicitan una pose del peleador del próximo sábado, quien en la misma actitud, fría y mecánica posados, tres, cuatro veces ante los flashazos azulosos de las cámaras; los fotógrafos se retiran indiferentes. Algunos curiosos permanecen en el gimnasio y mientras, tú con la lengua hasta las rodillas, no has terminado aún de saltar, y el entrenador se agita; “no, no, no, así no”. Después viene el espejo para corregir los movimientos, hacerlos más elegantes, porque esto también tiene su elegancia, su buena presentación, en medio de todo lo agitado del oficio, de todo lo duro y fatigoso, y empiezas por sentirte ridículo frente a ese largo espejo vertical, con vergüenza por tus piernas torpes, por tu mal parado ausente de toda gracia boxística, pero tienes que hacerlo y empiezas a brincar como mono frente a tu propia figura, que se burla de ti desde el fondo de la plancha luminosa que te retrata y te inventa los movimientos, y crees que todos están pendientes de tu torpeza y en realidad nadie se ocupa de ti porque los demás están concentrados en sus propios empeños. El campeón salta alegremente en torno de su contrincante, buscando el ángulo más propicio para soltar su óper demoleedor y que esto acabe de una vez por todas, esto sí que es una pelea, amigos. Ya cáete maldito, ya basta, ya no quiero seguirte dando en la madre, acuérdate que te están esperando en tu casa, que te quisieran recibir como saliste, limpio de la cara, sin moretones en el cuerpo, que hay alguien a la que le dices mamá que preferiría verte llegar intacto aunque siga soportando los malos tratos del viejo que ‘ora se volvió más descarado, desde que se supo

que la poca marmaja que logra ganar desplumando cristianos arriba de los camiones que recorren eso que le llaman cinturón de la miseria y que no es más que el montón de colonias en donde decimos que vivimos todos nosotros, que esa pinchurriente marmaja se la gasta con la vieja esa que dicen que en las noches baila en un cabaret de las calles de Allende. Por eso es que te largaste de tu casa, ¿verdad? Porque no querías que una buena vez, después de varios días de vigilia, apareciera en tu plato, con chile pasilla y otros menjunjes, la primera de tus orejas, como se fueron en otros días devorando, poco a poco, las orejas de los chavos más chicos, después de que el viejo colgaba a éstos de los tendedores que cruzan de pared a pared del cuarto de aire cerrado, quesque para que no se siguieran portando mal, y se les quitara la costumbre de robar panes y refrescos en las tienduchas de enfrente. Y los pobres chavos que gritaban de dolor y pataleaban y así más grandotas que se les hacían las orejas, como de elefante meramente, hasta que un buen día aparecían en los platos que por semanas habían estado vacíos; orejas como sábanas, revueltas en chile pasilla, desatadas cuidadosamente del mecate donde azotaba el viento polvoriento, a medio cuarto, el viento necio que baja de los volcanes y ahí, sobre la mesa y sobre los platos se hace remolinos que suben hasta el cielo escapando por las ventanas. Por eso fue que te largaste y terminaste colocándote las orejeras rojizas, de hule espuma, y al contrario no perdiste tus orejas, sino que se te extendieron a los lados de la cara, como dos inmensos parches carnosos, como dos amplias coliflores, tibias de tránsitos sanguíneos, de vasos reventados y dolorosos en principio. “El gancho al hígado”, “el gancho al hígado”. Pinches segundos, por qué no en lugar de decirle que se caiga para que no lo mediomate, todavía le gritan que el gancho al hígado, ¡qué gancho ni que carajo!, cabrones, como a ellos no es a los que les están rompiendo la jeta. El público en la gradería está en un grito señoras y señores. Y luego la chava que si por los malos tratos del viejo, que si porque ya nació cuzca de por sí, atragantándose con todos los camotes de la colonia, y ni siquiera cobraba, como la vieja que baila en el

cabaret y se acuesta borracha todas las noches con el viejo, ni siquiera cobraba, pa' que dijeran que si lo hacía era por meritita necesidad. Y luego tenerte que empezar a romper el hocico desde en el gimnasio porque a la chabacana le empieza a crecer la barriga cada mes y el médico dice que como no tiene ningún apoyo social, de ése que el gobierno dice que les da a los que trabajan en las fábricas, va a tener que ser internada en un hospital particular; y a los nueve meses cumplidos se llevan a la chava con tamaño tambote por delante, y luego resulta que los del hospital aumentan el cobro porque le van a hacer una cesaría, y por fin le abren la barriga y todo lo que sacan de adentro son tubos de píldoras anticonceptivas, y para todo eso, piensas entonces, te has empezado, te han empezado a rajar el hocico y las orejas en el gimnasio, y quieres agarrar al mundo a chingazos, pero a'i está la madre tuya, cubriéndolo todo con el rebozo, los corajes, los rencores, los miedos, las angustias, la sangre de las cejas abiertas a cabronazo vil, los perdones al viejo borracho que se divierte arrancando las orejas a los hermanos más chavos, el muy mula. Y tienes que seguirte enchuecando la trompa y las narices, para ser todo un don chingón, y que no tengas ni tú, ni los otros chavos que levantarse a las tres de la mañana, dejando en el camastro la mitad del sueño, precisamente cuando ibas a montar en la bicicleta brillante que te trajeron los Reyes Magos pero que en realidad nunca tuviste. Levantarte en plena madrugada, de esas madrugadas negras cobijadas todas de frío, de un frío que echa humito por tu boca y tus narices cuando hablas y respiras, y largarte a hacer cola en el puesto en donde el gobierno llega a vender leche barata, y dejar en encargo con las señoras enrebozadas hasta los ojos, las ollas despostilladas para corretear atrás de una pelota hecha con trapos viejos, y sacudirte de la camisa raída la helada persistente. "Ya cáigase blanco." El gimnasio es una cosa dura muchacho, aquí aprendes a tener disciplina, así que es mejor que decidas de una vez por todas, si estás dispuesto, o terminas en el manicomio o pidiendo limosna, dando lástima en las esquinas, todo destartalado nomás a mandarriazos por falta de una buena preparación. Entonces te acuerdas del viejo odioso

empinándose las botellas de tequila y jalando las orejas de los chavos, y te acuerdas del hermano del pinche viejo, aquél que murió levantando colillas en los basureros, porque ni pa' comprar unos faritos tenía el desgraciado, y entonces te inclinas por ir a achatar-te las narices en el gimnasio, a que te rompan la madre, pa' que tu mamacita no se tenga que acostar más con el tendero de la esquina, atrás de los costales de frijol, y todo pa' seguirle manteniendo el vicio al pinche viejo, quien cada que se le da la gana se la pone pareja quesque porque lo anda haciendo pendejo. Y los demás se llenan de gusto de andarte diciendo lo del tendero cuando caminas por la banqueta y luego tu mamá te tiene que explicar que todo lo hace pa' que el viejo no se siga comiendo las orejas de los chavos, y tú tienes que bajar la carota, y entonces en la mesa hay mantequilla y pan blanco. Esto es muy duro muchacho, tú dices si le entras, y decides entonces cortarte de la palomilla; ya no más refrescos robados de las cajas de los camiones repartidores; ya no más pedrizas a los ventanales del abarrotero gachupín, el rico del barrio, que les cae a todos en la mera punta por gruñón, y por carero, y por mula; porque su vieja se las da de que es de la "alta", y llegan a su casa, la única de dos pisos, en un coche verde, destartelado, para que la vieja gachupas nomás se la pase presumiendo con todo el mundo, como presume de que su marido ha hecho una redada de todos los pordioseros y borrachines del barrio, que andan cargando sus guitarras medias rotas, junto con su mugrosa pobreza, y se los ha llevado a su casa de dos pisos, y los ha encarcelado ahí, en unas jaulas grandotas, de donde no se podrán escapar nunca, para que todas las mañanas despierten a la vieja con sus canciones, ésas que han recogido por todas las calles de la colonia, y de las demás colonias cercanas. Y la pinche vieja orgullosa porque ella es la única que no cuelga jaulas con pájaros en su ventana, porque ella cuelga hombres que cantan desde el fondo de los estómagos vacíos. El retador sigue retrocediendo, señoras y señores, evidentemente se siente lastimado, y el fatal desenlace se puede presentar en cualquier momento, no se retire ni un minuto de su aparato, porque ahora sí, esto se

acaba, al menos así lo auguran los signos de esta noche. Ya que estás con la soltura necesaria, ya que te convertiste en carne de gimnasio, te programan para tu primera pelea, con un novato de provincia, y por dentro saltas de gusto, porque en honor a la verdad será ése el primer viaje que realices en tu vida, la primera vez que alistes tus maletas, como has visto en las revistas o en los cortos de las películas que el diputado manda a proyectar sobre las paredes largas del barrio, durante las tardecitas de los sábados, y te largues a que te tumben los dientes ante un montón de ojos y bocas desaforadas. Pero tú vas para arriba y tienes que vencer ese temor, más que a tu contrario, al público, al que en realidad te enfrentas por primera vez; ya después, paulatinamente te empezará a salir el callo respectivo, cuando luego de muchas peleas, los que escriben en los periódicos te empiecen a decir que no eres más que un inflado, y sobre todo cuando por pura casualidad te enteres cómo tu mánayer contrata el réfere que actuará en tu próxima pelea, y todavía después, en la mera noche de los moquetes te des cuenta cómo te protege el hombre vestido de blanco para que no te caigas cuando estás a punto de que te cargue la chingada, y todo lo que tú haces está bien hecho y que todo lo que hace el contrario amerita una amonestación que va a servir para que los jueces de la pelea le aminoren puntos en su cotización. Al principio te vas a sentir molesto, pero más tarde vas a agradecer el apoyo que te están dando, sobre todo cuando la oportuna intervención evite que te vayas de sopetón a la lona y regreses al cuartucho adornado en el centro con una bacínica que sirve de sustento a un ramo de flores que huelen a caca. Y poco a poco te vas convirtiendo en un boxeador internacional, y te van a llamar “el campeón”, y te van a llamar “el Kid”, y muchos miles y miles de pesos van a girar en torno de tu pellejo, y todos los contrincantes que te designen se van a ir desmoronando ante ti, como se desmoronan con el tiempo las paredes de la calle en donde naciste. Entonces te pondrán en un avión y vas a llegar a lugares que nunca antes habías imaginado que existían, en donde hablan en otra forma, que no entiendes, y te rodean de lujos de los que no puedes disfrutar, porque el entrenamiento es primero,

y de cheques que nunca llegas a cobrar, porque ni siquiera sabes cómo se cobran, y de fogonazos de decenas de fotografías que te abruman con sus luces azules y veloces, y de periodistas que te hacen preguntas que tú no respondes, porque siempre tendrás a tu lado a alguien que conteste por ti, pero que publicarán al otro día que si llegas a perder la pelea más importante de tu vida será nada más porque sientes nostalgia debido a que amas mucho a tu patria y añoras el cariño de tus cuates y que todo se lo debes a tu mánayer, y a la virgencita de quién sabe dónde. Un campanazo de derecha, otro volado de izquierda y el retador busca refugio en las cuerdas; qué andanada de golpes queridos amigos, qué torrente de cuero sobre la cara ensangrentada del retador. Ya cáete cabrón, ya te rompí toda la madre, ya me salpicaste con la sal que te sale hecha agua roja por las cejas y los pómulos; ya lárgate pa' la fregada. "Ya cáigase blanco." Un puñetazo más y los anuncios que dividen al lunetario del graderío se alargan en un solo manchón de colores pastosos; sobre el ring, olores, ruidos, todo emana en agrio sabor a barrio, a barrio iluminado por los enormes focos que caen sobre el sudor y la sangre, sobre los gritos de apoyo o de repudio; los gritos, la voz vengativa del barrio que va ahí, esa noche a batirse contra ella misma, a restregarse contra sus propias mil diversas sonoridades, desde la mentada de madre que se desprende de las alturas techadas hasta el ofrecimiento de muéganos y cacahuates que se pasea por los pasillos mojados con escupitajos, cerveza y coca-cola. "Ya má-talo Kid." Hombres flacos y mujeres gordas levantando los puños amenazantes o bien con la sonrisa de satisfacción en las caras. "Ya má-talo." Y tú no te caes maldito, y tú que ya decidiste quedarte aquí, plantado, echar raíces sobre la lona, con la cara abotagada, hecha una estopa enrojecida, y tú, que con cara rajada vas a llegar a causar lástima en tu casa, con un puñado de billetes embadurnados de mugre y después te van a decir que tienes un contrato para pelear en Cuba y de sopetón te trasladan a otro clima, en donde el puro hecho de respirar ese aire caliente te fatiga, y te llevan a conocer el gimnasio en donde te van a preparar para que te enfrentes

a la “pantera negra” y se rompan el hocico los dos ante señorones que se adornan la cabeza con ramitos de laurel. Y tú no estás ahí, porque ya no tienes por qué estar ahí, porque no entiendes las canciones nuevas que escuchas en las calles de ese país; porque tu mente quedó fija en un recuerdo de muchos años atrás, cuando de verdad estuviste ahí, y en la bodeguita del Medio: “en el tronco de un árbol una niña” y el tresillo guajiro, y “ausencia quiere decir olvido, decir tinieblas, decir jamás”; cuando te llevaron a conocer el gimnasio en donde iban a preparar y pasaste con la caravana que te seguía por un edificio que te dijeron que se llamaba universidad, y viste deshechos sobre los escalones, los cuerpos de decenas de jóvenes acribillados y entonces te parecieron el montón de hombres que habías derribado; no tú, sino tus mánayers, tus réferis, tus cronistas, tus apostadores, tus y sus putas. La reina del cine nacional se sienta sobre su último puro encendido. El retador se tambalea peligrosamente, quiere salir por piernas, pero éstas ya no le responden, ya no luce el balanceo sobre la cintura, con que inició esta pelea, recibe un fuerte cabezazo del Kid que le abre una nueva herida a la altura del pómulo izquierdo, su fama señoras y señores, de gran esgrima, rodó ya por los suelos, y otro bolo ponch del campeón. ¡Que paren esta pelea! ¡Esto ya es una auténtica carnicería! Ya cáete grandísimo pendejo, porque luego cada que te toques los moretones que te dejaron en la carne vas a renegar con toda tu alma el haber nacido en medio de esta pinche vida, pero te van a poner sales y ungüentos y van a acabar llevándote a pelear por el campeonato y te van a enfrentar con un cabrón que ni conoces, pero que por dentro va a sentir lástima por ti, y va a llorar, sin que nadie se dé cuenta, por los propios cabronazos que te está metiendo y vas a sentir que todo se derrumba sobre tu cabeza, y tu madre, y el maldito viejo, y la chava toda camoteada, y los chavitos sin orejas y tu barrio, y tu vida toda se van a caer sobre de ti, cuando el campeón, cuando el pinche campeónete te propine el último chingadazo de tu vida y todo se te acabe de repente. Uno... dos... tres... cuatro... y ‘or sí, te pongas a llorar irremediamente, hasta que despiertes con los brazos en

alto, en los hombros del gentío y rumbo a los vestidores, tus propios oídos te hagan reaccionar cuando oigas los gritos del triunfo
¡El Kid! ¡El Kid! ¡El Kid!





AL MANCO LE FALTABA EL BRAZO IZQUIERDO

LÁNGUIDAS y tristes las campanadas de la torre del Templo de San Bernabé se desvanecían perezosamente anunciando las cuatro de la mañana. Los pasos cadenciosos del manco resonaban en el pavimento frío y solitario en el que ni una sombra que no fuera la suya se proyectaba aún, con los resplandores de los focos escuetos y amarillentos que en distancia considerable existían en el barrio.

¡Las cuatro de la mañana! De cuántas cosas nos podía hablar esta soledad; de cuántas las sombras que acechaban en cada esquina el paso del manco; cuántas historias de terror, de angustia, de agonía cotidiana, historias de desolación, historias de barrio bajo, sombras de madrugada que se enredan en el nudo de la garganta, sombras de rutina, las mismas que en cada amanecer sabían del sueño, del cansancio, de las otras sombras que con pasos quejumbrosos como los de él, se dirigían a la labor diaria sin protesta alguna en los labios mustios y desmañanados; encorvadas sombras de miedo y desesperanzas... sombras...

—La mera, mano, que a esta hora ni ganas de hablar dan.

—Es cierto, pero esto no va a durar mucho tiempo, tenemos confianza en ustedes, nomás con que no se nos rajen a la mera buena.

—Tú sabes que no mano, mientras la gente responda, ¡qué jijos!, ya estamos cansados de tanta injusticia y de tanta ingratitud, de que nos muéramos de sueño y de hambre, de que todo nos pase y ellos como si nada; ya estamos cansados de estar dejando nuestras vidas y pedazos de nuestro cuerpo nada más pa' que ellos sigan engordando, *¿i está el Tuerto*, o el Felipe sin sus tres dedos o tú sin tu brazo izquierdo. Palabra que si nos unimos todos, nos hacen los mandados.

—Claro ñero, pero aquí entre cuates, ¿cómo va eso?

—Pos hay va caminando...

—Es que hay muchas maneras de caminar, chueco, derecho.

—Es que esto no debe decirse... pero tú eres de los nuestros, ¡qué caray! ¿O acaso no te friegas tú también desde las cinco de la mañana?

—Pos seguro manís.

Aurelio y el manco caminaban mal abrigados, clavada la vista sobre el chapopote, la pesada ruta de todos los días.

—Los patrones dicen que lo de la raya ni discutirlo, que por hoy no hay chance, que la compañía ha tenido fuertes pérdidas y no está en condiciones de hacernos el “favorcito”.

—¿Y a poco eso se va a quedar así?

—Pos cómo crees mi compa, dialtiro nos crees muy p...

—No es eso... pero es que... bueno, ¿y de lo otro?

—Pos lo de la entrada a las cinco de la mañana también nos lo tienen que arreglar, por la buena, o por la mala.

—Pero a la mera, a la mejor y hasta nos corren.

—Para eso están la leyes, ¿o qué no?, ya verás qué bueno se va a poner, tenemos algunos documentos y datos con que les podemos discutir y ganar la movida ésta.

—¿Documentos?, ¿como cuáles?

—Pos mira, no le vayas a decir a nadie que yo te dije, pero...

*“... la vida no vale nada,
comienza siempre llorando
y así llorando se acaba”.*

La sinfonola de la taquería de Matilde parecía ignorar alegremente la tragedia que en estos momentos se vivía en la casa de Aurelio, aquel que en un tiempo fuera el alma del barrio, fundador del equipo de futbol y del “son” que tanto enorgullecía a los vecinos del lugar.

—Tan alegre que'ra, aunque 'ora pos ya ni se juntaba con los cuates, desde, que entró a la fundición se volvió rete apretado.

—Pos pa'mí, que como entraba tan temprano a la chamba ya no tenía ganas de nada, hasta la vieja se le juyó con el méndigo tamarindo del 16 ...

—Esa canija de por sí era una fichita, yo se lo alvertí al Aurelio de que ya ni quinto era, todos supieron de la resbalada que se dio con el carita de la botica el mismo día de sus quince años, y todavía así se dejó que le hiciera guaje la vieja.

—Y 'ora que andaba re metido en esa cosa de la política, pos la mera verdá que uno no es para esos trotes; que si horario mixto, que si la ley federal del trabajo, qué va a saber un cabresto de nosotros de esas tarugadas.

—Pos de a devis ñis, ya ves lo que se sacó, aí'ta bien difuntito, quesque los agarraron los azules tronándose las en el sindicato, cuando Aurelio no se quemaba ni un faritos.

—Pos por á'i dicen que jue una denuncia, que querían hacer una revolución, que eran creo que comunistas o algo así, y que el que cantó fue un mentado manco...

Lánguidas, tristes las campanadas de la torre del Templo de San Bernabé se desvanecían perezosamente anunciando las cuatro de la mañana. Los pasos cadenciosos del manco resonaban en el pavimento frío y solitario, en el que ni una sombra que no fuera la suya se proyectaba aún, con los resplandores de los focos escuetos y amarillentos que en distancia considerable existían en el barrio.

¡Las cuatro de la mañana! De cuántas cosas nos podía hablar esta soledad, de cuántas las sombras que acechaban en cada esquina al paso del manco; cuántas historias de terror, de angustia, de agonía cotidiana, historias de desolación, historias de barrio bajo, sombras de madrugada que se enredan en el nudo de la garganta, sombras de rutina, las mismas que en cada amanecer sabían del sueño, y del cansancio, de las otras sombras que con pasos quejumbrosos como los de él, se dirigían a la labor diaria sin protesta alguna en los labios mustios y desmañados, encorvadas sombras de miedo y desesperanza... sombras...



CLAP

—CLAP, CLAP, clap.

Pero este no era un sonido como aquel que nos cuenta magistralmente Leopoldo Borrás desde su rebumbio de fantasmas y alucinaciones, aquel clap de manos que palmeaban sin descanso con la intención de lograr una tortilla del tamaño del cielo. Cosas que Polo vio, comió en la Chiapas paleolítica y que después lo relató con lenguaje popoluhjeano si se me puede permitir tan estrafalaria composición fonética.

—Clap, clap, clap.

No, no era ese sonido que nos describe Polo. Usted puede decir impunemente la palabra clap y colocarle delante o atrás o arriba o abajo una serie interminable de ideas, de actitudes y aptitudes hacia el futuro o hacia el pasado. El sonido ahí está, clap, y todo lo demás dependerá de lo que usted haya experimentado, lo que usted haya amasado con saliva, con llanto o con orines, según el caso. Monosílabo retumbador, golpeador, musical, un pájaro que cae inerme sobre el pavimento o un auto que se estrella contra un poste, claro, hecho descrito en esta forma con la más austera economía emocional.

Se puede pensar, con el mayor porcentaje de acierto, que cuando se dice simplemente ¡clap! palpita en el centro de la onomatopeya un universo de inagotable movimiento ordenado y vertiginoso que no habrá de detenerse aunque el que lo dijo cese de pensar, de respirar, de beber agua... o ron... aunque... probablemente si cambiaran los sistemas de los que estamos hechos llegarían a cambiar ciertos conceptos, ciertos significados de la expresión clap, no obstante de que la palabrita seguiría estando ahí, de por vida, siempre que una

nueva boca la inventara, posibilidad que no parece ser tan difícil.

—Clap, clap, clap.

Pero estos no eran los sonidos a los que se refería Polo. Clap, clap, estos eran unos tamborcitos. Son dos desnutridas ruedas de cuero, pequeñas, estiradas sobre bases huecas, de madera a las que se clava con unos prendedores dorados, bongó le llaman al instrumento los conocedores de esta gama de sonidos tropicales. Tal vez en las costas del país esa sonoridad sea robusta, tal vez rítmica, danzonería, tal vez, pero sobre las aceras de las calles de Allende suena ridícula y menesterosa, con todo lo seco y deshabitado de una niña que tamborilea sin ganas, hundida en sus pellejos tempranos.

—Clap, clap, clap.

108 Junto a los muros del templo de San Lorenzo el clap clap, a la izquierda, sentada sobre el piso, una mujer flaca hasta el aire y sucia en su cara y en sus ropas deshilachadas; parte de la chiche derecha clavada débilmente en la boca hambrienta de un niño de brazos, un niño hecho de piedra oscura como las paredes del templo, un niño que nació así, de piedra, desde hace quién sabe cuántos siglos, sucios como la chiche de la que parece mamar. A la derecha el clap monótono, desamparado en medio del ruido incesante de los automóviles que atiborran la calle con sus estridencias. La niña que golpea sin ganas con las manos percutidas, los cueros que responden con menos ganas y una pequeña vasija de peltre puesta en el piso con unas cuantas monedas; treinta centavos, tal vez. Al fondo las paredes duras del templo.

El niño que está untado a la chiche flácida no mueve uno solo de sus músculos, duro tiende la mirada sin luz como si quisiera hurgar entre las nubes. La mujer se ampara bajo las enormes alas que le inventa una de las torres de la iglesia y agacha la cabeza hacia el pedazo de piedra que sostiene entre sus brazos. La niña del bongó en ratos acelera el ritmo de sus golpes para después volver a su asfixiante monotonía. Siente hambre. Todo se mueve alrededor.

La mujer empezó a sentir los primeros dolores de parto como a eso de las doce del día; sintió un agua pegajosa que le descendía por las entrepiernas y esos piquetes agudos, golpes por dentro, jalones despiadados que le llegaban y le sacudían cada quince minutos primero, después con mayor insistencia, hasta que decidió abandonar los puñitos de cacahuete que vendía en las escalinatas del cerrito y buscar un lugar adecuado en donde mal parir.

Subió con gran esfuerzo por las escalinatas y a cada paso de su ascender penoso sentía como si fuera a dejar sobre las piedras un montón de tripas adoloridas; cada paso era como una puñalada arterial en el vientre, como una mano feroz que le agarraba por el cuello y le cortaba la respiración. Subir, subir, había que subir por las escaleras que llevaban a una parte del cielo gris, y la mujer subió.

Llegó a las puertas del panteón que se encuentra empotrado en la punta del cerro cuando ya tenía casi medio muchacho de fuera. Buscó con desesperación un lugar adecuado para botarse a parir. Caminó angustiada entre las tumbas con el rictus de la dolorosa mujer agarrada de improviso por la violencia de la naturaleza, cogida por sorpresa, sin más defensa que su fuerza débil, incapaz de detener todo aquel movimiento de tejidos, todo aquel desmoronamiento de su cuerpo.

Un rincón era lo que necesitaba, un rincón apartado, lejos de la vista indiscreta de la gente; un rincón en donde vomitar ese dolor que le sacudía el interior de su composición orgánica, que le rebotaba por dentro... y por fuera... porque en realidad el chavo ya estaba más afuera que adentro, respirando la media luz de ese pedazo de cielo gris.

Saltó con dificultad sobre las tumbas. Un rincón apartado era todo lo que necesitaba, un rincón para que acabara de salir el producto.

Llegó hasta una pequeña barda que imponía límite al cementerio. Del otro lado el cerro cortado a tajo, más allá, la inmensa, la bullente ciudad, como un extenso hormiguero cubierto por una semiesfera gris formada por los humos de las chimeneas, de los aviones

ruidosos, por los gases que se desprenden de cientos de factorías y por el polvo agobiante que se levanta de la planicie en donde antes hubo una laguna, pero que ahora sólo sirve para levantar remolinos que se pasean tranquilamente por las calles y las avenidas llevándose por los aires a niños y viejitas que no vuelven a ver a sus familiares.

Más allá de la esfera un volcán del que apenas se distinguen unos hilillos azules, arriba, que dividen, separan los filos terrestres del cielo. Acá, en las piernas y en el vientre ese dolor sobrehumano que reseca la boca y afloja los brazos y las piernas y sacude todo el cuerpo con estremecimientos y palpitaciones. Más lejos aún, hay otros dos volcanes cuyas alturas están cubiertas por la nieve. Los que poblaron este valle, debieron gozar un paisaje hermoso, verde, azul, blanco, cristalino, dorado. Pero ahora sólo esa inmensa bola que impide ver la nieve de los volcanes. Solamente esa inmensa bola gris y el tremendo dolor en el vientre, superior a todo.

110 Se dejó caer junto a la barda cuando ya sentía que el dolor estaba a punto de desmayarla; una fuente de sangre empezó a humedecer algunas tumbas. Los antiguos moradores de este valle colocaban a sus víctimas sobre una piedra exprofesa para los sacrificios; ahí, con una punta de pedernal les abrían el pecho que se dejaba desflorar con una reventazón sanguínea que empapaba las manos y las vestimentas litúrgicas de los sacerdotes. Del interior de la carne abierta, sacaban aquel pedazo de carne espasmódica, para ofrecerla palpitante aún a los insaciables dioses de la guerra. La sangre había formado ya una laguna.

La mujer se mordió los labios con la poca fuerza que aún poseía y empezó a expulsar, a expulsar aquella hinchazón dolorosa que buscaba la luz llena de sangre, el aire cerrado, sin oxígeno, de las doce del día con veinte minutos en la azotea de la ciudad.

Arriba, el cielo gris, abajo el suelo gris, en medio un dolor gris y rojo y la mujer revolcándose en su dolor, nadando angustiosamente entre su propia sangre viscosa y pálida, rebotando entre las lápidas; “Aquí yace...” comiéndose el aire con enormes mordidas vacías, huérfanas y rencorosas.

—Clap, clap, clap...

La mujer retorciéndose en la laguna con el producto de fuera.

—Clap, clap, clap...

Entre las piernas de enorme enrojecido, herido en el ensanchamiento más atroz, hasta donde los cuerpos pueden dar de sí, porque más significaría la muerte entre las tumbas mismas. Y las márgenes elásticas todavía se contraen, palpitan como un animal herido, exhausto, que lo dio todo y ahora sólo le quedan esas ligeras contracciones que hacen chocar ligeramente una orilla con la otra. Clap clap.

Se dice simplemente clap y se retrata el movimiento; pero a veces no es necesario decirlo en voz alta para que nuestras ideas bullan como una catarata de sangre desprendida de todas las placentas de la tierra. Se piensa en el sonido de un bongó y se dice simplemente clap para que el eco quede retumbando en el vientre abultado de las ideas. Un clap sin una idea que lo respalde no pasará de ser un clap absurdo... y no venimos al mundo para eso...

La cosa es afinar un complejo sensorial definido y meternos de cabeza en nuestro clap. Sería altamente sospechoso que usted anduviera por esas calles que un día fueron una enorme laguna repitiendo clap y clap sin ton ni son, pariendo un sonido sin huesos, sin esqueleto, sin sexo.

El clap se puede tomar como un signo convencional, generalizador, y así es en realidad, por eso cuando se externa el fonema se puede pensar en el pedazo de carne chorreante, palpitante y tibio, cayendo de las manos del antiguo sacerdote hasta las escalinatas, y en toda una serie de sensaciones que rodean y enriquecen el dramatismo mágico de tal escena. Probablemente el primer objeto que envió el hombre a la luna, en su contacto con la extraña superficie haya producido un clap polvoriento, tal vez. Aunque el colmo de la abstracción sería aseverar que en un clap, se pudiera resumir el concepto de vida.

La niña nació en el cementerio de Tlan un día de sol opaco. La primera actividad que desarrolló minutos después de su

nacimiento fue la de escarbar en el lodo para alimentarse, de ahí le quedó esa marcada preferencia por los sapos y las lombrices de tierra, alimento tan planetario como su propio polvo. Descendió a los infiernos del hambre y se atiborró de sapos y lombrices.

Creció vendiendo chicles y periódicos (cuando vendió periódicos asistió a festivales que organizaban los señores en honor a ella y sus compañeros, en donde les decían de la gran importancia que tenían sus actividades para el desarrollo de la patria).

La niña nunca se quejó si tenía frío, ni se quejó si tenía hambre, porque nunca tuvo con quien quejarse, a quién decirle aquí me duele o aquí me gusta. Ella sólo se descolgaba de los camiones, subía y bajaba con su cajita de pastillas o con sus pliegos de papel impreso. Si lloviznaba cubría los pliegos con un plástico viejo y marcaba sobre el piso su diminuto clap clap hasta que la noche le ganaba la carrera.

Siguió creciendo hasta que una vez la detuvo en el camino un borracho al que el decían “El Sobera”, famoso por su agresividad y su mirada rara. Fue entonces cuando ella sintió la impotencia de su soledad.

La mujer tuvo una hija en el panteón del cerrito. Se había vuelto vegetariana, no alimentó más su embarazo con sapos ni con lombrices de tierra, para ese entonces llenaba el hueco de su estómago con cáscaras frescas de plátano y de mango que encontraba tiradas en las aceras, removía los botes de basura y nunca le faltó una buena pulpa qué mordisquear, así fue como le empezó a crecer el estómago, lentamente.

La mujer parió dos veces; la segunda vez fue de un cargador que trabajaba en la estación del ferrocarril. La agarró sobre unos pedazos de cartón, en los que se acostaba un puñado de hombres, en plena vía pública. Los hombres se cubrían con papel periódico. Sintió miedo como la primera vez, pero también un poco de gusto por su abandono; sabía que de cualquier forma no iba a ser posible evitar aquel peso pestilente a alcohol y a sudor, entonces cerró los ojos y se dejó llevar por encima de la noche hasta que unos agentes

de la policía los testerearon con la punta del pie.

Vendía puñitos de cacahuates en las escalinatas del cerrito cuando sintió los desgarres que le producía en el interior el desprendimiento de su primer hijo. El segundo fue rescatado cuando se deslizaba en un canasto sobre las aguas del canal del desagüe. Costó trabajo llevarlo a la orilla porque como era de piedra su peso dificultaba las maniobras.

El segundo hijo no se movía, prendido a la chiche sucia de la madre, la primera insistía monótona, clap, clap, clap... con su par de tamborcitos unidos por un tubo de madera; el recipiente de peltre con sus treinta monedas de centavo y atrás las paredes duras del templo de San Lorenzo.

Clap. La niña del bongó es dueña de una cara triste, llena de unas manchas blancas que le llegan hasta el cuero cabelludo y que se pueden apreciar bien por lo escaso y delgado de su pelo lacio. Clap. Tiene el bongó entre las piernas flacuchas cubiertas por un roto y sucio pantalón de mezclilla confeccionado hace un millón de años. Clap. Golpea desgano sobre los dos cueros que emiten un sonido reseco, sin gracia. Clap. Él tampoco sabe decir si tiene frío o si tiene hambre, aquí me duele o aquí me gusta; sólo golpea el bongó, clap, clap, clap.

113

En el recipiente de peltre no ha aumentado el número de monedas. Todo sigue igual como al principio. Clap, clap, todo igual con excepción de las alas de la mujer que se han ido perdiendo con el movimiento solar. La mujer casi ya no tiene alas. La mujer no tiene alas. El niño de brazos no tiene ninguna parte de su cuerpo. Es de piedra. La gente pasa sin detenerse y la niña del bongó clap, clap, clap...

En la calle los coches no dejan de pasar, son un río interminable de claps que no se cansa nunca. La mujer también es de piedra, la única que se mueve lentamente es la niña que aporrea con desgano las dos ruedas de cuero.

Y sigo irremediabilmente en este clap que pasea por la esquina, desconsoladamente, absurda, tontamente, en el vértice del

aburrimiento; la boca seca y las manos hinchadas, calientes de tanto golpear para que se llene el recipiente que nunca se llena.

Y pienso amargo, y el golpe del bongó suena más fuerte, el vacío, y las ruedas del cuero se quejan como si se fueran a romper. Y entonces el calor de los dedos obliga a aminorar la fuerza del golpe, a hacerlo más lento, más opaco, más sin vida.

Porque esta esquina, porque este clap monótono, porque este humo de coches, porque este mareo lleno de ruidos, porque esto es la vida, por eso, sólo por eso, estos tamborcitos se sostienen heroicos con su cuero seco y su interior vacío.

—Clap, clap, clap.

Y sigo en el clap, clap de todas las aseveraciones. Clap.

Y siento los dedos gruesos, con ellos se le saca este decir, este sonido árido al bongó, pero el clap clap no continuará; hasta aquí, ya, porque entre las piernas, clap, a la altura de las rodillas, clap, arden dos ampollas del tamaño del cielo.





LAS TENTACIONES DEL TRUEQUE

—DÍAS GRISES, tristes, húmedos que vendaaann.

Ella sacudió el hombro de su marido.

—Allí está de nuevo el viejo del carrito —le dijo, y esperó una respuesta que nunca fue emitida.

En el patio de la vecindad el grito se repitió varias veces y de algunas puertas empezaron a salir mujeres y ancianos con sus cargamentos de días tristes para cambiarlos por unas cuantas monedas o por unos pedacitos de melcocha dura que eran desprendidos por el viejo, con un cincel y un martillito, de una caja de lámina que traía colgada sobre el pecho.

En unas ocasiones por la mañana, otras por la tarde se asomaba el viejo a la vieja vecindad de las calles de Allende con su viejo y gastado grito y entonces se desataba la algarabía de los chiquillos que le rodeaban ansiosos para no desaprovechar las astillas de aquella melcocha que partía con su cincel el gritón. En el carrito de madera iba acomodando el cargamento que le cambiaban las mujeres desaliñadas, revuelto con piojos y chinches que abandonaban los rincones de los cuartos para emprender un viaje misterioso.

Había veces que los interesados eran tantos que entonces se formaban unas colas que llegaban hasta la noche anterior y eran frecuentes las disputas debido a que las mujeres en sus ansias de ser atendidas, no respetaban el lugar de las que habían llegado primero. Los ancianos siempre se quedaban al último, pues la polilla les había carcomido las coyunturas de las piernas.

Dos veces por semana era esperado el viejo atrás de las sábanas tendidas en el patio, que le servían de telones parchados, meciéndose desde lazos raquícos.

—Días grises, tristes, húmedos que vendaaaann.

Ella insistió:

—Allí está de nuevo el viejo del carrito —pero él nomás le contestó con un gruñido y se acomodó sobre el costado izquierdo de su cuerpo dando la espalda a su mujer. Ella hizo un gesto de aburrimiento y sin la seguridad de que él la estuviera oyendo empezó a hablar con un tropel de palabras como perros que se aparejan a las ruedas de los coches y empiezan a ladrar en forma inútil hasta que el desaforo tonto les cansa y poco a poco van desistiendo en su empeño.

—Prefieres mejor seguirte a'i echadote—; por lo menos algo que idearas pa' poder comer mañana; ya pasado mañana veríamos qué otra cosa podíamos hacer; por no, a'i nomás botado sobre el catre y ni siquiera quieres que le vendamos al viejo del carrito unos cuantos días que no nos sirven pa' nada, más que para estar-nos rascando las pulgas; pero eso sí, aquí está tu burra, que nomás de puro lavar ropa de otros ya se quedó sin pulmones; y el hombre de la casa, ese qué, ese nomás atragantándose de alcohol, atrás de todas las pirujas de la vecindad; aquí echadote rascándose los tanates, mientras los piojos se lo comen vivo; ni siquiera le importa lo que la taruga ésta le dice, mientras, el viejo del carrito dándole melcocha y dinero a los demás; pero el señor, que es muy macho, no, pos cómo va a salir a hacer cola, que lo vean como limosnero vendiendo unos cuantos de sus días que al fin y al cabo ni siquiera le sirven pa' nada.

El hombre volvió la cabeza hacia la mujer. Se le quedó viendo con ojos medio abiertos y sobre la cara de ella vomitó el vaho de un rugido más fuerte que el anterior, para voltearse nuevamente sobre el costado en el que había estado apoyando su cuerpo voluminoso.

—Si bien que me lo decían —continuó la mujer con una voz quebradiza, cercana al llanto, que él ya le conocía y que intentaba siempre que trataba de ponerse dramática-, te vas a juntar con ese bueno pa' n'nda y lo único que va a pasar es que tú vas a terminar manteniéndolo. Bien que me lo decían, pero quién sabe dónde

tenía yo la choya que no les hice aprecio. Y ‘ora que está el viejo gritando en nuestras meras narices, el señor no es quién pa’ venderle al viejo unos cuantos días inútiles que de nada nos sirven, y siquiera poder empacar un taco de frijoles, aunque juera.

El hombre siguió roncando mientras el viejo repetía en el patio de la vecindad:

—Días grises, tristes, húmedos que vendaaaann.

Por las noches, antes de acostarse, los chamacos espían horas enteras hacia arriba, con la intención de ver al viejo de la melcocha caminar sobre el disco pálido que se movía entre las nubes, porque sus madres les aseguraban que el viejo venía de allá, y que lo que traía en la cajita de metal no eran más que pedacitos de luna cortados con el cincel que cargaba en la bolsa derecha. Los chamacos forzaban la vista, pero con el tiempo fueron creciendo y nunca pudieron ver al viejo saltando sobre el espejo redondo que se menea allá arriba.

Las madres y los ancianos no forzaban la vista para clavarla en la luna, ellos sólo se dedicaban a hacer un recuento de días inservibles, de días de soledad, de angustia, de lluvia colada por los techos mal parchados, para canjearlos cuando le tocaba llegar al viejo. Esa era una de las formas con las que el vecindario todo se ayudaba a subsistir, a salir de sus compromisos inmediatos que llegaban disfrazados con la máscara del casero, del vendedor de ropa en abonos, del tendero, del policía, del inspector de gobierno que llegaba a averiguar por qué los muertos que de vez en vez eran paridos en la vecindad se les colocaba en los registros de las cañerías en lugar de que se le diera cristiana sepultura como manda la ley.

Pasaron los días. El viejo se volvió a presentar en la vecindad con su viejo grito:

—Días grises, tristes, húmedos que vendaaaann.

La mujer le dijo al hombre:

—A ver si ‘ora sí por fin te decides y te dejas ya de estarle haciendo al tarugo; a’i ‘ta otra vez el viejo del carrito y nosotros tenemos un montón de días inútiles que nomás estorbo nos hacen,

mientras que las tripas nos siguen rechinando de puritas hambrunas.

El hombre volteó a verla con una mirada inexpresiva y como única contestación sólo le lanzó un eructo alcohólico a la cara.

—Siempre lo mismo— dijo ella desesperada, con la voccecita que ya se le empezaba a quebrar dentro de la garganta-, siempre lo mismo, tener que estar lidiando contigo que nunca te has preocupado por nada aunque estés vicenteando que nos está cargando más y más la puritita fregada; contigo ya no hay salida, ya no hay remedio, si bien que me lo decían cuando me iba a juntar contigo, pero a'i ta la brutota entrándole a los mandarriazos, nomás a lo tarugo, si bien que dice el dicho que el que nace pa' tamal del cielo le caen las hojas.

El hombre volvió a mirarla con desgano.

—Sí, a ti te estoy hablando —dijo ella tornando nuevamente a un tono agresivo-, a ti mero, aunque te sigas haciendo el disimulado.

120

Afuera el viejo gritaba:

—Días grises, tristes, húmedos que vendaaaann.

Mujeres, ancianos y niños empezaron a salir de las puertas de las diferentes viviendas para rodear el carrito y la caja de metal llena de una melcocha que estaba hecha piedra. Por todos lados se escuchaban las ofertas de las mujeres angustiadas de que no alcanzaran a ser atendidas.

Cuando los días no eran canjeados por melcocha y el viejo en cambio les daba unas cuantas monedas, las mujeres las guardaban en un depósito de barro con forma de cerdo, con una ranura en la parte superior. Una vez que la barriga estaba rebosante y por la ranura no cabía ni una moneda más, la figura era lanzada sobre el suelo y de todo el dinero recolectado la mitad era apartado para comprarle veladoras a la virgen, mismas que eran depositadas en el altar de la basílica después de una larga caminata acompañada de flores, músicos y estandartes. De la otra mitad se hacían varias subdivisiones en las que quedaban incluidas las mensualidades de

la televisión, las botellas de licor de los maridos, las partidas para las comadronas que desembarazaban a las hijas y las tortillas y la sal que se comía diariamente.

El viejo sabía de todas estas necesidades y sin embargo cada vez quería pagar menos por el titipuchal de días que le salían a vender en aquellas largas colas que se formaban dos veces por semana en el patio lleno de tendederos de la vecindad.

Alegaba a su favor que muchos de los días que se le vendían estaban ya mordisqueados por dientes amargos y que en esa forma bajaba mucho el precio de la mercancía, además la vida estaba cada día más cara y no era cosa de andar por ahí haciendo favores y despilfarrando en unos cuantos un dinero que era para todos, siempre y cuando estuviera bien repartido, y que de eso se encargaba él.

Las mujeres protestaban airadamente y demostraban gran enojo, pero al cabo de unos cuantos días, cuando el viejo se volvía a presentar empujando su carrito, todas se formaban nuevamente en aquellas inmensas colas que al dar vuelta a la manzana provocaban congestionamientos en el tráfico. El viejo sabía a su clientela asegurada y no daba muestras de mejorar el precio por los días que compraba, aunque estuvieran recién lavaditos por las lluvias o por las lágrimas de muchas de aquellas mujeres escandalosas.

—Días grises, tristes, húmedos que vendaaaannn.

—Ya vino de nuevo el viejo del carrito —dijo la mujer al hombre que seguía estando botado sobre el catre—, a ver si ‘ora sí me haces caso y le vendemos de una vez un montón de días que nomás nos están estorbando.

El hombre, como era su costumbre, no respondió, y entonces la mujer en el colmo de la desesperación se empezó a arrancar el cuero cabelludo.

—Ya no puedo más, te lo digo de una buena vez pa’ que lo sepas, ya no aguanto más, y si tú no le quieres vender al viejo parte de los días, los míos son muy míos y tengo todo el derecho del mundo pa’ realizarlos a l’ora en que se me dé mi regalada gana.

El hombre seguía echado sobre su costado izquierdo con la menor intención de responder a la mujer que ascendía en su agitación.

—Ya son varias las semanas en que no probamos ni siquiera un arrugado taco con sal, que hasta me están dando ganas de empezar a darle de mordidas a la televisión, y tú como si nada, nomás a chupe y chupe, abotogándote de alcohol sin la menor consideración pa' esta bestia que nomás se la pasa con las manos hinchadotas de puro lave y lave ropa de quién sabe cuántos changos. Pero eso sí, de una vez te lo digo, 'ora mismo me largo a hacer cola con las demás viejas aunque te pese.

El hombre abrió un ojo, escupió por uno de los colmillos y puso otra vez la cabeza sobre el catre. Ya no pudo dormir.

—Te lo he pedido hasta el cansancio cada vez que asoma el vejete, pero como si le estuviera hablando a la pared; te lo advertí que cualquier día de estos me iba a formar en la cola, pero no me has querido tomar en serio nomás porque no te importa, porque nunca te he importado, porque al fin de cuentas te importa poco lo que diga o haga o deje de hacer.

El hombre salió de su mutismo.

—No seas loca mujer, no sabes lo que estás diciendo.

—Bien que lo sé —respondió ella desesperada—, bien que lo sé y te lo he venido repitiendo desde hace mucho.

—Qué no te das cuenta mujer —interrumpió él—, que en realidad tú ya tienes pocos días que canjear, ¿no tú misma has dicho que por la friega de la lavada ya ni pulmones tienes? Debes tener unos pulmones así de chiquitos, entonces de qué te la giras.

—Días, grises, tristes, húmedos que vendaaaann. Seguía gritando el viejo afuera.

—Y tú pa' qué quieres tantos días inútiles —repuso la mujer—.

—Esos días nos pueden servir pa' encontrarnos —contestó él—, y entonces tal vez nos cambien las cosas.

—Anda mucho pa'l carajo —dijo la mujer molesta—, lo que quieres es que te pase lo mismo que a tu compadre.

—Mi compadre se dio mucho tiempo.

—El mismo que tú te das.

—No, mujer, yo bebo, no nomás estoy echadote como tú dices, y a lo mejor un día de estos en el mero sueño me llegue a encontrar.

—Y si no, será lo mismo que con tu compadre que se empezó a buscar desde chamaco pa' encontrarse y a ver si así le cambiaban las cosas, y se pasó los meses y los años buscándose por todos los laredos y nada, y cuando al fin, según él se había encontrado, se asomó a verse en el espejo y tantos años habían pasado que su cara ya era otra y no la que él se conocía, y ya no se pudo reconocer más; ya pa' entonces había perdido a su mujer y a sus hijos.

—Estás loca mujer.

—Loco tú y tu santo.

—Ya no digas tonterías, mujer.

La mujer salió corriendo con su cargamento de días angustiados y se unió a la cola que ya se empezaba a formar en el patio entre el escándalo de los niños y el paso difícil de los ancianos.

123

Afuera se oía la voz del viejo:

—Días grises, tristes, húmedos que vendaaaannn. El hombre se acostó indiferente sobre el catre. Sabía que a su mujer ya no le quedaban pulmones, más que unos así de chiquitos, y que después de venderle sus días de quejas y lamentos al viejo, lo más probable era que ya no volviera. La esperó toda la noche pero la mujer ya no volvió; pensó en la posibilidad de que cualquier mano generosa, humanitaria, hubiera depositado sus restos tiernamente en alguno de los registros de la cañería y ya no se preocupó más, hasta que le despertó una nueva preocupación, la botella, ahora con qué compraría la botella, ahora cómo continuaría dentro de la intención aquella de llegarse a encontrar algún día. Y entonces comprendió que más tarde o más temprano iba a caer también en las garras del viejo.

El viejo del carrito seguía llegando dos veces por semana a la vecindad para comerciar con las mujeres que fatigadas empezaban

a morirse lentamente y nuevos clientes eran los que seguían manteniendo sus transacciones comerciales. Mujeres que antes se mostraban llenas de salud dejaban de existir mientras el mismo viejo, incansable, asistía con su viejo grito y su viejo carrito, más lento que antes, pero sobreviviendo dentro de aquella mortandad de hombres, mujeres y ancianos.

—Días grises, tristes, húmedos que vendaaaannn.

Alguien comentó que al mismo viejo ya no le quedaban muchos días de vida, que había trascendido que estaba infestado de una enfermedad muy peligrosa, que tenía lepra por adentro. La voz se fue corriendo en un principio, pero después ya nadie le prestó atención al asunto y lo siguieron esperando dos veces por semana para venderle sus días de soledad y de rencores.

El hombre hizo su tambache de días y se puso a esperar la llegada del viejo; era la única forma de obtener los medios para ingerir su alcohol habitual, además —pensó—, la mujer al fin de cuentas tenía razón, unos cuantos días inútiles no significaban absolutamente nada, sobre todo si eran bien invertidos y le propiciaban nuevas oportunidades de seguir buscándose a sí mismo.

124

—Este viejo nos va a enterrar a todos —pensó el hombre—, somos ya tan pocos los que quedamos desde cuando él comenzó con su canijo comercio.

En realidad, el viejo de carita enjutada, con la que remataba un endeble acordeón que traía por cuello y que le partía de una joroba que le curvaba la espalda, moría más lentamente que los demás, y es que se alimentaba de los días de los demás. Vivía penosamente de las horas que le vendían los que habitaban aquella vecindad y los que morían en todas las vecindades del barrio. Pero era un viejo amargo, doblado por el peso de todas las sales de las vecindades, “y no puede ser de otra manera —pensaban los nuevos clientes—, como lo que compra son días tristes”.

Pero el viejo se empezaba a ver más cansado que de costumbre, el peso de tantos días tristes le iba resquebrajando el cuerpo lentamente. El viejo sabía que su comercio no podía hacerse con

otro tipo de días, porque en el barrio aquel no se conocían de otros, y entonces se dedicó a vivir una lenta vida agria, una vida dificultada por constantes suspiros que no le dejaban respirar normalmente y a los que él llamaba hipo. El viejo sabía que vivía, que aún vivía, pero también que ya su enfermedad de adentro le estaba carcomiendo los interiores del cuerpo.

—Días grises, tristes, húmedos que vendaaaannn.

El hombre, ya agotadas las botellas que le servían para el sueño, salió en busca del viejo del carrito, con un nuevo cargamento de días maltratados, pero sólo llegó hasta la puerta de su vivienda. Desde sus ojos nublados alcanzó a ver cómo el viejo se alejaba sobre su maltratado piso de losas quebradas.



EL GÜERO CONTRERAS

TODO EMPEZÓ con un largo lamento que se tendió sombrío sobre la noche.

El Güero Contreras había extendido sobre el piso unos sacos vacíos, de cemento, para recostar en ellos su montón de huesos ateridos y pasar las horas de la noche. Se había cubierto con una lona polvorienta, podrida, que no le alcanzaba a tapar las puntas de los dedos de los pies y que le picaba y hormigueaba sobre la piel como si esa lona poseyera decenas de alfileritos con vida que le recorrían hacia todos los rumbos de su cuerpo. El piso, no obstante ser de tierra, era duro, como esos pisos encementados en que había dormido en muchas ocasiones y que le amoldaban en forma rígida la carne flaca.

127

Tepetate —pensó—, puro tepetate, y encima los sacos de cemento y encima él, y más encima todo el piojerío, todo el pulguerío, y más encima todavía, la noche, con su montón de ruidos raros que no se oyen durante el día, de ruidos misteriosos que en las sombras tienen sus casas, y es que en el día quién sabe qué hagan los ratones y todos los demás canijos animalitos que salen a hurgar con sus patitas y sus jetitas ligeras y nerviosas nada más se dan cuenta que se empieza a meter el sol.

Pensó, tepetates, y se encogió dulce, tierna, humanamente sobre sobre un costado para entrar de un jalón al barrio de los ronquidos, de los sueños recargados de pulgas y alcohol y otras muchas cosas que se sienten y no se pueden decir, y aunque se pudiera... para qué y para quién; la cosa era entrar al otro barrio, nada más porque sí, para vivir a papel carbón, lo que se había ya vivido en éste, y nada más.

La gran boca oscura como la fregada se llenó de ruidos. La vida que rugía en el interior la hacía estremecerse en sus paredes duras, labradas por bichos, petardos y tiempo. A la mitad del bocado negro había una división con cartones ahoyados, parchados con pedazos de papel de sacos de cemento y cal. Interpuesta entre las fauces y el exterior de una puerta de lámina oxidada con agujeros y bolas por todas partes. Del otro lado de la pared de cartón, otras palpitaciones, otro humor humano, otros ronquidos confundiendo con el traqueteo nocturno.

El Güero Contreras confundió sus ronquidos con los de quien dormía en el sitio contiguo, abrió los ojos sobresaltado creyendo que aún no había entrado a las calles del sueño y que ese ruido que le había despertado provenía desde el pecho mismo que se hinchaba y deshinchaba del otro lado de la pared de cartón. El ronquido cesó y se dio cuenta que era él quien emitía esos rugidos con que se estremecía la antigua cueva, una vez que cerraba los ojos, aunque creyera que seguía despierto.

128

Ya no pudo dormir; todavía no se acostumbraba plenamente a la incomodidad en la que había dormido desde su nacimiento. Muchas veces sucedía que dando vueltas y revueltas sobre el piso le ganaba la luz de otro día y le volvía a amanecer con las pupilas llenas de noche.

Se estiró sobre su lado izquierdo y se encogió nuevamente sobre su lado izquierdo, y empezó a sentir cómo volvían a pasar las horas, con esa lentitud desesperante con que saltaban una valla imaginaria unos lentos borregos negros.

El Güero Contreras estiró el brazo derecho y se puso a rascarse una de las corvas. Oyó un leve quejido del otro lado de la pared de cartón pero no le prestó ninguna importancia, continuó la rascadera y tornó a cambiar de posición. Cuando le estaba ganando nuevamente el sueño volvió a despertar con la idea de que no había sido un leve quejido lo que había escuchado, sino un largo lamento que se tendió sombrío sobre la noche. Sus párpados volvieron a cerrarse lentamente y soñó entonces ronquidos y

quejidos breves jugando y confundiéndose entre sí, girando sobre montículos de sombras, entre bolsas de niebla, en las profundidades de zanjas oscuras; ronquidos y quejidos abrazados, saltando, brincando, viviendo.

A temprana hora oyó que movían la lámina retorcida que hacía las veces de puerta del otro lado de los cartones, se asomó por una rendija y vio salir de la otra mitad de la cueva a un hombre con el cuerpo doblado hacia adelante, cubierto de harapos parecidos a los suyos, unas crenchas le caían sobre los hombros igual que a él y que a todos los que vivían en el resto de las cuevas donde hace tiempo estuvieron las minas de arena de Santa Fe. En la abundante barba, compuesta también por hilos largos y descuidados, centenares de piojillos encafecidos se balanceaban mañaneros como los pájaros pardos que saltan desde muy madrugando entre las ramas de los árboles de pirul que abundan en la zona.

El viejo alcanzó a ver de reojo al Güero Contreras y seguramente ha de haber imaginado —imaginó el Güero—, éste es el nuevo que desde anoche duerme aquí al lado; volvió la cabeza antes de que el Güero se pudiera despegar de la rendija y lo saludó; el Güero Contreras movió la lámina que apenas le tapaba el cuerpo, dio un paso hacia afuera y contestó el saludo y alzó la vista para ver cómo los pájaros pardos abonaban la tierra.

Todo ese día el Güero Contreras lo pasó como pasaba los días normalmente, pensando en grandes elefantes cercados; rodeados por la astucia y el lancetazo certero, por un ritmo posterior que planteaba una sincronizada movilidad en torno de aquella masa herida, llena de sangre. Se pasó el día pensando en grandes elefantes muertos, en esos elefantes de circo con carne suficiente para llenar todos los estómagos en movimiento que se pegan y despegan abajo de la piel que cubre el abdomen. Se la pasó pensando, ahora, en aquellos enormes animales vencidos, capaces de dar carne a todas las bocas necesitadas que salieran de aquel mundo de cuevas oscuras, que habían sido las minas de arena.

Entrada la noche llegó hasta la lámina que semicubría la boca de tierra, la empujó con desgano y caminó lento al interior en donde le esperaban los sacos de cemento y la lona roída; se tumbó sobre ellos y quedó inmóvil durante un rato. El Güero, el pinche Güero Contreras, todo y nada, girando alrededor de él mismo con el zumbido de moscas vertiginosas que se suicidan contra el aire. ¡Aquí está el Güero Contreras!, y aquí están los sacos de cemento, y aquí la lona, y aquí las paredes de tierra, y aquí la puerta de cartón, y aquí las pulgas con hambre, y aquí una tabla rajada que alguna vez fue guitarra y que quién sabe quién dejó tirada en un rincón de la cueva, y aquí un garrote aporreador, una botella vacía y aquí el sueño.

La lona deshilachada volvió a cubrir el cuerpo del Güero, pero esta vez, para prevenirse mejor contra el frío se echó encima todos los olores que se hacían madeja y se golpeaban furiosos contra las paredes que formaban las rocas de Santa Fe.

130

Una vez puesto en paz el cuerpo, el Güero volvió a sentir la cantidad de piquetitos que le paseaban sobre el pellejo corrompido por la mugre, las breves carreritas que culminaban con un aguijonazo cerca del ombligo, en las resbaladillas de la espalda o en los testículos olvidados por mucho tiempo; volvió a palpar con la piel todo aquel mundo pequeño que se amotinaba por las noches, debajo de la lona, que manifestaba necio su vivencia, su presencia ineludible bajando por las patillas, detrás de las orejas, correteando por el cuello y la nuca.

Un golpe de aire trató de derribar la lámina oxidada, pero después de tocar la puerta pasó de largo dejando apenas un ligero olor a polvo en el interior de la boca dura, en las narices ardorosas del Güero, superficie de pulgas y de latidos, mientras la noche volvía a desatar su paquete de ruidos extraterrestres de tan acá.

A la media noche le volvió a despertar aquel gemido que había escuchado la primera vez, del otro lado de la pared de cartón; se volvió a acomodar sobre su costado para ponerse a roncar, pero el desplazamiento no surtió ningún efecto, se colocó boca

arriba y poco a poco se fue arrullando con sus propios ruidos: grrr, grrr, hasta que un lamento más fuerte le despertó nuevamente; pasó un largo rato sin volver a pegar los ojos, escuchando aquella exhalación que se volvía más y más insistente; le entró curiosidad... Cuando algo se rompe por dentro, cuando a un hombre le empiezan a doler las cosas ya no sólo por fuera, sino adentro también, muy adentro, cuando algo se está pudriendo por adentro del cuerpo, duele y arde, y corren por adentro del pellejo como ríos de pus y ya no se puede poner el esqueleto en ninguna forma porque se va a desmoronar al menor movimiento, sale contra el aire sucio, cagado de moscas, el quejido del hombre —pensó—, es cuando el hombre se queja, cuando ya para qué, pero se queja.

El Güero Contreras siempre cargaba en la bolsa trasera del pantalón una botellita de aguardiente; para dormir la sacaba de la bolsa que milagrosamente la había sostenido y la ponía cerca del rollo de papel que le servía de almohada. Alcanzó el pequeño frasco y le dio un trago largo, se secó los labios con el dorso de la mano y volvió a arrugarse en forma de feto sobre el lecho. Le dio mil vueltas a sus borregos negros pero no pudo conciliar el sueño; del otro lado de la pared de cartón las querellas seguían, ahora con intervalos un poco más largos, pero ahí estaban. Fue entonces, cuando después de otro golpe del viento contra la lámina llorona, el Güero Contreras se empezó a sentir muy solo.

Los pájaros pardos que revolotean entre las ramas de los árboles de pirul trajeron la luz que entró de sopetón por las rendijas que cubrían la mediacueva, el Güero sintió la curiosidad por indagar el estado de su vecino pero se contuvo en su asiento hasta que escuchó que aquel abría nuevamente su puerta. El Güero Contreras movió la lámina que le resguardaba y vio la cara peluda del viejo que le sonreía con un amable buenos días; en los ojos no manifestaba ningún signo de dolor, no había tristeza ni rictus de agotamiento fuera de los de siempre.

No volvió a pensar más en lo ocurrido porque su mente estuvo fija durante el día en aquellos enormes elefantes que se

derrumbaban entre chorros de sangre, con la piel gruesa y tosca, rota por todos lados, con las bocas abiertas y los ojos saltones amenazando con comerse al mundo de un bocado mientras sus cercadores pensaban en la comida, en aquellos kilos y kilos de carne destazada con dificultad para ser repartidos entre los que dormían todas las noches en el interior de las cuevas de Santa Fe, que algún día habían sido —según los más viejos del rumbo— solamente unas minas de arena.

132 Un viento frío, punzante, le anunció al Güero Contreras la proximidad de otra noche que empezaba a bajar ya desde las ramas de los árboles de pirul, llegó a su covacha, se acostó a dormir, pero esta vez el gimotear del hombre que dormía del otro lado de la pared de cartón empezó desde temprano; aquellos quejidos ahora eran más lastimeros, penetraban por los oídos, se metían por las venas y volvían a aflorar por entre los tejidos levantando fría y dolorosamente los vellos de los brazos y las piernas, los pelos poblados de piojos de la cabeza, patilla y barba erizadas, todo en tensión, y ese doloroso lamento del otro lado, ese estarse desgajando lentamente, desde la garganta o quién sabe desde dónde. Y el desahogo, y el desahogo como aquel otro hombre que el Güero había visto morir en una vecindad de las calles de Allende, entre un río de toses que se fueron convirtiendo en gargajos pintados con sangre que salían de un túnel ronco.

El hombre de las calles de Allende también se quejaba en sus últimos días, con un dolerse pálido como la cera, con un graznido que se iba apagando y luego nada, tan sólo aquella mirada de perro hambreado que se quería salir del cuerpo para quedarse clavada en la pared de aquel cuartucho revuelto, poblado de trapos con sangre y con pudriciones. El hombre del otro lado se seguía quejando, y quejando se siguió hasta la llegada de los pájaros pardos.

Algo que algunos llaman solidaridad, hizo que el Güero Contreras se decidiera muy de mañana a empujar la lámina con que cubría la mitad de su cueva el hombre de a lado. Se incorporó con cierta lentitud, se rascó ágil la cabellera enmarañada, la cabeza

poblada de comezones, y salió con destino al refugio del viejo. La mano mugrienta del Güero estaba a punto de empujar la semi-puerta del desconocido, pero ésta se abrió de repente y el viejo apareció entonces con su sonrisa amable, con una cara alegre, hasta donde se conoce la alegría en las antiguas minas de Santa Fe, y poniendo su mano sobre un hombro de Contreras le dijo buenos días, y se fue a vivir su ración de día. El Güero sufrió un día de desconcierto, de cavilaciones, con imágenes que se confundían; por un lado sus elefantes heridos, desangrándose, y por el otro los quejidos nocturnos que le hacían parar los vellos sobre la piel. Los elefantes que se derrumban estrepitosamente entre gritos y polvaredas. El lamento, el lamento desgarrador que recorre las viejas paredes de la cueva. Los elefantes. El quejido lastimero, y el miedo francamente declarado ante la fatalidad de pasar otra noche en medio de aquellas paredes oscuras y misteriosas, solas desde quién sabe cuándo.

Se volvió a cubrir con aquella lona roída, pero esta vez su misma respiración alterada le metía susto y no le dejaba dormir. Se colocó una vez más sobre su costado izquierdo y se puso a oír de nueva cuenta aquel lamento que venía de la mediacueva de al lado. Todo empezó con maligna puntualidad. Todo igual, excepto aquel grito que a estas alturas era dolorosísimo. Y otra vez la imagen de aquel hombre que murió entre toses en la vecindad de las calles de Allende, entre trapos de pudriciones y escupitajos rojos. El viejo del otro lado bramaba con todo el organismo, con toda la fuerza que podía salir del pecho, de los pulmones, del centro mismo del estómago, del ano, de las piernas y de las manos temblorosas, de los pelos parados de punta; y toda la noche se llenaba de aquel ulular, y todo el lamento se deshacía en pájaros pardos que buscaban un nido duro en el resto de las cuevas abiertas como bocas de piedra. Alcanzó la pequeña botella que descansaba junto a su cabeza y le dio dos largos sorbos, la tapó con dedos temblorinos y la volvió a botar sobre el mismo sitio de donde la había levantado. El alarido del hombre ahí estaba, penetrándole hasta adentro, hasta donde

solamente ese tipo de alaridos pueden penetrar, mientras el hombre del otro lado se moría a cada pedazo de grito, a cada pedazo de un pedir guturalmente algo a nadie o nada a algo; se moría en un canal de agua negra que sale de adentro del pescuezo y se desparrama espontáneamente sobre las sombras, con un chorro de miedo incontrolable.

El Güero Contreras cambió de posición, recordó que cada mañana, después de esos quejidos desgarradores de una agonía cada vez más cercana, el hombre salía de su mediacueva y lo saludaba con una sonrisa en los labios; y de pronto lo comprendió todo, como un velo que se descorre repentinamente, sin preámbulos, como esos telones de los titiriteros de las calles de Allende, que mal manejados dejaban al descubierto, de sopetón, toda la ridícula tramoya. El Güero lo supo todo así, de lueguito; comprendió entonces que aquel viejo que le saludaba con su sonrisa amable, llegaba todas las noches a morir un poco de su vida a las cuevas de Santa Fe. Cada noche llegaba a morir un algo, a agonizar el pedazo que le correspondía por su día de vida difícil. Por eso —comprendió el Güero—, aquella agonía era tan dolorosa, tan lastimera. Esa noche el viejo estaba muriendo su ración correspondiente, probablemente la única que le quedaba. Esa noche el hombre agonizó más que nunca.

134

El Güero Contreras cerró los ojos esa vez, después de que el hombre del otro lado de la pared de cartón lanzó sobre el aire pesado, cargado de olores fuertes y presagios, su último, su más lastimero grito. Aaaaayyyy. Y el silencio.

Después vino el día y contrariamente a lo que el Güero Contreras esperaba, la puerta del otro lado se abrió lentamente y de la boca de piedra salió el viejo de la barba larga, de piojos columpiados, con los labios sonrientes.

Buenos días —dijo el Güero Contreras, con una cara en la que se dibujaba el terror, y del otro lado, con su barba empiojada, con su sonrisa amable, contestó el viejo—: Buenos días— y se fue al día salpicado por los pájaros pardos de la mañana.

Varias cuadras más allá de las calles de Allende existen unos lugares a los que se les llaman mesones. Aquellos a quienes se les

hizo demasiado tarde, o por el contrario, algunos que amanecieron más temprano de lo conveniente van a parar a los mesones en donde duerme, revuelta, gente que lo perdió todo o que nunca se dio la oportunidad de nada. Es mejor dormir las noches en uno de esos lugares que dormirla en un espacio reducido, limitado por tres paredes y una reja, aunque a la larga viene resultando lo mismo, porque los agentes de todos modos llegan, mueven a la clientela con la suela de sus zapatos, hasta que encuentran al que estaban buscando para sacarle la cartera que se robó en el camión o a la salida de los toros o a la salida del cine y sólo le dejan unas cuantas monedas para que pueda pagar otra noche en aquel dormitorio en donde algunos duermen sobre las sogas que en el día sirven para cargar bultos, o bien sobre algún tabique en donde se recarga la cabeza. Todos se conocen, y cuando llega alguien de nuevo, se le ve con recelo y éste acaba pagando una contribución con lo poco que cargue entre la ropa y el pellejo. Cerca de la entrada, casi siempre, hay un cuadro de la Virgen de Guadalupe, al que se le ofrendan veladoras y ramos de flores comprados con la cooperación de todos. Al pagar la noche se le da al cliente, antes de penetrar a aquel mundo de olores cerrados, de humores pegajosos y yerbas quemadas, un vaso de atole. Los clientes de los mesones trazan una circunferencia con el atole y se acuestan adentro, las cucarachas que asisten a la invitación quedan pataleando entre el líquido derramado y ya no llegan a los cuerpos del sueño. De ahí salió el hombre que después murió en un río de toses en una vecindad de las calles de Allende.

135

De uno de esos mesones había salido también el Güero Contreras que ahora trataba de dormir en medio de los lamentos del hombre del otro lado de la pared de cartón. El Güero se había curado del miedo, ya no tenía miedo, sabía perfectamente cuál iba a ser el desenlace cuando amaneciera, por eso, durante esa otra noche, se echó encima la lona polvorienta, podrida, que no le alcanzaba a tapar la punta de los dedos de los pies y forzó el sueño. Esta vez el Güero Contreras sí logró dormir, cerró suavemente los párpados en medio de aquel lamento largo... largo...



SABADAZO

NO MANÍs, si la onda estaba requeté bien durazna; las manos juntitas, bien amarradas, que hasta a veces creía que me iba a salir sangre porque el cordón lo traía bien metido en la carne y ni modos que decir qué, porque si abría la jetota a'i venía luego el mandarriazo que me hacía ver estrellas por todos lados. Pero uno nació ya pa' recibir la friega y yo sabía que iba a tener que aguantarme hasta el final, porque la mera que la bronquitis esa, apenas estaba empezando; todavía lo que faltaba por venir.

Con las manos bien pegadas una a la otra, bien amarradas, no le dan a uno chance ni siquiera de taparse el hocico o de responder con un puñetazo a la desesperada para desahogar aunque sea un tantito todo el sentimiento que retumba debajo del pellejo, o sea, como dicen por a'i, la neta de la ley de Herodes, y ellos encima de uno, tupiéndole macizo porque no saben hacer otra cosa, más que desquitarse con cualquier pobre tarugo y meterle entre los huesos todo el recanijo odio contra la gente, que vienen arrastrando quién sabe desde cuando; en otros verbos, uno qué culpa tiene de que esos monos hayan sido paridos a la mitad de cualquier burdel, uno que caraja culpa tiene.

Peor tantito si se dan cuenta de que alguien es verbo, o un poquito nada más, porque a ese pobre cuate se le van a cargar las pulgas y va a tener que responder por las culpas de otros, y es que se puede ser verbo, como los licenciados, pero si no hay respaldo o "moni" como con ellos, pos ya de plano se lo cargó todo el meritito carajo.

Y vaya que si son encajosos los muy malditos, como que les da mucho gusto chuparse la sangre de los pobres diablos que llegan a caer en sus mugrosas manos.

Primeramente empezaron con lo de que íbamos a dar un paseíto, una vueltecita, y el pobre infeliz sentadote en el asiento de atrás, con dos desconocidos a los lados, duros y malrazonados, que se molestaban hasta por el resuello, pero a lo mejor porque era un resuello enredado con miedo y con sudor frío resbalándose por todo el cuerpo.

Quién sabe en qué lugar estábamos cuando nos detuvimos por primera vez, y es que luego de un rato largo de irles viendo la carota dura, acabaron por ponerme una venda amarrada con muchas ganas, la neta. Después de cada pregunta venían los mandarriazos; lo que más se siente es cuando le sueltan a uno el rodillazo entre las piernas, como para perjudicarnos la hombría con un mal golpe.

De que son retemandados, lo son, y es que andan de monotoneros, nunca andan solos, por eso por a'í dicen que cuando los llegan a agarrar de a llaneros solitarios y si la ven dialtiro cerca, se ponen a llorar hasta que se hacen agua de puras lágrimas y orines; si nada más hay que pensar en todas las que deberán pa' imaginarse hasta dónde les ha de llegar el miedo.

138

Y el otro rodillazo, y el otro, además de la macaniza; esa es otra bronca, ¿eh?, esa es otra bronca; la enfilan de punta y ¡zaz!, a todo lo que se suma en el estómago, “por su madrecita” y ¡zaz!, otra vez, “por su santa viejita”, y ¡zaz! “carajo compita no sea tan mandado”, y ¡zaz! y ¡zaz! y ¡zaz! y ¡zaz!

Aunque hubiera traído los ojos bien sueltitos ya no los hubiera visto nomás de puro miedo y desesperación y rabia, más esto último que lo demás, porque hasta lo agarran a uno con las manos amarradas, con todas las ventajas para ellos, y todavía dicen burlones: “no tiembles, por qué tiembles, ¿no que muy machito?”

No creo que les haya dado lástima, más bien se han de haber cansado de tanto aporrear el costal de huesos que tenían enfrente. Entonces nos volvimos a subir para seguir con el paseíto y después hubo otra parada, y otra, y quién sabe cuántas más. El último golpe lo sentí como una puñalada en el costado izquierdo, alcancé a pedir agua y me zambutieron un buen buche de alcohol. Ah, que si son mandaditos los canijos.

Palabra que ésa fue una noche de chamucos y de sustos, como cuando hicimos la última parada y me bajaron a empujones; esperaba que volviera a empezar la paliza pero no, que voy sintiendo la boca fría, dura de un pistolón recargado sobre la nuca, si clarito oí el clic, lo que le llaman cortar cartucho y la voz gruesa: “hasta aquí llegaste hijo de tantas” y la tembladera por todo el cuerpo y la voz: “te lo advertimos, así que vete rezando lo que te sepas” y las piernas que se hacen un hilo, y la voz: “a la una, a las dos y a las...” y que se aprietan los ojos abajo de la venda y el vacío del estómago que crece, y al final que nada, que no sucede nada. Otra vez la voz: “vas a tener una nueva oportunidad, tú dices... a la una... a las dos... y a las...” y otra vez nada. Esa sí que fue una noche de chamucos y de sustos, palabra de Diosito lindo.

Yo no sé si temblaba por el miedo, por el frío que a esa hora ya estaba rete durazno, o porque desde una noche antes no me habían dejado pegar los ojos. Ah fregados, se habían turnado toda la noche nomás pa’ molestar y cuando me veían cabeceando y como que me quería doblar sobre la silla, ¡zaz!, el bofetón cargado de ira y otra vez a levantar la cabeza con los ojos ardiendo.

139

Con veinticuatro horas de no pegar los ojos se empieza a sentir que la cabeza anda flotando por los aires, todo da vueltas, todo anda al revés, y encima las preguntas interminables que acaban de marear y los bofetones que despiertan pero al final acaban aturdiendo más.

En momentos sentía que todo lo que carga uno adentro del coco se me iba estirando, estirando como una liga jalada a todo lo que da, y nomás esperaba la reventadera por dentro, pero cuando ya la liga estaba a punto de romperse venía otro bofetón que me volvía a sentar sobre la silla en donde estaban amontonados mis güesos solitarios, sin ganas de moverse.

Con los oclayos bien pelones, con una arenita que me carcomía las cortinas, apenas alcanzaba a distinguir a aquellos encapuchados vestidos de negro, que se movían en mi rededor haciéndome preguntas interminables; los crucifijos que

colgaban sobre sus pechos se balanceaban hasta la locura y todo seguía dando vueltas y vueltas hasta que el nuevo bofetón volvía por un rato a poner todo en su lugar.

Por eso merengues cuando me sacaron a dar el paseíto sentí que el frío me despejaba un poco la choya, pero luego ese mismo frío se me fue metiendo entre los huesos y ya ni lo tupido de los mandarriazos me lo pudo sacar.

Ya no era yo más que un manojito de sacudidas cuando dijeron que nos jalábamos pa' l cerrito y que pa' allá nos vamos jalando, pues, con un frío del carajo, que cuando me acuerdo se me enchina todo el cuero. Pero ah qué malosos estaban esa noche; pa' pronto que me botaron todo el tilicherío pa' dejarme en los puros pellejos y purrún, vas pa' dentro, que nomás sentí como si con un machete me hubieran partido a la mitad del pecho. Dicen que el agua esa es de puro hielo y que así la tienen serenando toda la noche pa' hacer la maldad, y al cuerpo que lo sacan del tinaco pa' que lo bese y lo maltrate el aigre helado, y otra vez va pa' dentro, y otra vez, y otra vez, “ya cálmenla, ñeros”, pero nada que se calman, y “ya cálmenla ñeros” y niguas, a bucear entre los témpanos.

140

Pues nada, que se puede tener un chorro de fiebre y estar sintiendo un frío de la fregada, y luego luego se piensa en la pulmonía pero a esos monos qué les puede importar, si al contrario, vas pa' dentro otra vez y otra vez y todas las veces que ellos quieran y si se salpican con el agua del tinaco les da más coraje y entonces no hay ni pa' cuando acabar.

Allí en el cerrito me tuvieron no sé cuánto tiempo; quien sabe cuántas veces me habrán sumido en aquel tinaco retacado de agua helada, me ardían las narices por el esfuerzo que estaba haciendo pa' jalar aigre con todos los pulmones, a bocota abierta, porque a cada metida al tambo sentía que se me cortaba la respiración; las piernas y los brazos, pues la verdad que ni los sentía, eran como dos hilachos húmedos que ya no me obedecían porque yo mismo ya no me obedecía y me quería morir en ese mismito rato.

Pero no hombre, todavía no, por eso fue que me sacaron en vilo y me volvieron a botar en el asiento trasero y empezamos a regresar. En el camino hablaban y hablaban de mi familia; que mi jefecita qué culpa tenía, pero que ella iba a pagar los vidrios rotos, como las jefas de otros cuates, que primero no querían y después hasta salían embarazadas aunque tuvieran más de sesenta años, “no, si de que les gusta les gusta, la cosa es llegarles porque al principio no quieren”. Que no más que agarren a mi jefe le iban a poner en todo su diez de mayo, que lo único malo era que ya no iba a aguantar el viejo y que estaban seguros que iba a doblar el pico a las primeras de cambio. Que ya sabían en dónde trabajaban mis carnalas y que con esas iba a ser más rico todo, que así hasta ganas daban de estar en esa onda, porque a la hora de la verdá esas pichoncitas moscas muertas se portaban rete cumplidorcitas. Y así se pasaron todo el camino de regreso repite y repite puras malas razones de la familia, como si ellos hubieran nacido del aigre.

El maldito hormigueo me sacó de mis cavilaciones y me di color de que estábamos otra vez en medio del cuarto mugroso, entre paredes oscuras y manchadas, y los encapuchados enfrente con sus crucifijos colgando sobre el pecho, y yo con una tembladera de pellejos que era un gusto, y todo repleto de chamucos.

Era una como varilla negra, con una empuñadura rematada por un botoncito, y toda la cosa es acercar la varilla al lugar en donde quieren hacer la maldad y apretar el botoncito y entonces empieza el calambrierío en una forma gacha, como cientos de dientes mordelones sobre el cuero, como alfilercitos que repiquetean la piel en forma furiosa, un hormigueo doloroso contra el que no se tiene ninguna defensa porque lo mantienen a uno agarrado de los brazos y de las piernas.

Y duro con el instrumentito ese, que ya me tenía los lugares varoniles hechos un par de bolsitas arrugadas y adoloridas nomás de píquele y píquele y apretar el botoncito. Dicen que con la como varilla esa le pican en las costillas a las reses pa' cuando no se quieren mover y están bien echadas en el camino, pero una cosa

son las reses y otra que le pongan a uno el maldito tubo en las partes más delicadas.

“Jefecito, no sean tan mandados”, pero nadie quería oír, porque estaban bien deformados por el coraje y cada vez me apretaban más fuerte para que no me moviera, y otra vez los recanijos toques en la virilidad, como si estuvieran muy interesados en dejarme insertible pa’ toda la vida, y el pobre infeliz grite y grite que yo creo que se oían los alaridos hasta más allá de la bóveda oscura de los ojos.

Ya sentía las verijas calientitas, yo creo que estaban bien hinchadas, porque ya los toques parecían golpes, tan fuertes como los rodillazos que me habían sorrajado en esas mismas partes apenas hacía un par de horas.

Hasta que se cansaron con la como varilla y entonces trajeron unos alambritos con electricidad en las puntas pa’ seguirme perjudicando todavía más porque no estaban satisfechos con todo lo que se habían ensañado sobre mis pellejos adoloridos. Si son rete finos pa’ eso de fregar gente, palabra que son rete finos.

142

Primero me sujetaron bien las manos y luego me introdujeron los alambritos entre la carne y las uñas y ¡zaz! a sudar la gota gorda con aquellos piquetes eléctricos. Igualito que los instrumentos esos que levantan pedazos de pavimento en las calles con un tabletear ruidoso, así me lo imaginaba, igualito a eso, si hasta parecía que en cualquier momento se iban a empezar a levantar las uñas, arrancadas de cuajo de la carne, mis uñas, amarradas con sangre pero desatándose poco a poco con aquellas descargas.

Después estuvieron pensando en qué otra parte me deberían hacer maldades y ¡pácatelas! que me ponen los alambritos en las orejas... y otra vez a empezar todo el fandango. Todo el coco me vibraba cada que le conectaban a los toques, pero claro que no me iban a estar preguntando si estaba a gusto o no.

Volvían a atosigar con las preguntas y después los toques en las orejas; otra vez preguntas y después los toques en las orejas; otra vez preguntas y después los toques en las orejas; otra vez preguntas y después los toques en las orejas, “ya párenle, no sean tan poca... considerados”.

Entonces dijeron que ellos ya sabían que yo era verbo, y que eso tenía su precio, porque todos los que son verbo hablan, pero yo me estaba haciendo tarugo, “pero a lo mejor con un masajito en la lengua”; y fue cuando me pusieron los alambritos pelados en la punta de la lengua pa’ que empezara quesque el masajito.

Total, que estaban rete perrosos, por eso, cuando dijeron que me iban a dar “pozo” ya ni dije ni pensé nada, me dejé llevar nomás, como cualquier costal que no siente, ni llora, ni suda sangre, ni lo sacuden los fríos con una temblorina que no se va a acabar nunca.

La cosa es recibir un golpe en el estómago que le saca a uno todo el aire y luego luego le meten a uno la cabeza en una cubeta llena de agua apestosa, con grasa, y ahí, hasta que uno empieza a hacer glu glu y a patalear con desesperación. En la boca queda el saborcito apestoso de la grasa, toda la jeta embarrada y ahí vas pa’ dentro de nuez y las venas se hinchan por el esjuerzo como si se quisieran reventar hasta que haces otra vez glu glu y te jalan de los pelos pa’ que puedas sacar la cara escurriendo viscosidades.

143

Ah, cómo son mandados con los jodidos.

A veces me dejaban descansar un ratón y cuando estaba más descuidado, púmbale el otro mandarriazo en el estómago y a bucear otra vez entre el agua podrida, y uno que se quiere zafar desesperadamente y las manos rudas, enérgicas, aferradas a los pelos, lastimando el pellejo de la choya, con un coraje que quién sabe de dónde les puede salir tanto y tanto.

Cada sumida que me daban en la cubeta de a devis sentía como que iba a ser la última, como que los pulmones ya no iban a aguantar más, porque claro, como dicen los que de verdad son verbos, todo tiene su límite, y tamañito estaba yo de que ya estuviera bien cerca de él, glu glu, de que el pecho ya no aguantara más, glu glu, de que hasta ahí llegaran las cosas, glu glu, pero también pensaba que tal vez fuera mejor que así pasara y que de plano se acabara todo de una vez, glu glu. Mientras, la cubeta esperando con su boca grasosa bien abierta.

Pero ya no era cubeta, no, a empujones y patadas me metieron a un cuartucho que olía a pura mermelada y eso era lo único que faltaba, verdad de Dios, eso era ya lo único que les faltaba por hacer y los muy canijos no iban a desaprovechar la oportunidad, “¡conque no vas a hablar, hijo de tal por cual!”, y purrún pa’ dentro en aquel excusado lleno de inmundicias.

Entonces volví a sentir que tenía rodillas, aunque bien machacadas contra el piso, y el cuello duro pa’ que no me pudieran meter la cabeza en aquella porquería, y las patadas en las costillas, “con que todavía perroso, ¿no?” y vas pa’ dentro, a masticar caca y mojarle los cachetes recalentados con aquella agua mugrosa, apes-tosa a orines y a quién sabe cuántas cosas más.

Yo quería saber en esos momentos quién podía aguantar todo eso sin haberse muerto, pero yo estaba aguantando, no sabía hasta cuándo, pero estaba aguantando con todas mis fuerzas. Me jalaban de los pelos y me volvían a meter la cabeza, me volvían a jalar y me volvían a sumir en aquellas blanduras olorosas, pero la neta, tal vez eso no fue tan duro como haberse tenido que pasar entre vómito y vómito, aquel vaso lleno de gargajos, en donde habían escupido todos ellos.

El vientre me dolía ya de tanto esjuerzo, pero otra vez a volver a empezar, y sentía bien clarito cómo resbalaban por la garganta aquellas bolas babosas que había querido mantener en la boca nada más, para después escupirlas, pero nones, claro que no lo iban a permitir, y a’i estaban las bolas aquellas, frescas, ligosas, atorándose en el pecho, hasta que lentamente me bajaban hasta el centro del asco, pa’ volver a botar pa’ juera, y pa’ volver a empezar lentamente, lentamente, y terminar con aquello quién sabe hasta cuándo, hasta que se cansaron los muy gallos.

Y que se van cansando, y entonces que se amarran unas toallas en las manos y que me van agarrando tal vez como habrán agarrado algún día al merito Santo Cristo, poniéndome la barriga pa’ juera, y a darle que es mole de olla, y uno y otro y otro y otro más y otro y otro, las toallas quesque pa’ no dejar señas en el cuero,

y así dejaban ir toda la manota en la panza, y los ojos que se me botaban nomás de las puras ansias de aigre. Más allá la pared, y más allá la calle donde quien sabe cuántos estarían pasando, canturreando, con rumbo a sus casas, sin imaginarse siquiera que a'i adentro estaban matando a un hombre.

En uno de tantos golpes sentí que ya no pude más, quién sabe qué me reventarían por adentro y empecé a vomitar sangre, a ahogarme con las puras bocaradas de sal roja y líquida. Pero ya estaban ciegos, ya no veían, y más duro y más duro, y el aire que no me volvía, y entonces fue cuando sentí la meritita muerte, como si me jalaran locamente de las patillas, como si me arrancaran a güevo la última palpitación, y bien supe que ya no había nada más allá, que el siguiente paso era aflojarse todo y morirse, simplemente, que era inútil echarle a la cosa la última juerza, porque además ya no había ninguna juerza qué echar... otro golpe más... y ya no supe... el golpe... y ya.

Al otro día me enteré en todos los periódicos que me había suicidado colgándome con mi propio cinturón en uno de los pisos de la jefatura.



BUEN AMIGO

A Leticia Zapiain

ESCENARIO: adelante, el sol; atrás, la luna; a la derecha, el polvo de la laguna seca; a la izquierda, la lluvia que aliviana. Paquito Pérez prometerá a su mamá que no hará travesuras y regresará sobre sus pasos solitarios, sobre sus jiotosa orfandad infantil, al viejo, desigual y descarapelado corredor que lleva al tercer patio de una vecindad de las calles de Allende. No lo podrá asegurar, pero se imaginará que su madre está contenta porque sabe que él, Paquito Pérez, no hará travesuras y también que ya no vive solo en medio del bullicio de la vecindad, porque ahora cuenta con un amigo al que le dicen algunos, de burla, pero muchos otros con respeto: el poeta, personaje que todas las mañanas lo despierta con los trinos que les despluma a cenizontles, canarios, clarines, jilgueros, al levantarse, antes de que salga el señor sol, como le llama; su amigo le quita los overoles en desuso con los que se cubre para dormir y se van a caminar por horas sobre los mecates que cruzan el espacio, de pared a pared, porque al poeta le gusta andar siempre cerquita del cielo, por donde dice que deben caminar los pensamientos de los poetas y de los músicos; luego se pone a llorar porque a los músicos los tienen encerrados en jaulas de alambre para que alegren la vecindad, pero ellos, dice el poeta, no la alegran, al contrario, la entristecen, porque lo que cantan no son alegrías, sino pedacitos macizos de sufrimientos que vomitan por los picos. Porque el poeta dice que solamente cuando él los raspa, antes de que salga el señor sol, los cantos son puros; después se empiezan a manchar con las diferentes luces del día y con los gritos de los chamacos cuando regresan de la escuela, los que van; los que no, empiezan a manchar los cantos desde mucho antes. Paquito Pérez llegará hasta el tercer patio de la vecindad y buscará a su amigo

el poeta, al que encontrará sobre una mesa de madera corriente, poblada de moscas, cucarachas y varias botellas de licor, vacías, y entre una mezcla de tristeza, descuido y soledad, sólo contemplará sobre la pared mordisqueada un cuadro de Leticia Ocharán, pintado con ilusiones azules, amarillas, blancas y rojas, y que es el único arreglo del cuarto. El dibujo fue recortado de un periódico que el poeta encontró por ahí, le puso él mismo su marco, su vidrio, y es verdaderamente el único sueño que mantiene pegado al muro, porque los otros se le fugan, inasibles, por el montón de rendijas de la puerta de madera que malcubre la entrada del reducido cuarto. Paquito Pérez le dirá al poeta que acaba de hablar con su mamá en las soledades del panteón de San Isidro y que le acaba de prometer que no hará travesuras, y el poeta le va a contestar con una sonrisa de vidrio, de esas que le quedan en la boca después de morder las botellas antes de que se evaporen sobre la mesa. Paquito se pondrá feliz al recordar que él es el único que conoce el secreto del poeta, porque cuando a éste se le esfuma el efecto que le causa cada mordida que da a sus botellas, le enseña un lenguaje que los demás no conocen, y que no es el que hablan los hijos de aquel país muy poderoso que se apropiaron de más de la mitad del territorio de un país muy pobre que vive al lado, quedándose ellos con la parte pavimentada, según dice el poeta; el lenguaje que el poeta le da a conocer dentro de sus secretos, es el del viento, que antes asustaba a Paquito por las noches, cuando se acostaba a dormir bajo un volado de láminas acanaladas, embadurnadas de chapopote; ahora el viento no le asusta porque el poeta le enseñó a entenderlo; ahora llega con suavidad entre las sombras y le platica de muchas historias bonitas, que el poeta le ha descifrado pacientemente, historias que durante el día le repite en su media lengua el perico mohoso que se entretiene chismeando frente al cuarto de la portera, la que lo alimenta con trocitos de tortilla remojada dentro de una lata vieja de sardinas. A veces Paquito se sentirá muy triste, cuando su amigo el poeta no le reconozca en la calle, en donde se pone a roer sus botellas, junto a otros hombres barbones con pedazos de ropa

negra que les cuelgan hasta el suelo y zapatos viejos que se revientan al no lograr contener la hinchazón de los pies curtidos. Pero después su amigo le explicará que aunque los demás hombres que están con él no son poetas, le ayudan a buscar entre los tambos aboyados, detrás de los pasos de los santeros que llegan a vender sus imágenes, entre las macetas sembradas con ruda, epazote y yerbabuena, entre los tubitos de los cilindros que cargan unos señores que silban músicas oscuras y entre los botes de todo tipo tirados a media calle, los misterios que el viento deja durante el día para regresar a recogerlos y serenatarlos por las noches. Entonces Paquito le preguntará por qué le dicen poeta, y él le dirá que porque es el único en toda la vecindad que después de platicar con esas voces maltrechas a las que la gente llama penas, alegrías, insomnios, dolores, hambres, las hace versos, que tiene guardados en un lugar secreto, junto con unos pliegos que encontró hace años, en donde se relata la historia de ese lugar, partiendo desde el sitio en donde se rindió el emperador que lo defendía, precisamente donde hoy existe una capilla en la que los ladrones y raterillos peludos que se esconden en las entradas de las vecindades, llevan veladoras a su santo patrón para que los proteja en sus actividades, hasta la crónica de los temblores que han soportado las endebles habitaciones. Y cuando Paquito pregunte en dónde están guardados esos pliegos, el poeta le dirá en secreto que debajo de los lavaderos, cerca de donde se estancan las aguas enjabonadas, espesas de viscosidades grisáceas y verdosas. Paquito se pondrá en ocasiones más triste que de costumbre por los mordiscos que el poeta le propina a la botella que carga en una bolsa trasera del pantalón. Entonces, de pura vergüenza, el buen amigo se tragará la botella entera hasta que se empiece a borrar su silueta sobre las aceras de las calles pardas. En ciertos días Paquito sorprenderá a su único amigo bebiendo con unas mujeres andrajosas, con jorobas vestidas de pestilencias, con caras arrugadas y bocas desdentadas, y al percatarse de su gesto de asombro, el poeta le explicará que esas mujeres se llaman musas y que todos los poetas tienen una o más, que son las que en las noches, de

preferencia, al llegar con el azote del viento, se asoman por la ventanita de la cabeza para dictar los versos que él termina escondiendo debajo de los lavaderos. Pero luego el poeta se pondrá triste porque sus musas no han llegado a verlo y a dictarle las cosas bonitas que él dice, y entre cada suspiro mojado con alcohol lamentará que ellas estén danzoneando por ahí, por algún cabaretucho del barrio rosado, y tal parecerá que su tristeza le va a llegar hasta el trino de los pájaros, esos emplumados sonámbulos de las ventanas. Entonces saldrá del cuartucho, y dormido, con los sueños de muchas botellas se irá caminando por las calles, sin abrir los ojos, ni las bolsas de su saco arrugado, en donde guarda todas sus leyendas. Cuando el poeta se encuentre bien se irá a trabajar: él es cobrador en un sitio de excusados públicos en donde cuesta un peso regir y cincuenta centavos miar, y le explicará a Paquito que eso le sirve de mucho, porque en esa forma se encuentra más cerca de la poesía humana. De regreso a su cuarto la gente lo confundirá con esos pajareros que pasan vendiendo sus animalitos y le preguntará en las esquinas: ¿cuánto por un trino, poeta?, y él solamente responderá con una mirada blanca. Paquito Pérez se sentirá cada vez más preocupado por la ausencia de su único amigo, que a últimas fechas se reúne con mayor frecuencia con los hombres oscuros de barbas largas, según explica él, por la decepción que le han causado sus musas, esas desdentadas ingratas que cada día lo tienen más abandonado y no se han acordado de venir a dictarle los versos que él dice esconde en un punto cercano a donde hace espuma el agua enjabonada, el agua de colores turbios. Un día de tantos, Paquito Pérez irá a buscar a su amigo pero éste no abrirá la puerta de su habitación y Paquito se asomará por las rendijas, y verá el cuerpo inerte de su amigo, apuntalado con botellas de alcohol, envuelto en olores de adioses, y sentirá de golpe que nuevamente se ha quedado solo ante las sombras, ante el frío, ante los chamacos que manchan con sus gritos los cantos de los pájaros, y algo inconsciente, desde quién sabe qué vena enterrada en un pasado no muy lejano, le hablará de un niño universalmente solitario, llorando en el interior de una caja de cartón que diga en una de sus

tapas: “siga los tres movimientos de...”, una caja de cartón depositada sobre un cerro de basura, con un niño adentro, sin ombligo y con un puñado de moscas inquietas que se le pasean por las comisuras de los labios, y después el niño se levantará, y andará, con su creciente puñado de piojos en la cabeza, venderá dulces y periódicos en los camiones de pasajeros, siempre sabrá que hay un hoyo en el estómago, y después sabrá que la pobreza envuelta con olor a pies es correteada donde quiera, y después prometerá ante la tumba de su madre que no hará travesuras, y después conocerá a su único amigo en la vida, a aquel hombre al que le dicen el poeta, y a quien se le bambolean peligrosamente las palabras, pero que le enseñará a platicar con las cucarachas y con las nubes, con las diferentes voces de las mañanas, y después cuando el hombre, su amigo, no despierte más de su pesado sueño de vidrio, sabrá que su soledad no existe, porque antes de que caiga el telón de todo, platicará con las lenguas del viento, y sabrá de todas esas leyendas que el viento recoge, arranca, revuelve de los rincones del barrio lo acompañan, y reconocerá que son esas las historias que le contaba el poeta de las palabras de vidrio, el de las palabras redonditas como canicas ajenas, y se pondrá encima los overoles en desuso y se acostará, cerca de los lavaderos, acompañado por los buenos sueños de la noche.



VUELO DE HALCÓN

2 de octubre de 1975

LA BARRA se coloca en posición horizontal; se ajusta debidamente sobre el punto en que se va a hacer presión, se sujeta con firmeza por los dos extremos buscando un punto de apoyo para que la acción sea más efectiva y se inicia el rito del matrimonio entre esa barra dura, sin flexibilidad, y la zona atacada, presionada con un contacto sólido que cada vez se hace mayor, apoderándose de todo, con esa terquedad material de lo que no siente, de lo que está ahí, precisamente por no sentir, cumpliendo su fría misión sobre el otro tipo de materia inerte, entregada absolutamente a la relación que se está imponiendo.

Se coloca la barra en posición horizontal, aunque después, con el movimiento lógico cambiará en repetidas ocasiones de lugar, pero siempre existirá una constante que radica en las dos puntas fuertemente asidas por un poder mecánico que impone la decisión de que las cosas se desarrollen como están planeadas, sin que fallen más que mínimos detalles que no alterarán el resultado absoluto para el que se ha ensayado con bastante anticipación, minuciosamente, vigilando los detalles de cada movimiento desde el embrión teórico que después alcanza su floración práctica, contundente, categórica.

La barra se coloca como se ha planeado previsoramente, dejando los márgenes considerados para el movimiento, en caso de que éstos tengan que ser utilizados en medio del fragor de las fuerzas que se ponen en juego con todo su choque de contradicciones con la materia dura bien sujeta por los extremos aplicando la presión en el punto blanco, en el punto centro que finalmente habrá de permanecer inerte.

Se coloca la barra en el lugar indicado y se empieza a presionar, con precisión, con la plena conciencia de que el plan habrá de llegar a una culminación exitosa.

La barra, pegada a las ruedas de acero se empezaba a movilizar lentamente, después más ligero, y enseguida continuaba el desfile de carros enganchados a una máquina que se lanzaba a recorrer su itinerario de rieles, a romper el horizonte descubriendo nuevos paisajes ante los ojos asombrados, después de atravesar un montón de barracas ahumadas, de pequeñas ciudades de madera, de hierros oxidados en donde había de todo, desde perros y perros y más perros ladradores hasta improvisadas ventanas adornadas con botes viejos desde donde se desprendían hacia el suelo simulacros de follajes; vegetaciones pálidas, menesterosas.

Y allí entre las barracas, la figura del viejo dicharachero, del viejo combatiente que repetía cada que pasaba el tren su gastado versito:

154

*Corre corre trenecito
no me dejes ni un vagón
vámonos para Celaya
a combatir a Obregón.*

La máquina anunciaba su paso con un ronco sonido que hacía temblar todo lo circundante y despertaba ladridos y somnolencias en aquel suburbio que poco a poco se iba alejando, se iba quedando atrás como un organismo que se queda en la página anterior, latiendo con su propia vida, de la que no se sabrá más porque el movimiento empieza a abrir otras nuevas posibilidades de existencia, de modos de ser y de sentir, con nuevas características geográficas, con un nuevo tiempo por vivir.

Y el pensamiento en la velocidad con que aquella barra se estaría movilizandohacia arriba, hacia abajo, pegada tercamente a las ruedas duras con trepidaciones de distancias nunca saciadas, con rodajes de nuevas poblaciones y ciudades, de llanos y desiertos

remontados una y otra vez en cada viaje. Aquella barra recia, sujeta al movimiento inerme ante el desplazamiento obligado por una fuerza superior, por un impulso motriz ajeno a esa ascensión en diagonal y a ese descenso nunca totalizado, amarrado a tuercas y tornillos clavados a igual terquedad.

El ruido del ferrocarril se iba perdiendo en la lejanía y en las barracas, después del estremecimiento programado, todo volvía a su pasividad cotidiana. Sergio Calvo metía la mano a su bolsillo y sacaba de él unas canicas verdes, con manchones grises y rojos, el “tiritito”, como él le llamaba, y se iba de juego con los demás chamacos del lugar. En el piso de tierra dibujaban diversas figuras geométricas, “el cocol”, “el cuadrito”, y sobre las líneas señaladas colocaban las bolas de cristal pintadas con diversos colores, abiertos a todas las imaginaciones.

Las mujeres pasaban veloces impulsadas “al mandado”, sin voltear a ver a la chiquillería estorbosa que se apostaba a través de los pequeños planos polvosos; y al lado de ellos, en pleno ocio, el viejo dicharachero, que después de masticar hasta el cansancio, día tras día, los sucesos de una revolución en la que aseguraba había participado, se ponía a cantar, a veces, o si no, simplemente a relatar con tonos punzantes, el amasijo de chismes que tomaba forma entre los habitantes de aquel hacinamiento de habitaciones cochambrosas, pintadas con polvos y humos de las factorías cercanas.

—Corre, corre, trenecito...

—Ya chántela, viejo y venga a echarse una cervatanita p'al calor.

—Pa'l gaznate has de decir, pa'l calor pa' qué, ese déjalo a'i 'on 'ta, poniendo cuernos y haciendo niños.

—Ah que viejo, siempre tan jodón.

En uno de los viejos y descoloridos carros de ferrocarril, al lado de un ramal de rieles, se llevaba a cabo la venta de aguardiente, en donde se daban cita, durante los días hábiles, algunos desertores del trabajo, y durante sábados y domingos los que gozaban de sus días de descanso.

Pero no sólo el viejo era el encargado de prolongar el chisme diario hasta más allá de las barracas mal paradas sobre la superficie; también los niños que pululaban a todas horas entre las encrucijadas del caserío eran vehículo veloz de todo lo que escuchaban en sus casas, y agentes del intercambio a la hora de sus juegos al ras de la tierra. Y entre aquellos chamacos tan terrestres, Sergio Calvo disputaba, a veces a gritos, en ocasiones a puñetazos, la legalidad del juego, revolcándose con los demás niños, como los canes que ladran, se revuelcan y terminan perdiéndose con un chillido lastimero, saltando sobre los durmientes enchapopotados. Las tardes se plagaban todos los días de ese barullo de chiquillos sucios, vestidos con pantalones y camisas parchadas, correteadores de perros y apedreadores de gatos, ratas y lagartijas.

156

En ocasiones, cuando la inmensa plaga de chamacos escandalosos se cansaba de retozar sobre las piedras oscuras y filosas repartidas entre los rieles, asomaba su curiosidad al interior del carro descolorido, en donde los gritos de los mayores iban subiendo de tono a cada nuevo trago de aguardiente mientras el viejo dicharachero refunfuñaba sus conocidas estrofas:

*Corre corre trenecito
No me dejes ni un vagón...*

El viejo cantaba, conversaba, hacía bromas o recordaba sus pasados hechos de armas, más inclinados hacia la fantasía que hacia la realidad, mientras algunos comentaban el chisme de moda.

—Te digo que la vi salir bien amarteladita de un hotel de las calles de Allende y ni siquiera se chiveó cuando nos cruzamos la calle.

—No'mbre.

Así todas las tardes; y así todas las noches los chamacos iban a buscar el calorcito con olor a humo de sus casas. Sergio Calvo, como posiblemente el resto de los chamacos, se encontraba al llegar con un reproche desganado por parte de su madre, quien le

culpaba de tener que aplicar un parche más a sus ropas, y entonces él sabía que iba a volver a sus pesadillas de todas las noches, rodeado de halcones y de pajarracos repugnantes.

Un dos, un dos, un dos, se empieza por aprender a llevar el paso muy bien, y después todos juntos, sincronizados debidamente, dan la impresión de aquel movimiento parejo de las ruedas del ferrocarril, cuando pasaba haciendo temblar el piso, a la hora que ya todos sabían que tenía que pasar. Después viene la práctica del golpe propinado con el canto de la mano y que cuando ya se es muy hábil para darlo, puede causar la muerte de cualquier pobre diablo. Todos los secretos para romper los huesos humanos, están ahí, al alcance de la maña, todo es ponerle un poco de interés al asuntillo, para luego terminar con la práctica que se hace con base en armas blancas, y sobre todo de armas de fuego, para lo que hay que levantarse casi de madrugada, igualito como dicen que lo hacen los soldados. Claro está que por la falta de costumbre, a los primeros mandarriazos quedan pitando los oídos, como los pitidos de aquel ferrocarril que pasaba traqueteando y movía las canicas de su lugar mientras el ruido quedaba dando vueltas en el caracol de las orejas.

157

*Corre corre trenecito
No me dejes ni un vagón...*

El viejo se pasaba la mayor parte de su vida montado en los ferrocarriles y realmente era muy poco el tiempo que se la pasaba entre nosotros; lo queríamos mucho, porque si mal no recuerdo nunca dejó de ser bueno. Después de sus largas ausencias nos traía dulces y nos acariciaba con sus manos rasposas, pero con una ternura que nunca hallé ni antes ni después en ninguna otra parte. Lleno de grasa y de sudor, siempre, con un olor penetrante que se desprendía de su cuerpo y que de verdad era con lo único que me acuerdo que nos golpeaba. Cuando se llegaba a enojar con nosotros, en lugar de usar el cinturón, como los padres de otros escuincles, nada más se limitaba a alzar los brazos para castigarnos con el tufo

que se desprendía de sus sobacos; pero lo cierto es que el viejo siempre estaba de buen humor, aunque se pasara agarrándose la nuca y los hombros nomás del puro cansancio.

Cuando el viejo dicharachero se ponía de contador le gustaba platicar que Sergio Calvo era un hombre de bien. Recordaba las luchas en las que había participado con otros compañeros ferroviarios y de cómo más de alguna vez le habían abierto la cabeza los policías o le habían encerrado los días en unas cajas de metal a las que les daban el nombre de cárceles.

El viejo dicharachero se entusiasmaba y entusiasmaba a sus oyentes que querían saber más de Sergio Calvo, de quien se decía que en su juventud había sido tan fuerte que había matado de un solo abrazo aplicado con enojo a uno de esos bomberos que con sus mangueras mojaban de miados a los que caminaban en las manifestaciones, levantando entre sus manos mantas y cartelones exigiendo por las calles de la ciudad derechos sindicales que nunca les cumplían.

158

Lo que tenía de bueno lo tuvo también de valiente —recordaba el viejo entre trago y trago de alcohol—, yo lo llegué a tener escondido varias veces en mi casa, cuando lo perseguía la agentiza para fastidiarlo. Lo ocultaba debajo de la cama, él se acostaba sobre los pliegos de papel que servían para la propaganda que repartían por las noches los que organizaban los mítines, y cuando creía que ya estaba bien jetón, con su alma recostada sobre alguna estrella roja, o sobre alguna sábana del frío de madrugada, oía su voz de bonachón que me decía desde su escondite: “hey, viejo, reviéntese otra vez esa de corre corre trenecito, no me dejes ni un vagón, no más que muy quedo, no nos vayan a agarrar a media filarmonía”.

La barra es de metal, dura, necia, cumplidora fatal de su destino, consistente en oprimirse con fuerza sobre el punto que se le ha asignado, que se le ha marcado para que ejecute su función sujetadora. Los cabos deben estar pulsados firmemente para que no se produzca ningún otro movimiento que no esté previsto por el cálculo certero e implacable. El metal, sin calor propio, sin

decisión alguna, cumple fría, sólidamente y presiona sobre el punto debido con la energía que se le imprima en las terminales y ciega se adhiere a la otra materia que espera inerme el acomodo final, el acoplamiento conciso. En la medida en que las ruedas van tomando velocidad, deslizándose sobre los rieles, la barra adquiere su movimiento mecánico, como un brazo de fierro incansable que sube y baja en forma diagonal amarrada a su destino oscilatorio.

—Te digo que yo la vi salir del hotel; hasta bañaditos venían los dos.

—¡Ah, jijos!

El ferrocarril que pasaba durante las horas grises que se alejaban entre la tarde y la noche constituía la señal para que Sergio Calvo se encaminara a su casa, en donde su madre ya le esperaba, de seguro, con su cara agria y el reproche pronto por la hora de llegada, o por los moretones en el cuerpo, o por la camisa deshilachada, o simplemente porque sí. Él soportaba aquellos minutos de reconveniones con la certeza de que más tarde, cuando empezara a soñar con halcones y pajarracos repugnantes, su madre asistiría a arrancarlo de las garras de los malos sueños. Ahí estaría ella, en esos minutos difíciles, con sus caderas amplias y redondas, con sus piernas suaves y regordetas que provocaban ciertas sonrisas que él no entendía, entre los hombres que bebían en el vagón descolorido durante los mediodías. Ella estaría ahí, agitando las enormes caderas cubiertas con sus faldas floreadas que tanto le gustaba ponerse, correteando los malos sueños con una escoba; abriendo las ventanas para que por ella se fueran volando y que no pararan hasta llegar al ombligo de la noche, y que no volvieran nunca más... hasta mañana... como los trenes negros de humo.

Mi papá casi nunca estaba en la casa, se montaba en el ferrocarril, aullaba largamente, como si le doliera desprenderse de nosotros, y después del aullido arrancaba encima del gran aparato y no se le volvía a ver por muchos días. Yo primero sentía algo de tristeza, cuando desaparecía el viejo, adelante del enorme gusano ruidoso, pero luego me juntaba con los cuates, a quienes para

entonces ya no les gustaba jugar a las canicas; ya le entrábamos a la cervعiza y nos fijábamos en las nalgas de las chamaconas y empezaba yo a entender por qué aquellos hombres que bebían en el interior del vagón descolorido sonreían maliciosos cuando pasaban las señoras al mandado.

Pero no siempre nos quedábamos solos en la casa, pues a veces llegaba a tomar café el señor Sigler García y se quedaba hasta la noche, y después, como le tenía miedo a los perros que se ponen a ladrar entre los callejones que forman las barracas, mi mamá lo acompañaba y yo le decía que no se tardara mucho porque ya pronto iban a llegar los sueños malos, llenos de halcones y pájaros que en aquel entonces me daban rete hartو miedo.

160 El señor Sigler García nos visitaba seguido porque mi papá le debía hartو dinero y la mera verdad es que no tenía ni pa' cuando pagarle. Si el viejo estaba en la casa, luego luego sacaba una botella de Bacardí y le ofrecía al señor Sigler García; primero don Sigler nomás se chupaba dos copitas y se ponía rete colorado, como si se le fueran a romper los cachetes güeros. Cuando no estaba el viejo, mi mamá no le daba Bacardí, ella le invitaba una taza de café, y los dos se veían, y se reían y platicaban mucho, y él me regalaba bolsas de dulces que había comprado en alguna tienda con el fin de que todos estuviéramos contentos, pero el muy inocentote ni se imaginaba que a mí ya no me entretenían esa chucherías, que a los cuates y a mí ya no nos gustaban los dulces ni las canicas, sino que ya nos parábamos en las esquinas para ver pasar a las chamaconas moviendo la nalga; que ya también nosotros nos entreteníamos con los versitos del viejo dicharachero.

*Corre corre trenecito
No me dejes ni un vagón...*

—Te digo que fue en un hotel de las calles de Allende, los dos juntitos.

Don Sigler García no se volvió a parar por la casa y mamá se fue poniendo de mal humor. Entonces afinaba mi guitarra y le cantaba aquello que tanto le gustaba, “corre corre trenequito no me dejes ni un vagón”, ah que Sergio Calvo. ¡Sergio Calvo! ¡Presente! y largo se hace el tiempo para empezar a romper hocicos. Y cuando llegaba con los codos y las rodillas rotas, su mamá le cosía unos parches sobre las heridas, con los billetes que dejaba caer sobre la mesa el señor Sigler García. Sus ojos, sus manos, su ropa, su todo era de halcón, como un feroz mal sueño. Yo creo que el méndigo prestamista ni casa le ha puesto, así como es de tacaño. Hasta que ella jaló pa'l mandado y nunca más volvió; papá sí regresó, sobre su tren ruidoso, nomás pa' ponerse a llorar como silbato viejo. Y ya ansina de envejecido como estaba, me daba dialtiro mucha lástima, pos no era ni tantito de aquel que conocí pegando papeles en los postes y pintando en las paredes, con letras rojas, sus cosas de sindicalerías. Hasta que por fin llega el momento en el que lo mandan a uno a aplacar a esos revoltosos que andan gritando por las calles, cargados de cartelones y ruidos de fábricas. Y entonces la máquina llegaba ronca de tanto camino, con el viejo aullando arriba, era cuando el señor Sigler García se iba a su casa pisando sobre el humo de la noche. Sus ojos, sus manos, su ropa, su todo era de halcón, como un feroz mal sueño. Porque si le hubiera puesto casa, pos nomás no la anduviera trayendo en hoteles. El viejo se fue poniendo pálido y pellejudo, 'ora sí que el viejo, ya no se montaba en su máquina, me veía con ojos de perro necesitado, pero la pura neta que yo ya no lo quería y estaba esperando nomás la oportunidad pa' largarme también con rumbito pa' la fregada. Luego el chamaco, que ya le empezaba a gustar la vagancia, jaló quién sabe pa' donde, con gente como esa nunca se hubiera hecho la revolución. Y con las mismas mantas, donde dicen ¡Viva la Revolución!, con esas mismas mantas, se les tapa el hocico, pa' que ya no griten los méndigos. Y una noche ella dijo que iba al mandado —recordaba Sergio Calvo cuando le estaban enseñando karate—, pero no regresó a las barracas, tampoco volvió el señor Sigler García. Sus ojos, sus manos, su

ropa, su todo era de halcón, como un feroz mal sueño. Yo los vi bien abrazados cuando salían de ese hotel, qué bueno que el difuntito ya no alcanzó a ver más cosas. Después supe que se había muerto, pero la neta que no sentía ningún flato por él, al contrario, harta vergüenza me daba regresar a las barracas, así que no sé ni cómo le hicieron para enterrarlo. Toda la carga del entierro nos quedó a los que todavía lo estimábamos un tanto, ¿qué tal la veríamos que hasta la guitarrita tuve que empeñar? Hasta que llega el momento en que le dan a uno la ametralladora, y entonces sí, a darle a la musiquita, con obreros o estudiantes, o lo que caiga, pues. Y sin saber nada de mítines ni huelgas, Sergio Calvo asustado, todavía durmió por algún tiempo en el fondo del vagón, repleto en las horas de la madrugada, de sueños difíciles. Sus ojos, sus manos, su ropa, su todo era de halcón, como un feroz mal sueño.

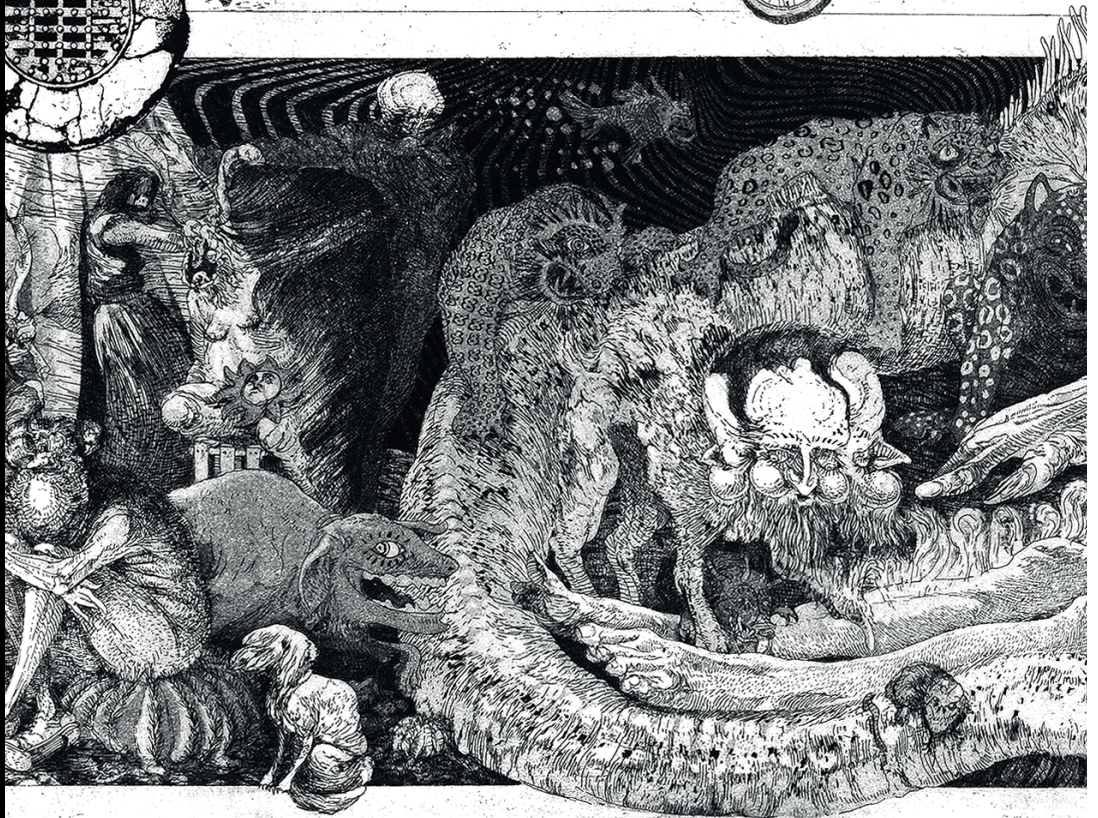
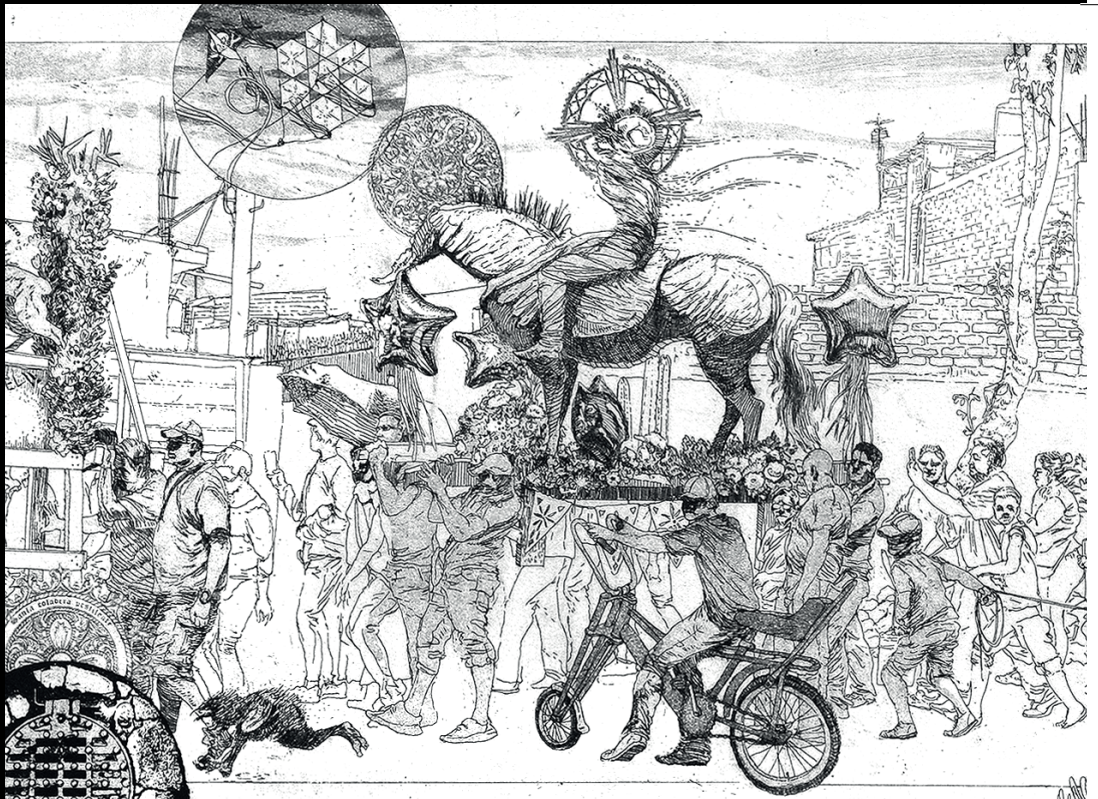
La barra se coloca en el sitio adecuado, preparándola para después apretar con toda la fuerza de que se puedan ser capaz.

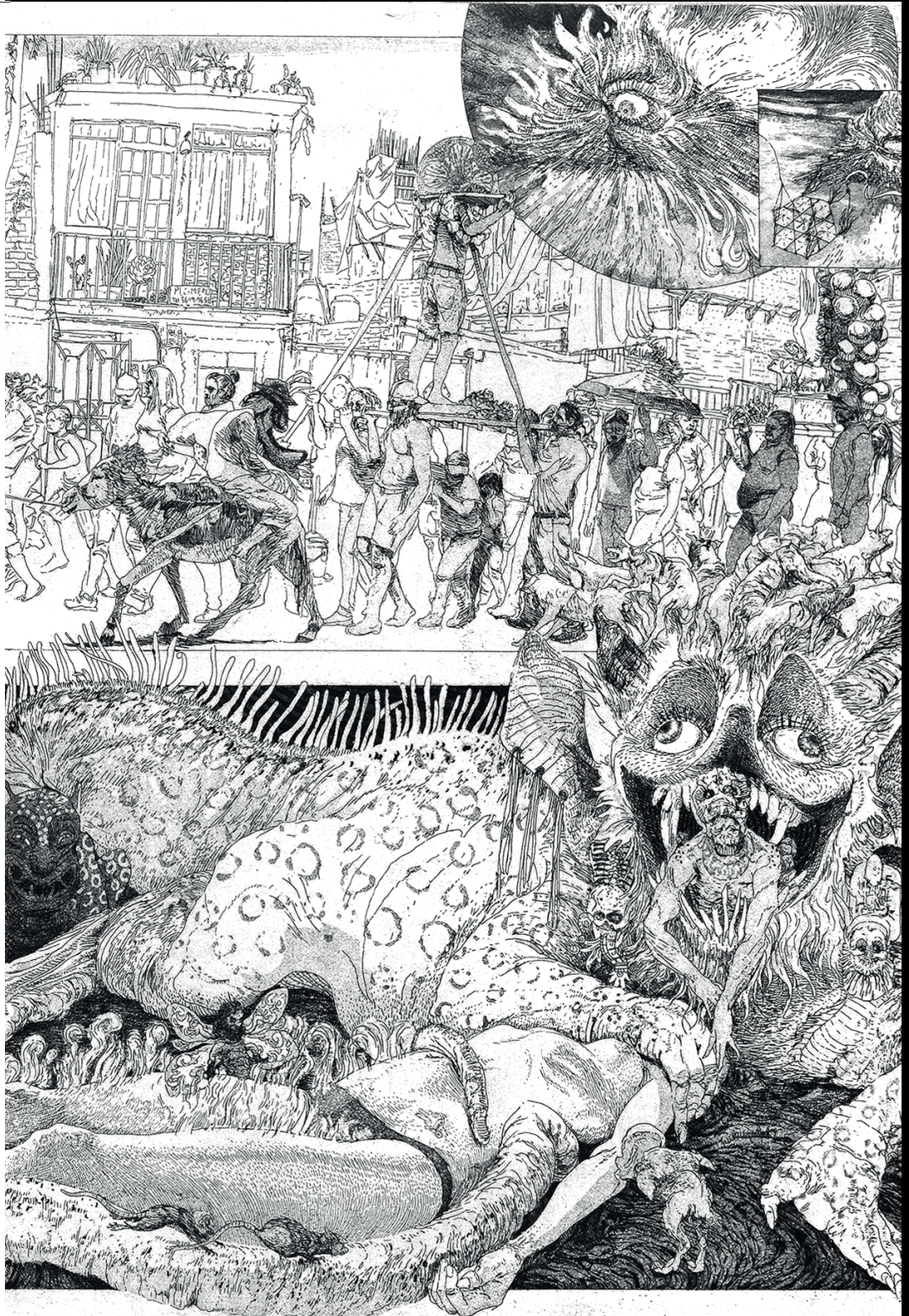
162

El tirón debe de ser parejo, firme, con los lados bien sujetos para que el centro de aquella longitud oprima con la contundencia requerida. La materia dura, insensible, debe quedar perfectamente ajustada para que el proceso no se alargue demasiado tiempo. En ocasiones la barra puede, por motivos de movimiento, desplazarse ligeramente del sitio original, pero ello no representa gran importancia, pues el fierro siempre tendrá la consistencia necesaria para cumplir el cometido. El auxilio de la rodilla es necesario, para que el punto en el que se aplica la presión proporcione un frente fijo. Se coloca la rodilla detrás de la nuca y se jala con furia de los dos extremos, entonces el punto blando, aplastado contra el punto férreo, empieza a ceder con un estallamiento de venas, con una rompezón de anillos cartilaginosos, el fierro se clava asesino en las vértebras cervicales, asfixiante, y sólo se cede a la presión, cuando la angustia final produce un largo ruido, como el lamento de un ferrocarril que lentamente se va incrustando en la lejanía.

**AQUÍ SE DA TESTIMONIO DEL DISPARATADO PASAJE EN
EL QUE UN HOMBRE "X" CRECIÓ MÁS DE LO DEBIDO
POR LO QUE SU CREATIVIDAD Y SU INTERNO AMOROSO SE
CONVIERTIERON EN TRIBULACIONES
INSALVABLES**

SALIÓ de aquella ruidosa vecindad en las calles de Allende; deseó una estrella para regalo de aniversario de bodas. Empezó a crecer los brazos, el cuello, las piernas, pero una vez que hubo alcanzado su propósito, su descomunal estatura no le permitió volver a su casa con aquel obsequio deslumbrante.







Índice

Yo se lo dije al presidente

La voz enemiga	9
Una noche con María Cruz	25
Tomasa Villa	35
Yo se lo dije al presidente	45
Tragafuego	55
La creación	65
El Kid	77
Al manco le faltaba el brazo izquierdo	103
Clap	107
Las tentaciones del trueque	117
El Güero Contreras	127
Sabadazo	137
Buen Amigo	147
Vuelo de halcón	153
Aquí se da testimonio del disparatado pasaje en el que un hombre “X” creció más de lo debido por lo que su creatividad y su interno amoroso se convirtieron en tribulaciones insalvables	163

En esta edición de *Yo se lo dije al presidente*, de Roberto López Moreno, se imprimieron 500 ejemplares. El tiro fue impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V., Centeno 195, Valle del sur, 09819, Iztapalapa, Ciudad de México, en el mes de marzo de 2025. La edición y el diseño estuvieron a cargo de Iván Cruz Osorio.